

ERCOLE LISSARDI

LAS DOS O NINGUNA

Avanzaba por un corredor que me parecía profundo. Al doblar una esquina me daba contra un espejo, no estallándolo sino atravesándolo como si fuera un espejo de agua. Como en *La sangre de un poeta*, digamos. Del otro lado estaban las tres T, la de Tomasina y las dos de las tetas. Una mayúscula y dos minúsculas. Pero Tomasina ignoro quién sea, y las dos de las tetas no sé si se refieran a las dos que lleva la palabra teta o a una por teta. Después, en sueños, leía un libro. No era simplemente que me viera leyendo un libro. Veía el libro que leía, leía palabra por palabra y letra por letra, y entendía plenamente el significado de lo que leía. Pero al despertar lo había olvidado por completo. Texto y significado. O sea que el libro, preciso y concreto, sólo existía en el sueño. ¿Cómo es posible leer un libro que no existe sino en un sueño?, me preguntaba ya despertando. Son acertijos, me respondía el sueño.

Olivia tiene pies pequeños. Usa zapatos rojos, de cuero muy suavizado. Son apenas puntiagudos, y se atan con cordones también rojos. Se pinta los labios con el mismo rojo de los zapatos. Son tan delicados sus rasgos que por momentos me parece una niña pintada con el rouge de su madre. En el sofá pongo sus pies sobre mis piernas y le saco los zapatos. Sacárselos es delicioso, son como guantes de seda. Los deditos liberados se agitan saludando su libertad. Sus pies así agitándose me parecen cachorritos juguetones. Me excita verle los pies. La parte por el todo. Para mí es como si estuviera completamente desnuda. Sospecho que ella siente lo mismo. Es habilísima con los pies, nunca vi separar tanto el dedo gordo del segundo: puede sostener un lápiz y garabatear palabras. Inevitablemente un día estábamos en esas cuando se tentó con la idea de

masturbarme con el pie. No por morbo, estoy seguro, sino por pura exhibición de virtuosismo. La erección ya estaba empujando contra la tela del pantalón, pensé que la frotaría con la planta del pie, unos empujoncitos bastarían para echarme a volar... Pero no, separando los dedos atrapó el tallo por encima de la tela y me aplicó un meneo firme y seguro. Me sentí como el esclavo con el que el ama no se ensucia las manos. Extraña sensación, inédita para mí...

-¿Querés que la saque? –pregunté.

-No, así está bien.

Había un gesto tenso en sus labios. El ceño fruncido. Concentrada. Saboreando su propia habilidad. Los dedos de su pie se curvaban como los de una mano. De pronto la correntada cálida me llevó mar adentro. Como muchos, supongo, experimento un gran placer en ver volar mi semen. He visto que las mujeres también disfrutan ese momento. A menudo abren los ojos como sorprendidas y sueltan exclamaciones de deleite, como los niños con los fuegos artificiales. No sabía que también podía ser tan placentero sentir el vientre y la ropa súbitamente empapados por el desborde. Olivia retiró el pie, se abrazó las rodillas y se quedó sonriente disfrutando de mi modorra, su victoria.

Sonia dice durgo en vez de turco. Y dice Durguía. El que la oye por primera vez, compasivamente, la corrige. Pero es inútil. Ella sigue diciendo durgo y Durguía, aunque no hay, que yo sepa, otras palabras que modifique. Sonia es maestra, maestra de escuela, de manera que calculo que diciendo durgo lo que hace es aplicar a quienes la rodean una especie de burlón test de tolerancia. Quizá se enganchó en esa por culpa de alguna telenovela turca. Aunque también pudiera ser –veremos que es el caso- que haya algún otro enrevesado, inescrutable motivo para su insistencia. A Sonia le gusta posar de imprevisible, de caprichosa, de misteriosa, aunque no disponga del talento adecuado

para sostener la pose. El tiempo no tardará en revelarme la razón de su insistencia, aunque ella continúe negándose a dar explicaciones. De hecho, hoy me confesó que el hombre le gusta “celoso como un durgo”, y después, con mirada soñadora, me advirtió que está pensando en irse de vacaciones a Durguía.

Olivia y Sonia son tan diferentes que estoy seguro de que si las reuniera y les revelara que ambas son mis amantes quedarían estupefactas, no tanto porque tenga dos amantes sino por lo diferentes que son. Dios me libre de intentar dar cuenta de esa diferencia con algún esquema simplificador. Mi idea es narrar mi relación con cada una de ellas confiando en que así la diferencia se haga evidente. Quizá también se haga evidente algo que para mí es una certeza, aunque una certeza difícil de explicar: la certeza de que si una de ellas me dejara, yo dejaría a la otra. Es difícil explicar y es difícil imaginar el delicado equilibrio que caracteriza al sistema en que los tres estamos inscriptos, pero sé que a Olivia mis besos le parecerían insípidos si Sonia no hubiera preparado mis labios para ella. Y viceversa. Por ahora es mi exclusivo privilegio estar consciente de este entramado absurdo y maravilloso que nos une. No imagino destruirlo, de ninguna manera.

¿Se podría decir que las engaño? Técnicamente sí, puesto que les oculto la relación con la otra. Callo, omito, y omitir es casi mentir, puesto que el objetivo es engañar. Pero es que soy incapaz de concebir que aceptaran que hubiera otra, pero sobre todo, que la otra fuera precisamente *esa*. Los celos no serían el problema, el problema sería la diferencia. Al fin y al cabo, los celos y la exigencia de exclusividad ¿son realmente una ley del alma? No, son sólo conductas culturales, adquiridas por imitación, y que -me da la impresión- tienden a desaparecer. Sin embargo estoy seguro que revelarles la realidad significaría acabar con la relación, simplemente porque son tan diferentes. Imagino que mis argumentos para sostener la relación les parecerían a ambas por demás especiosos.

Conclusión: que sabiendo yo -aunque no entienda por qué- que no es posible una sin la otra, he asumido que callarme la boca es la única posibilidad de nuestra felicidad. Me consuelo pensando que a veces el bien supremo supone males menores.

3

Olivia vive en Carrasco. Sonia en Belvedere. Como fijada la equidistancia con un compás, yo vivo en Parque Batlle. Las veo, a cada una, dos veces por semana. Martes y viernes o miércoles y sábado, alternando. El domingo lo paso con mi madre, que vive en Atlántida. Por supuesto que no hay obligaciones y, sea por excusa de alguna de ellas, o mía, no falta semana sin que alguno de los turnos no se cumpla.

Con la excusa de que sólo escribo por la mañana temprano, nunca me quedo a dormir. Las actividades esotéricas y/o dependientes de los caprichos de la inspiración gozan del privilegio de imponer condiciones irrefutables.

La única cosa en la que no hay diferencia entre Olivia y Sonia -y no es cosa menor, por cierto- es que ninguna pretende más que lo que doy. Ninguna de las dos hace preguntas indiscretas, ninguna quiere saber qué hago con el resto de mi vida. No creo que imaginen que escribo de sol a sol, pero parecen no querer saber cómo luzco bajo la luz del sol. Quizá sí quieren saber, pero temen resultarme invasivas, y se guardan la curiosidad para mejor oportunidad, para cuando la relación haya entrado en otra etapa, a saber cuál. Estamos en el cenit, en lo más dulce de nuestra relación triangular, y como si lo supiéramos y quisiéramos que este momento no pase nunca, nos callamos cuidadosamente la boca. Por mi parte no siento la menor curiosidad por sus vidas más allá de las horas que pasamos juntos. Si la sintiera las espiaría, cosa que no hago.

4

Un viernes por la noche, vistiéndome, ya a punto de irme, Olivia dijo:

5

-Desde que nos conocemos nos vemos los martes y los viernes. ¿Qué te parece si para evitar la rutina empezamos a vernos los miércoles y los sábados?

Razoné que, tratándose de Olivia, la propuesta no podía deberse a sospechas sino a una vaga curiosidad o al mero gusto por cambiar. Razoné también que no podía rechazar la propuesta sin enredarme en explicaciones.

-No veo por qué no cambiar –respondí-, nos vemos entonces el miércoles.

-Va a ser muy interesante. Mis miércoles son muy diferentes a mis martes -dijo Olivia premiándome con una sonrisa.

-Lo mismo digo.

La noche siguiente, después de los últimos arrumacos, inevitablemente le trasladé a Sonia, como cosa mía, por supuesto, la idea de cambiar de días. Se quedó mirándome, sorprendida por la propuesta.

-Increíble –contestó finalmente, fingiendo que la sorpresa la divertía-. Estaba por proponerte algo así. Me da mucha curiosidad saber qué cara tenés los días que no te veo.

-Lo mismo digo.

En el caso de Sonia -que es pícara por naturaleza- no me costaba nada asumir que la idea de cambiar de días le resultara sospechosa. Si ella la hubiera propuesto y yo me hubiera resistido no le hubiera costado nada concluir que había gato encerrado. No me sorprendió, pues, que le agregara a la idea un codicilo, nomás como para advertir que no se la engaña tan fácilmente.

-Y ¿qué te parece si para eliminar del todo la monotonía cambiamos de rutina una vez por mes?

No pude sino aceptar. ¿Qué hubiera podido objetar? Para ella esa última vuelta de tuerca al parecer constituía garantía necesaria y suficiente. Y, por supuesto, no pude sino trasladarle a Olivia la propuesta suplementaria. Debo decir que al hacerlo no pude sino sentir que en realidad eran ellas las que dialogaban, poniéndose de acuerdo en el delicado asunto del uso de mi persona, y dándome en tal instancia la misma función que podría cumplir un aparato de teléfono.

La propuesta complementaria le pareció a Olivia razonable —o quizá, porque yo había aceptado de inmediato su propuesta, se vio constreñida a aceptar la que yo le traía-, y así quedó pactado nuestro sistema de citas y visitas.

Nunca, hasta ahora que estoy consignándolo por escrito, se me ocurrió pensar que las propuestas y contrapropuestas se debieran a que Olivia y/o Sonia tuvieran que acomodar sus días conmigo porque tuvieran que agendar a otro amante. En ese caso ya no sólo sería sorprendente que ambas hubieran necesitado el cambio al mismo tiempo. Sería realmente inaudito que los fulanos que les completaban la dieta sexual tuvieran necesidad de ocuparles en la semana días complementarios, simétricamente inversos a los que ocupaban conmigo, posibilitando que el mecanismo engranara perfectamente. La posibilidad de que hubiera otros quedaba así, en caso de que fuera necesario, definitivamente descartada.

5

Olivia es más bien delgada, y es evidente al manipularla que jamás ha hecho gimnasia o danza. De ahí la sensación de fragilidad que comunica. Antes la fragilidad era un condimento preciado en la belleza femenina. Hoy se las prefiere con músculos. Falsa fragilidad la suya, por lo demás: nunca la oí pedir cuartel. Su mirada oscura es profunda, y si la fija en uno, se puede llegar a descubrir en ella todo lo opuesto a cualquier fragilidad. Sólo los inflexibles miran como ella. Las circunstancias, triviales o

no tanto, siempre han terminado por confirmarme su verdadera naturaleza: cualquier cosa menos frágil.

Es elegante hasta el detalle, pero nunca de manera llamativa. Su piel, muy blanca, es tan dulce y delicada que, al llenarme con ella las manos, me siento inmerecedor de semejante privilegio. No es que me crea sin mérito alguno, pero Olivia juega en las ligas mayores. Máxima calificación en distinción, sutileza y belleza. Así la veo yo al menos.

Me costó acostumbrarme a la idea de que ejerzo sobre un ser tan exquisito los derechos que la entrega amorosa confiere y confirma. ¿Cómo es posible que mi carne grosera, hurgando en los pliegues sedosos de la suya, termine por disolver la perfección de sus rasgos en el instante sublime en el que, cegada por el goce, se oculta de mi mirada cerrando los ojos? El olor de su sexo que, venciendo su reticencia, acaricio a fondo ya pasado el vértigo, es tan embriagador que no puedo sino desear conservarlo, tanto como me sea posible, así sea sólo en la memoria.

Olivia no es un ángel. Seguramente no son propios de ángeles los apetitos que ella no oculta y en los que, ceñuda, minuciosa, se pierde hasta el delirio. Y seguramente que ningún ángel tiene una mirada tan intensa como la suya. Aunque la pureza de sus rasgos invite a la meditación, a lo trascendente, a los sentimientos más elevados, hay algo en su mirada que bascula, sin pudor alguno, pero también sin exhibicionismo, entre lo santo y lo obsceno. Y sin embargo, agotado el delirio, ganada por el pudor se cierra como una ostra.

Bien lo sé yo, quizá mejor que nadie: uno puede llegar a conocer los secretos del alma de Olivia, pero no porque ella los revele con palabras. Eso no sucede. Hay que ser un poco como ella, y conservar la calma al caer en el vértigo, para poder descifrarle gestos mínimos que en el sopor de la sensualidad pueden pasar desapercibidos.

No voy a enumerar las diferencias entre Olivia y Sonia en un doble columnado. Hablar de ellas, es inevitablemente hablar de sus diferencias. Por ejemplo, de Sonia pienso, espontáneamente, que es mi amante. De Olivia no, aunque en los hechos lo sea ni más ni menos que Sonia, y con un régimen, como dije, similar en todo. Demasiado sinuoso, inconducente, resultaría compararlas punto por punto. Lo que me importa, en todo caso, es la deliciosa tiranía que ejercen sobre mí sus diferencias. Me resisto, como el pez que se tragó el anzuelo. Me exijo, aunque sin éxito alguno, ya no volver a ser, según el caso, ni tan débil ni tan vicioso.

6

No es fácil hablar de Sonia en términos de hacer su elogio, que es lo que corresponde cuando uno habla de una amante. Si me empeñara, neciamente, en ser objetivo al describirla es probable que diría que mi amante es una mujer... vulgar, quizá hasta fea. Cosa que no es en absoluto lo que yo siento cuando estoy con ella. Jamás pensé en Sonia en términos de que estaría mejor si tuviera más de esto o menos de aquello. Sonia es lo que es, en su conjunto, y lo que es le ha sobrado para hacer de mí un vicioso de sus vicios, cosa que nunca antes me había pasado, y que le agradezco por la novedad tan radical de la experiencia.

Vamos por partes: es un poco retacona, aunque para nada se me ocurre decir que es petisa: está unos centímetros por encima de ese calificativo. Su cuerpo ondula un poco excesivamente cuando camina, siempre taconeando ruidosamente. Para ser conciso: desfila desafiante como una callejera en busca de cliente. No se crea que no se lo he dicho, más o menos con esas palabras. Este tipo de crudeza en vez de llamarla al orden, la enardece. Lo toma como piropo cachondo, expresión de mi deseo.

-¿Ah, sí? –responde con el ronroneo agresivo de una gata en celo-. Y eso ¿qué tal? ¿qué te parece? ¿Por qué no me explicás con detalle qué te parece, vos que hablás tan bien? ¿Es algo que te da o te quita las ganas?

No se saquen conclusiones apresuradas: Sonia no es una callejera, Sonia es maestra de escuela. Me la imagino recorriendo los polvorientos corredores y patios de su escuela de barrio pobre durante el recreo, con ese cuerpo irreprimible bailoteando bajo la túnica rígida al son de sus tacones de guerra. Los chiquilines la mirarán con asombro divertido, pero a los de quinto y sexto la sangre se les debe de espesar bastante, y las chicas de esos años deben de descifrar ya sin dificultad el lenguaje corporal de la maestra.

Pero también me la imagino, ser apasionado como es, totalmente entregada a la tarea con los niños. No dudo de que es alguien que se entrega con toda el alma a su vocación, y cuando la vocación es por el magisterio, esa entrega no es poca cosa. Me la imagino con los niños, con el pelo recogido sobre la cabeza, como se lo ata después del amor, sonriéndoles a todos, a todos prestándoles atención. Santa Sonia. Alguna vez pensé en visitarla en la escuela para presenciar el milagro de su transfiguración. Pero no lo hice. Tal movimiento implicaría simétricamente ir a espiar a Olivia en su mester de escribanía, y bien considerada la cosa no creo que se avance nada cediendo a las debilidades de la curiosidad.

Juzgado según sus propios estándares el sex appeal de Sonia resulta demoledor. Es decir, demuele mis resistencias, aunque parezca proponerse lo contrario. Sus labios son carnosos, y muestran, con o sin razón, una mueca de desdén. El sex appeal de Sonia es el sex appeal del desdén. Parece siempre como si estuviera desafiante, a punto de soltar un improperio. ¿Para quién si no para mí? Sólo yo estoy allí. El desdén de una mujer fea equivale a un insulto. Y un insulto sin justificación alguna es una provocación.

Así pues, un malentendido –el de la provocación- está en la base y es el motor continuo de mi relación con Sonia. Y no puede ser sino un malentendido, porque no creo que realmente lo que Sonia desee exteriorizar sea desdén y provocación. Pero soy incapaz de interpretar sus gestos de otra manera. Me provoca según yo, sin razón alguna, y le respondo de manera tajante, siempre, porque eso es lo que calculo que busca al provocarme. ¿Qué si no? Es absurdo, pero es así, no lo estoy escribiendo sin haberlo repasado mentalmente mil veces antes. Su desdén es ultrajante y mi respuesta, tajante, también es ultrajante. Y en esa hoguera ardemos.

Y con eso ¿qué? Nada. Ella acepta con total pasividad mi respuesta. Malentendido o no, el encuentro es real, sucede y ambos gozamos de las consecuencias. Ella goza con una pasividad tan extrema, tan irritante, tan burlona que me obliga a empujar el ultraje más allá del límite de lo aceptable. Se me va la mano, pero dejo que se me vaya, en la certeza de que en la abyección y en el disparate, sin necesidad de recurrir a palabras, nos tocamos en la esencia. Es nuestro secreto, hasta para nosotros mismos, nadie sabe de nosotros lo que ni nosotros mismos sabemos.

7

Estoy siendo injusto con mis dos amores. En realidad es imposible no ser injusto cuando uno pretende dar cuenta de la verdad de una persona, no importando cuán distante se crea uno de la voluntad de ser injusto. Inútiles escrúpulos. Retratos deformados, deformantes, que creemos fieles, verdaderos. Dejo el garabateo y me huelo los dedos... jabón de tocador... ya no queda ni la sombra del olor de sus efluvios... de ayer, de Sonia... ni de anteayer, de Olivia... tan distintos... penetrantes y picantes unos... dulces, indescifrablemente sutiles los otros... ambos despeñándome por igual en el delirio. Una pizca tan solo de su olor tocando mis narinas pesa más que todo un

enjambre de palabras. La mancha de sol sobre mi escritorio se repliega. Avanza la mañana. Otras ventanas la reclaman.

Y sin embargo... hay un olor dulzón en el aire. ¿De dónde viene? Es fuerte, como de jazmines. Cruzo mi dormitorio siguiendo la traza invisible, hasta el perchero.

Efectivamente, viene de mi ropa, de la campera que tenía anoche. Meto la mano en el bolsillo. Ahí está. Es un jazmín. Lo saco y el mensaje embriagador estalla. ¿Qué quiso decirme Sonia? “Sorpresa. Te atrapé. Pensabas que estabas solo y aquí estoy yo”.

8

Fue un sueño muy nítido e intenso, como suelen ser los que tengo ya con luz de día, cuando estoy por despertar. Primero la parte del espejo, en la que me preguntaba por el significado de las tres t. Y luego la parte del libro, en la que me preguntaba por la naturaleza del libro. Finalmente una voz, serena, amistosa, como compadeciéndose de mi incompreensión, y que para ayudarme me decía: Son acertijos. Nada, naderías, migajas del festín fugaz de un sueño.

Los llamo acertijos porque con esa palabra se autodefinieron en el sueño. Y asumo que esas pocas imágenes aparentemente sin mayor sentido, pero atadas a un orden aparentemente estricto, querían comunicarme algo. O, más exactamente: percibí su aparente sinsentido como un desafío, porque de inmediato me provocó preguntas. De ahí que me pareciera razonable que el sueño se autodefiniera como acertijo, o más precisamente, acertijos.

En realidad no sé si se trata de acertijos. No soy experto en acertijos, ni los invento ni los resuelvo. Es más, siempre les rehuí, por pura pereza, o porque me dan la impresión de que alguien quiere burlarse de mí, o porque me disgusta perder el tiempo

en trivialidades. Ya bastante misterioso es el mundo. Y hay mucho más en juego en resolver los misterios del mundo que en resolver acertijos.

Ahora bien: lo cierto es que al tomar nota apenas despertado fijé palabra por palabra los supuestos acertijos. Procedí, pues, a dar al sueño una formulación verbal, que es la que normalmente presentan los acertijos. Haciéndolo ratifiqué como acertijos a los que el sueño autodefinía, indicativamente, como tales. Perro después, de inmediato, acto seguido, antes de que llegara a secarse la tinta, me puse a escribir sobre Sonia y Olivia, como si una cosa me empujara inevitablemente hacia la otra, como si los supuestos acertijos tuvieran que ver con el trivial misterio de nuestro triángulo. En principio yo no veo más relación que esta: que en el sueño hay tres t. Uno, dos, tres, triángulo. Coincidencia que, en verdad, no me dice mucho. No me dice nada.

El mejor argumento para no utilizar en este caso la palabra acertijo sería éste: sin necesidad de recurrir al diccionario es claro que un acertijo es un desafío que una inteligencia lanza a otra, u otras. En tal sentido, el supuesto acertijo que, aparentemente, desencadena esta escritura, no sería tal, puesto que no me fue propuesto por otro sino que me fue dictado por un sueño. Sería una especie rara de acertijo que uno se plantea a sí mismo por medio de un sueño.

Pero ¿los sueños pueden dictar acertijos? Forzando los términos, metafóricamente hablando, interpretar un sueño puede ser comparado con resolver un acertijo. En ambos casos se trata, por medios muy diferentes, por supuesto, de encontrar una fórmula verbal que permite resolver algo que se presenta como misterioso. En mi caso se trata, además, de un sueño que se presenta a sí mismo como acertijo. Sería pues cuestión de interpretar un sueño que no se presenta a sí mismo como sueño sino como acertijo.

Desde Freud en adelante sabemos que un sueño se interpreta poniéndolo en relación con la vida del que sueña, o, más precisamente con la idea de su vida que tiene el que sueña. Un acertijo se resuelve sin referirlo a algo que le es exterior, sino encontrando en la misma formulación del acertijo la astucia que impide ver de inmediato la respuesta. La interpretación de mi sueño que se quiere acertijo ¿qué supondría? ¿Una combinación de ambos métodos?

Pero ¿por qué motivo tengo que plantearme semejante tarea que de sólo pensarla me produce pereza y para la cual me siento particularmente inepto? ¿Qué me juego en esto? ¿La respuesta me va a salvar de algún peligro inminente, o va a hacer mi vida mejor?

Asumamos, en principio, que quiso este sueño (o sea: quise yo por medio de este sueño) especialmente advertirme que no debía considerarlo como un sueño sino como un acertijo (más exactamente dos acertijos, o sea, en principio: un sistema de acertijos), y que en tanto tal, en tanto desafío, debía yo asumir la tarea de resolverlo.

¿Qué es lo único que sé con absoluta seguridad acerca de este supuesto acertijo? Las palabras de que consta. Es decir: las palabras a que lo reduje al anotar el sueño. (Y desperté específicamente con la decisión de anotar palabra por palabra, de inmediato, estando aun entre sueños). Esta fijación muy precisa de las palabras me dejaría en claro que, por lo menos en un sentido, es sin duda un acertijo, y que, por consiguiente, como sucede con los acertijos, la respuesta sólo puede derivar de los mismos términos en que está formulado. Para eso -¿para qué si no?- quedaron cuidadosamente anotados.

Bien. Sin embargo, mi respuesta espontánea fue ponerme a escribir sobre mi relación con Olivia y Sonia. O sea, apartarme de los términos en que el acertijo está formulado. ¿Intuí que el acertijo tiene que ver con ellas? ¿Intuí —pero ¿cómo?— que se propone

problematizar mi relación con ellas, relación sobre la cual lo primero que se me ocurre decir, precisamente, es que es perfecta?

Ahora bien: un acertijo en sentido estricto formula una pregunta. Este que me ocupa no lo hace, no formula la pregunta explícitamente, aunque exige una respuesta. ¿Debo pues, comenzar por encontrar y formular explícitamente la pregunta que implica? Buscar la pregunta, no la respuesta.

9

Escribo recostado en un símil Strauss de tres cuerpos. El respaldo Chesterfield es especialmente apto al escribir para apoyar el brazo inactivo, y aún para apoyar el cuaderno, aunque esto último implica una torsión de torso que, al cabo de un rato, puede no ser sin consecuencias. Arranco entre las nueve y media y las diez de la mañana, después de un desayuno lento y completo, en la seguridad de que nada en todo el día va a venir a interrumpirme, a no ser la necesidad de una nueva colación o de una breve siesta... o una nueva irrupción del maldito duende del sofá.

Si por la razón que sea debo interrumpirme y abandonar la trinchera, y si al hacerlo, absorto en mis divagaciones, olvido fijar el clip de la lapicera en la tapa del cuaderno, es seguro que al volver resultará que la lapicera desapareció. La malhumorada búsqueda implicará, en el mejor de los casos, explorar centímetro a centímetro las profundidades del sofá deslizándose las manos entre los almohadones, y en el peor de los casos, rebasados los límites de la irritación sin resultados, implicará despegar los velcros y retirar los almohadones.

Demás está decir las consecuencias de la rabieta para la paz de espíritu, que es la condición indispensable para el buen hacer literario. Hoy la cosa pasó a mayores cuando, puesto a la vista hasta el último rincón de las sentinas del Strauss, la lapicera

seguía sin aparecer. Estaba a punto de darla por perdida cuando me di cuenta de que la maldita se divertía con mi rabieta, sólidamente aferrada al perfecto mirador que le ofrecía, a manera de balcón, el bolsillo de mi camisa. Nunca pongo la lapicera en el bolsillo de la camisa. Me parece cosa de burócrata o de repartidor de mercadería. Hoy, cosa inédita, muy previsor, para evitar las bromitas del duende, al pararme puse allí la lapicera, cosa que olvidé instantáneamente.

He olvidado a qué venía referirme al sofá en el que, a manera de un diván, me recuesto a escribir. No es raro que un asunto marginal (aquí, las lapiceras que desaparecen) se me cruce y acapare mi atención, distrayéndome de lo que vengo relatando. Tal derivar es consecuencia de profesar la convicción según la cual el escritor al escribir debe estar abierto, sumiso como una veleta al viento que se le manifieste. Tal apertura podría, eventualmente, permitir que se presente a la atención del escritor el tema del que en realidad, en lo profundo, quisiera estar ocupándose, más allá del que estuviera peloteando. Justifica tal convicción la seguridad de que, si aquello de lo que nos aleja la digresión resultara ser algo consistente y se justificara retomarlo, nos volverá al espíritu en el momento adecuado, y si no lo es, importará poco perderlo de vista definitivamente. Bendita convicción esta mía, hecha método tiránico, que justifica todas las debilidades y las distracciones, para alcanzar resultados a menudo no muy relevantes, cuando no del orden de lo absurdo, ante los cuales sólo cabe concluir que la culpa la tiene el Viento, que, como se sabe, sopla donde quiere.

Lo confieso sin vergüenza y sin culpa: las mujeres son mi vida. No tengo amigos y no disfruto en absoluto la compañía masculina. Sólo de las féminas espero todo lo bueno y todo lo malo que la vida pueda traer. El secreto para no padecerlas demasiado es mantenerlas a cierta distancia y alejarlas definitivamente en cuanto se vuelven

demandantes. De la misma manera confieso que el alimento esencial de mi escritura son, por consiguiente, mis mujeres, las habidas y las deseadas. Escribo para poseerlas más allá de la piel, para hacerlas mías de otra manera, más esencial, más definitiva, marcándolas mi escritura de manera imborrable, más imperecedera que un tatuaje, una herida o un hierro al rojo vivo. Al menos eso imagina mi soberbia de escritor.

Mujeres, escritura y vida son, pues, para mí, una y la misma cosa. Ahora bien: se comprenderá que, si la digresión domina a mi escritura, también, des-metaforizando, domina mi vida, o sea, mi relación con las mujeres. Es por eso, seguramente, que intento fijar y comprender de alguna manera esta *anomalía*, esta digresión perpetua que caracteriza mi relación con Olivia y Sonia en tanto perfecto equilibrio. Perfecto equilibrio que, en realidad, no es por ahora más que una expresión de deseo, porque lo nuestro es muy nuevo, y sabe Dios cuánto dure, y si significará un cambio real en la arquitectura de mi existencia.

11

Ni de Olivia ni de Sonia puedo decir que sean una digresión respecto de la otra. Llegaron en bloque y así pretendo mantenerlas. De hecho las conocí con días de diferencia. No imagino que nos llegue el día del hastío. El péndulo entre ellas me colma. Y no imagino que puedan ser mejor colmados los extremos de mi personalidad. En cambio sí puedo decir que ambas fueron –son- una digresión, por ejemplo, respecto de Selene, demonio pelirrojo que me hizo sudar como antes nunca nadie y ante la cual me hubiera rendido con armas y bagajes si hubiera sido ella la que decretara agotada nuestra relación. Por suerte fui yo quien lo hizo y así, no pude sino ser congruente con mi decisión, tomando implacablemente las medidas necesarias para sacarla de mi vida. Para las mujeres de mi vida sólo deseo la felicidad, Selene sólo la alcanzará si se

consigue un demonio de su mismo calibre. Con un simple mortal como yo no le es suficiente.

12

Dije que Sonia tiene labios carnosos y desdeñosos, siempre como a punto de soltar un sarcasmo o un insulto. Su boca huele a cigarrillos. Me excita sentir en su boca la mezcla de olores a pasta de dientes y cigarrillos. Tiene la piel gruesa, y aunque sólo tiene treinta y dos años, le cuelga un poco, como vencida. Tiene el pelo negro, abundante, con rulos. Le cae sobre la cara ocultándole la mirada, y le hace la cabeza grande, haciéndola verse más retacona. Es de huesos grandes. Podría decir, para no decir más, que Sonia da perfecto el casting para una mujer de trabajo.

Es, sí, una mujer vulgar. Ni es elegante ni sabría cómo serlo aunque contara con los medios. Nada la distingue excepto esa boca grande de labios gruesos marcados por un gesto entre el desdén y la amargura. Labios provocadores, labios que invitan a la grosería. ¿Será posible que tenga que decir que esa provocación, tan injustificada como imborrable, es lo único que realmente me atrae en Sonia? Puede ser, pero en ese caso voy a tener que encontrar las dimensiones profundas de esa provocación, qué es lo que provoca en mí y por qué necesito que lo haga.

También es pura provocación su taconeo. Usa tacones bajos, ideales para el taconeo. Me saca de quicio oírta taconear en el silencio de la noche, todo a lo largo del pasillo al fondo del cual tiene su apartamento, cuando viene a abrirme la puerta de calle. El taconeo la contradice. Por un lado nunca me recibe antes de las diez de la noche, como si tuviera un noviecito en el barrio y quisiera evitar ser vista conmigo. Por el otro lado, con el redoble de tambores con que me recibe, le está diciendo a gritos a sus vecinos de pasillo que esa noche es noche de guerra.

Sé, por pura intuición, pero lo sé sin duda alguna, aunque nunca fue tema entre nosotros, que no sueña con formalizar algo conmigo. Ambos sabemos que pertenecemos a mundos completamente diferentes, a duras penas tangentes. Los hombres como yo no se casan con las mujeres como ella. Ella me ve como una especie de lujo en su vida. Un recuerdo precioso para encapsular y con el que intoxicarse cada tanto. Por eso nunca nos vemos a la luz del sol. No necesita la desaprobación de nadie, sabe que cuenta con ella.

Por eso mismo, porque las cosas son lo que son, soy para ella alguien con quien puede sentirse libre de sacar, y exponer, y vivir lo que sea. Las cosas que no va a vivir, estoy seguro, con el que formalice. Lo mismo es ella para mí: aceptar su provocación en lo más oscuro de mí, dejarme ir sin medida, aprender de mí lo que no sabía, seguro de que será sin consecuencias, que quedará entre nosotros para siempre, ultra-secreto, y que nada modificará lo que está escrito para mi vida y para la suya.

13

¿Puede un hombre tener dos mujeres tan diferentes como sea capaz de imaginarlas, alternándolas día a día, dándole a cada una su justo merecido, excepto un día por semana al que llama su día de descanso o Día de la Madre? Claro que puede, como se puede ser hincha de Peñarol y de Nacional, de Boca y de River, y gustar del verano y del invierno, del mar y de la montaña, del día y de la noche, y como se puede desear a hombres y a mujeres, a jóvenes y a viejas. Todo se puede, aunque no todos puedan. ¿Durante cuánto tiempo? No importa. Nada es eterno. O sí, y se puede amar en un mismo abrazo a la eternidad y a lo efímero. De todas maneras siempre hay una ola que llega más lejos y borra lo escrito en la arena. La vida no es más que preparativos para otra vida, la verdadera, que nunca llegamos a vivir.

El problema está en que no soy yo el tipo de gente que vive en total lucidez cada instante. Ni mucho menos. Soy un escritor –aunque todavía no haya publicado. Ensueño. Divago. Nombres diferentes y a la vez parecidos (Sonia y Olivia tienen las mismas vocales puestas en el mismo orden) son un peligro para mí. Temo que suceda que, distraído, llame a una con el nombre de la otra. En realidad, dada la intensidad con que me despeño en sus deliciosos abismos me parece casi imposible que tal cosa no suceda. De hecho, si cierro los ojos y revivo momentos de pasión con una de ellas, dudo un instante antes de que fluya desde lo más profundo de mí su nombre. Son una especie de ser dual que no responde a ninguno de sus dos nombres, un ser innominado, quizá innombrable, un ser dual que cuando lo invoco cada vez me sorprende porque me doy cuenta, en un instante de desconcierto, que no tengo cómo nombrarlo.

14

Podrá eventualmente suceder que me equivoque de nombre, pero lo que nunca podrá pasar será que le haga el amor a una como se lo hago a la otra. El amor con Olivia es un amor de delicadeza. Se parece a la ternura, pero tiene más que ver con el control de las emociones y con la exploración exhaustiva de las sensaciones. Olivia se fantasea geisha, sabia en materia de sensualidad. Tiene libros sobre las geishas y carpetas con materiales bajados de Internet. Me hace prometerle que un día de estos vamos a ir al Japón y que la voy a llevar a una escuela de geishas. No de visita, sino a inscribirse. Pero no fantasea que la acompañe en tanto marido sino en tanto protector. A saber lo que encubre esta figura de protector. Protector de geishas, proxeneta, cafisio. Así me fantasea la divina Olivia. Pobre de mí, seguramente incapaz de dar el ancho.

-Debe de haber algún tipo de curso breve, para turistas –calcula.

-Y si no hay ¿qué apuro tendríamos para volver? Podés igual tomar el curso largo.

-Para ayudarme con la parte práctica vos podrías tomar un curso de consumidor de servicios de geisha.

-¿Existe eso?

-Debiera, porque no es cualquier cosa consumir geisha.

No me cuesta nada imaginarla dispensando con meticulosidad de experta exquisitas prestaciones a gourmets de sexo que gruñen apreciativamente aprobando las gracias y las habilidades de que son objeto. Olivia es el tipo de mujer liberada que es capaz de aprender el oficio de geisha como parte de su preparación para el matrimonio. El asunto me interesa porque, aunque no soy seguramente el mejor de los candidatos, podría resultar el elegido. Señales de que estoy en carrera no me faltan.

Vista en un lugar público, a la vez elegante y discreta, con su buen gusto tipo Carrasco, o sea, un poco agringado, con su gesto a la vez dulce y distante, casi inexpresivo, sólo un experto en sensualidades puede intuir en ella a la mujer para la cual cada detalle cuenta en el menú de la sensualidad. Que yo recuerde, mi primera fascinación con Olivia no incluía mayormente la conciencia de que me estuviera metiendo con alguien tan intensamente sensual.

Para Olivia una erección es una ocasión, más o menos efímera, para demostrar hasta qué punto es capaz de elevar el placer del hombre y refinar el propio. Lo suyo es la perfección técnica que obliga a abrirse al placer, sin reservas. Al hincharse la verga y soltar la semilla el tiempo se ha agotado. Imagina entonces que sobre ella pende el juicio del hombre, y que, a cambio de la faena, recibirá la fascinación que no escatima elogios, o el mero agradecimiento que es poco más que indiferencia. Mientras tarda en pronunciarse el beneficiado, Olivia padece sin mostrarlo, sudan sus axilas y sus manos. ¿Cómo puede alguien perfeccionista como Olivia depender, tan ingenuamente como

una aprendiz, del juicio del otro? Por supuesto: en padecer esa dependencia absurda está su goce veladamente masoquista.

Es medianoche y bebemos el té de la despedida. Cuando habla de ciertas cosas, por pudor, no me mira a los ojos. Olivia es pudorosa y es desvergonzada, sin parecer ni lo uno ni lo otro.

-Desde el principio me di cuenta de la intensidad de tu deseo –dice, soplando suavemente el vapor sobre su taza de té-. Me encantaba que tus abrazos me dejaran medio descoyuntada, y pensaba, lamentándolo, que tarde o temprano íbas a tener que refinar un poco tus intensidades, para evitarme lesiones.

Y después, como para sí:

-No conozco ninguna sensación tan maravillosa como sentirse deseada. Me refiero a sentirme realmente deseada, con ese deseo absoluto y absurdo que no conoce de tregua ni de negativa. Siento que no puedo rehusarme, que de hecho... pertenezco a quien me desea de esa manera.

15

Con Sonia las cosas son muy diferentes. Voy a narrar una noche tipo con Sonia. Por supuesto que todas las noches de sexo, aun con la misma persona, son diferentes, pero también es cierto que hay una dimensión de ritual en el festín sexual y que esa dimensión, mucho antes de devenir rutina, implica un cierto regodeo en la repetición.

Llego sobre las diez de la noche y, un poco para evitar maledicencia, y otro poco para eludir a los chorros, dejo el Mercedes en una estación de servicio a un par de cuadras. Es un 230 SL de 1965, el popular Pagoda, que heredé de mi abuelo Jaime a condición de tenerlo siempre en hoja, mandato que cumplo religiosamente. De hecho,

con el Pagoda me identifico como escritor: lo manejo con sombrero de fieltro, pipa en la boca y pañuelo de seda al cuello, en homenaje a mi abuelo, que a los once añitos, antes de que el mundo me pervirtiera, me convenció de que lo mío era la literatura. No es un auto que pueda abandonar en una esquina oscura de Montevideo hasta tarde en la noche. La Suiza de América reboza de delincuentes. De este país se va todo el mundo, menos los chorros.

Dejamos en el apartamento las delicias que aportó al rendez-vous -unas masitas, una botella- y, volvemos a salir a la calle. El viento frío de la noche otoñal ya barrió de las calles a los últimos rezagados. Por lo demás este es un barrio de laburantes, de madrugadores. Las calles desiertas y mal iluminadas están prontas para nuestro peculiar momento erótico.

Sonia se detiene siempre en la misma esquina oscura, la del almacén del durgo, cuya cortina de metal a esta hora ya está baja. Esta es su escenografía predilecta para el erotismo a la intemperie. A partir de las telenovelas turcas y de interactuar con el turco del barrio, quién sabe en qué proporciones, Sonia ha elaborado la deformación fonética vagamente provocativa que ya he consignado. De lo que no me cabe duda es de la carga libidinal implicada. Me atrevo a sospechar que el durgo -al que no conozco pero imagino cuadradón y con un gran bigote- y la Durguía de Sonia son una especie de mantra erótico. Y que cada vez que, como al azar los invoca, me está recordando la peculiaridad de su deseo y las circunstancias en que me permite aplacárselo -en la esquina del almacén del durgo. A saber cómo se resuelve semejante ecuación. Demasiadas incógnitas.

Mira en derredor, nadie a la vista. Se vuelve hacia mí, me mira con un brillito de urgencia en los ojos. La luz del farol de la esquina, tamizada por el follaje de un plátano agitado por el viento, apenas nos ilumina. Sacude un poco la cabeza para que los rulos

me dejen ver sus ojos. Su mirada es, inesperadamente, de entrega y súplica. Frunce un poco la trompa, ofreciéndomela. Los labios le tiemblan un poco por la expectativa. Sé que tiene ya la concha mojada. Lo sé porque alguna vez, al principio, cuando sus mudas exigencias me desconcertaban, a destiempo, descontrolado por su mirada perruna, rápido como un punga he deslizado la mano por la cintura de su pantalón y la he tocado.

También sé qué es lo que piensa en ese momento en que me ofrece la trompa y la mirada. Lo sé porque ella misma ha terminado por decírmelo. Se siente orgullosa de mí, de nosotros, de que yo haya sido capaz de adivinar su secreto, o de que ella haya sido capaz de revelármelo, que es más o menos lo mismo en este acuerdo sin palabras. Levanto una mano y le tomo la trompa entre el pulgar y el índice. Se le despegan los labios y respira fuerte. Tiembla visiblemente, de pura ansiedad. Vuelve a mirarme a los ojos como pidiéndome una explicación por la espera innecesaria a la que la someto. Entonces la suelto y le doy una cachetada rápida, cortita, caliente, de experto, bien cerca de la boca. Y muy fuerte, que por eso no ha de haber reclamos. Cierra los ojos, saboreando la onda que le recorre el cuerpo. Acerco mis labios a los suyos para respirar el olor a cigarrillos de su boca. Me embriaga, me excita. Le suelto otra cachetada. Quizá más fuerte. Bien sobre la trompa, dándole un poco vuelta la cara. Todo está en no reventarle un labio.

Vuelve a mirarme y ahora hay algo distante en su mirada. Me ofrece otra vez la trompa. Sé que ya está colocada, ida, chapoteando en su goce. Se babea. Ahora es de darle y darle. Y apenas me contengo para tomarla del brazo y sacarnos un poco de la mancha de luz. Entonces le doy con las dos manos. Derecha, izquierda. Cachetadas cortas, reprimidas, calculadas. Sin mucho recorrido, sin alharaca, no sea que algún caballero andante nocturno malinterprete nuestros entusiasmos. Tiembla, la cara colorada, jadeando, pero no afloja. Si por ella fuera sería más y más, hasta acabar a

cachetazos. Gime entonces y ondula, apretando los muslos. Es como una advertencia. Se deja ir.

-Tilio... -musita-. Tilio... -patética hasta la auto-parodia, como la Sarli, como pidiéndome un último puntazo que acabe con ella.

(Por si no lo dije aun: mi nombre es Atilio. Mi abuelo, que padeció a fondo la pasión futbolera lo impuso para mí).

Le apoyo entonces la espalda contra la pared. Me deja hacer, boquiabierta, groggy, como un peleador que ya bajó la guardia y acepta todo el castigo. Deslizo la mano por debajo de la cintura del jeans y por debajo de la mínima tanguita –la roja o la negra o la verde cotorra, que son las tres que le conozco- le agarro la concha, carnosa y empapada. Dos dedos, en gancho, deslizo por el pantano cuerpo adentro. Ya no le importa nada. Se afloja, perniabierta. Se cuelga de mi cuello para no caer cuando empiezo a darle como sé que le gusta. Tiembla como en hipotermia por la calentura. Le hundo en el culo un tercer dedo y le aporreo el vértice con el pulgar. Suelta un gemido gangoso, como de tarada. Temo que se des controle del todo y se ponga a aullarle a las estrellas. Le cierro la boca con la mía. Por encima del pantalón sus dedos duros como garfios se prenden de mi verga, que desde hace rato está como para partir nueces.

Devorar sus labios gruesos y babosos me pone a mil. Furioso le pellizco el clítoris, le meto dos dedos en el culo, tres en la concha, como para desgarrársela. Froto la verga contra su vientre como para abrirle una zanja. Hasta que revienta. Se saca de dentro la bola de fuego. Acaba en mi boca no con un aullido de loba en celo sino con un cantito de nena indefensa que se va debilitando a medida que un orgasmo que se apaga se desliza dentro del otro, que apenas despunta, revienta y se acaba. Le sigo dando aun cuando siento que la concha ya se le seca, que mis dedos aporrean sus nervios a flor de

piel, produciéndole descargas que la estremecen entera y la hacen saltar, ridícula como una marioneta.

Cuelga de mí, domado el fuego voraz, convaleciente de orgasmo catastrófico. De su bolsillo saco un cigarrillo y se lo cuelgo de los labios. Lo enciendo. Se llena los pulmones. Despierta.

-Qué frío –dice, como incapaz de callarse o de decir algo a la altura de las circunstancias.

Pero de inmediato, con la segunda pitada, se redime. Bruscamente relajada y energética dice, demostrando que está más loca que una cabra:

-Vámonos para casa que me muero de frío. Qué maniático que sos –concediéndome gratuitamente el mérito de haber inventado aquella patética erótica de arrabal.

Lunático portazo con el que se evita olímpicamente hacerse cargo de la situación. Y del asunto no se habla más. Sólo una vez, después de coger, en su cama, en su cama, casi sin hacer pie, deslizándonos hacia el final de nuestra noche, asumió en algo los hechos.

-¿Qué te gusta más –le había yo preguntado nomás por morbo, por hacerla hablar- las cachetadas o la paja que te hago?

Habla con apenas un hilito de voz como si estuviera a punto de dormirse, o hablando drogada.

-Me gusta que me casques.

Y se queda callada. Después me toma la mano y la pone sobre su pubis.

-Tocame, vas a ver cómo me pongo de solo pensarlo.

Tenía razón, estaba hecha una sopa.

-¿Por qué te gusta?

-Porque es lo que merezco. Que me zurres, por puta.

-En una esquina oscura...

-En una esquina oscura.

-¿Y la paja?

-También es lo que merezco. No que me cojas si no querés. Nomás una paja... ¿No entendés? -termina preguntándome, como a un párvulo que no entiende la regla del tres.

Calla, jadea un poco, el mínimo contacto de mis dedos con el vértice inflamado está pudiendo con ella.

-En realidad, lo que yo quisiera después que me cascás, es arrodillarme y chuparte la pija. Pero no puedo, me da terror hacerlo en la calle, es demasiado...

-La próxima lo vas a hacer... -le prometo-. Cuando estés a punto voy a sacar la pija para que me la chupes...

Mis palabras estallan como un rayo en la nube densa de su imaginación, la crisis la gana, el dique se rompe, el placer la inunda, ya no regresa, hundida en la modorra. Tengo la pija dura y cabeceando. No puedo vestirme e irme así. Le pongo la mano encima, entiende, me masturba despacito. Cuando estoy por acabar me pregunta entre sueños qué estoy haciendo.

-Está todo bien -le digo-. Seguí un poquito más...

No responde, quizá ni me ha oído, groggy como está. Pero cuando le digo "Ahora", lenta como una serpiente sonámbula, con la boca abierta avanza sobre mi vientre justo a

tiempo para que le suelte el chorro entre las fauces. Con dos dedos masajea despacito el tallo para mamar la última gota.

16

Sonia tiene un par de bancos altos, de bar, junto a la mesada que separa su pequeña cocina de la sala comedor. Esos benditos bancos le producen ansiedades eróticas. Me instala en uno de ellos, cómodamente sentado, con los pies apoyados en los travesaños, me sirve una copa de vino, y comienza el show. El show de Catita, según ella. A saber por qué lo llama así. Se pone un delantalito y, parloteando sin cesar todo tipo de trivialidades, se calza unos guantes amarillos de látex y se pone a lavar los pocos cacharros que le ocupan la piletta. De pronto se acerca, me amenaza con los guantes mojados y exige:

-¿Preferís que te moje el pantalón o me abrís la portera?

-La portañuela, Maestra Siruela. Se dice la portañuela.

Obedezco, por supuesto, no sé qué cosa sea Catita pero sé de qué viene la cosa, de manera que el gusano que le muestro ya viene desperezándose. Le queda a la altura justa para, inclinándose apenas, tomarlo en su boca. Dándole lamidas y chuponcitos juguetones sigue con su parloteo de mina boluda.

-Pero qué preciosa... ¿Crece mucho más?

Abandona de pronto la presa, la deja saltando como un resorte. Y ahora taconeando de la sala a la cocina y viceversa poniendo la mesa. A veces pone música de fondo. Tiene un tocadiscos antiguo, para vinilos, Punktal.

-Era de mi padre –dice-. Los discos también.

Los discos son de boleros y danzones de medio siglo atrás. Ella se conoce todas las letras, pero es tan poco mi entusiasmo por sus preferencias que me las propina raramente. Y bla, bla, bla, hablando sin parar, que los líos con las madres en la escuela, que verdura buena no se encuentra ni en la feria. Y después, otra escala técnica con chupeteos y mordiscones. La inmovilizo tomándola del pelo y la castigo dándole en las mejillas con el tallo, ya duro como una estaca. Suena la hora de la retórica erótica.

-¿Qué es lo que estás buscando? ¿Que te acabe en la cara, en los ojos, en el pelo?
¿Eso querés?

Ahora es el ama de casa que se pone cachonda siendo tratada sin consideración alguna.

-No, por favor, no. No soy tu puta –protesta desafiante-. Acabame en la boca que me hace bien tragármela.

Y todos los demás lugares comunes que nos vengán a la lengua en ese momento. Y después, de golpe, regresa al taconeado y al parloteo, y a la tarea. Que te preparé un pino no mejor que el que te hace tu madre, y que si quiero ensalada rallada. Cada vez que pasa taconeando la verga me salta y vibra como un perro furioso detrás de una reja. Y así siguiendo.

-¿Te gustó el vino? –pregunta al pasar-. Casi no tomaste. Es vino uvita, acá en el barrio lo venden suelto, pero es muy gustoso –dice.

-Un poco espeso para mi paladar –afirmo cauteloso mientras me masajeo la verga para no perder prestancia. Por momentos me dan ganas de soltarle un lechazo. Cargado como estoy, parada a un par de metros apuesto a que le atino.

-Más espesa tenés la leche, mi amor –dice sin poder sacar los ojos del masaje.

Como si me hubiera leído el pensamiento –que me lo lee, por supuesto, al menos en estas materias- desata el peto del delantal, se abre la blusa saca sus magras tetas, junta los pezones, y dice:

-Aquí, papi, embocámelo aquí –y a la vez saca la lengua como ofreciéndome un premio mayor si se lo aterrizo allí.

Es lo que ella llama jugar “a la kermesse”. Fantasías de maestra. Se babea y se pellizca los pezones, grandes y duros como de bestia de corral.

-Putra madre, me estoy acabando –gruñe.

-Vení que es todo tuyo –le digo, con la verga en el máximo de largo, masajeando sólo la cabezota para evitar el disparo.

-Estás rechulo así –dice sobándose a fondo las tetas-. ¿Me dejás sacarte una foto?

Toma el celular de sobre la mesada.

-No, Sonia –protesto sin convicción-. Es muy feo el porno de revancha.

Enciende el celular.

-Te prometo que cuando me dejes no va a haber revancha.

Anillo la base del tallo para que pueda ver todo el largo orgullosamente lanzado hacia las estrellas. Clac. Clac.

-Las pajas que me voy a hacer con esto –suspira acercándose hasta encuadrar sólo la cabezota. Clac.

Hace a un lado la cámara y toma la verga entre sus labios. Mama con unción religiosa.

-No la quiero para vengarme –susurra como para que sólo la verga la oiga-. La quiero para las noches que estás con la otra.

Me agarró desprevenido. Por un momento me dejó desconcertado. Pero entendí en seguida. No es que sepa. Lo dice para dejar en claro que, en todo caso, no le importa. A quien se da como se me da a mí puede, obviamente, perdonarle todo. Se queda inmóvil, como en éxtasis de picaflor, con la bellota entre los labios. Esperando mi respuesta. No digo nada. Significa que me siento honrado y complacido con su actitud. Espero que así lo entienda.

-¿Querés una cerveza? –dice, viendo que no me tomo el uvita.

-No consumo bebidas plebeyas.

Es mi respuesta habitual. Una especie de broma entre nosotros. A ella le encanta la cerveza. Sonríe. Se mete la verga en la boca hasta topar con garganta. Se queda así, clavada, como en trance, o como una boa tragándose otra boa. Me toma una mano y la lleva debajo de la faldita para que toque la entrepierna empapada de la tanga. Me toma la otra mano y la pone sobre un pecho. Su teta apenas me llena la mano. La estrujo junto con la copa del sutién y la tela de la blusa. Le deslizo dos dedos en gancho dentro de la concha. Rescata el habla, jadeando.

-Hijo de puta –dice.

Zafa de la doble pinza dando un paso atrás.

-Vení –dice-. Matame.

Y atrapado por la verga, tironeando como del cabestro de una bestia dócil, me lleva a su dormitorio. La pantalla que tiene en su portátil es una bola de vidrios de colores.

Noto algo nuevo en la decoración: en la pared de la cabecera de la cama cuelga un tapiz que representa un mandala astrológico.

-¿Te gusta?

-Muy lindo –miento. En realidad me resulta indiferente.

Se acerca y me ofrece la trompa. No es para que le pegue. Es la hora de los besos. Y sabe que me calienta comerle los labios gruesos y olorosos a cigarrillo. Lo hago mientras con una mano me masajea el tallo y con la otra los huevos untándome de arriba abajo el aparato con vaselina perfumada. ¿Por qué me unta? Un poco porque para cuando llega la hora de coger acabó por lo menos tres veces y teme estar demasiado seca. Otro poco porque bien sabemos en qué va a terminar la cópula. Se desnuda. Se arranca la ropa como si le estuviera envenenando la piel. Todo va al piso: delantal, falda, blusa, sutién, tanga, medias. La desnudez de Sonia es obscena. Cada desnudez es diferente. La de ella es obscena. ¿Porque es retacona? ¿Porque tiene los pies grandes con los dedos tan separados? ¿Porque ese peinado de rulos grandes la hace cabezona? ¿Por la mueca de desdén de la que siempre estoy consciente? ¿Por las tetas magras y los pezones groseros?

No se me entienda mal. La amo. Tal y como es estoy enamorado de ella. La amo como sólo la puedo amar a ella. Si no fuera así no tendría la verga como la tengo mientras la miro recostarse en su cama. Me duele de tan dura. Cada vez que voy a cogerla siento como si fuera cuestión de matarla a pijazos. Como si esa vez fuera a encontrar, a inventar una manera de cogerla que la reventara del todo. No sucede, por supuesto. Es sólo un polvo más. Pero, exhausto, siento el poso de frustración y me prometo para la próxima vez ese final total.

Su desnudarse se me hace agresivo, provocativo, como si no se propusiera la revelación de la belleza sino la grosería exhibicionista. Se tiende con los brazos abiertos en cruz y con las piernas abiertas y las rodillas levantadas mostrándome la concha peluda y, escondida, la herida rojo fuego. Se recoge el pelo encima de la cabeza como si fuera a hacerse un moño, pero no lo hace. La pose es sólo coquetería para mostrarme las axilas peludas, como si fueran mi fetiche, y para darle algún relieve a las flacas tetas. Levantando cuanto puede las rodillas se acaricia la gata con toda la mano. Tiene un lunar grande al lado del pezón izquierdo, el que de preferencia pellizca y del que tironea para excitarse. Se abre con ambas manos la vulva carnosa y peluda y veo que el rojo furioso de la herida se debe en parte a que se ha pintado los bordes con lápiz de labios.

-Para que no vayas a errarle –dice, burlona.

-Payasa –le digo.

Está tan mojada que puedo ver las babas en la pelambre y cómo gotea de humedad el nácar interior.

Con lo que hemos llegado a la que me parece la más rara de sus peculiaridades eróticas. Así como se quiere desnuda y abierta como una ranita en la mesa de disección, así debo estar yo de vestido y calzado para darle verdadero gusto cogiéndola. En noches caprichosas me ha obligado a usar bufanda y una gorra de lana. No quiero decir que resistiendo con firmeza a su manía no pueda conseguir un honesto polvo al natural de cuando en cuando. En realidad para mí no hay mucha diferencia, pero para ella sí la hay, y como su diferencia acrecienta mi placer, opto por darle gusto. Dios la bendiga. No me cuenta más que unos pesos de tintorería. (La morocha opulenta de la tintorería me tiene junadas las manchas. “¿Siempre tan apurado?” pregunta descarada. “Según el caso” le digo. Voy a tener que cambiar de tintorería o asumir las consecuencias).

En los mares de Sonia la pesca es de fondo. Sosteniéndome en los brazos emboco la bellota y deslizo dentro todo el largo, hasta los huevos, hasta que la tela del pantalón le acaricia las nalgas. Y de esa marca, atrapándome con las piernas, no me permite retroceder. Sólo puedo ir hacia adelante. Lo cual me llena de pasmo, primero porque me da la impresión de que, para darle gusto, la verga me crece unos centímetros, segundo porque por más que hago, no hay dolor, como si su concha no tuviera fondo. O como si algo le picara mucho, allá muy dentro del cuerpo, y sólo pudiera aliviarse rascándose con la punta de la verga. “Más” es su vocabulario de una sola palabra, y sigue repitiéndola cuando chorreando sudor llegamos al borde del colapso. Entre brumas color sangre no puedo sino repetirme que no puede ser que no le esté perforando algo.

Al dar esta imagen suya de voracidad y desenfreno no olvido que Sonia es maestra. No siento más que respeto por Sonia y por su vocación, y por los valores humanos implícitos. Creo que dije que fantaseo con ir a espiarla trabajando con sus niños. Pero cogiendo no es más que una puta desprejuiciada que se caga en el buen gusto, es una especie de ninfómana, si es que tal cosa existió alguna vez fuera de los cerebros calenturientos de los sexólogos. Le doy como quien apuñala, removiéndolo el puñal después de clavado. Cuelga sus corvas de mis hombros.

-Más, matame –gruñe.

Si se pudiera matar a vergazos ya estaría muerta. La cama está empapada con nuestros sudores. Cierra los ojos, la respiración se le entrecorta, tiembla, como con fiebre. Le castañetea los dientes.

-Mordeme las tetas –susurra.

Se las muerdo hasta sentir el tejido cediendo y desgarrándose entre mis dientes. La cabeza le cae para atrás, los ojos en blanco, soltando por la comisura de los labios una

baba espumosa. Está allá arriba, en el ápice, pero el dique resiste, no se rompe. Trato de despeñarla a vergazos. Sin temor a acabarme porque ya estoy bastante más allá del polvo. Pero no puedo alcanzarla. Se ha encriptado en un lugar inaccesible del que temo que no regrese por un buen rato, o sin ayuda técnica.

Pero sí. De pronto me pone una mano abierta y débil sobre el pecho para que pare. Saco la verga enorme, curvada, brutal. Brillante con su doble baño de vaselina y de jugos de su concha. Tan monstruosa que hasta a mí me asusta. En el espejo de la puerta de su ropero soy mi Mr. Hyde. Trabajosamente Sonia se pone boca abajo. Debajo del vientre pone una almohada para ofrecerme su sol negro. Yo pongo otra. Se abre las nalgas con ambas manos. El culo de Sonia no es ninguna frutilla en la torta. Es oscuro, peludo, de mucosa granujienta. Me parece un culo de patán. Perdón, no pretendo ser desagradable sino preciso. Por lo demás –hay que decirlo todo- es el culo más deseoso de ser cogido que yo conozca o pueda imaginar. ¿Cómo haré ver lo enamorado que estoy de ella si no muestro mi deseo con toda objetividad? Le tengo muy hecho el culo. No ha habido noche sin transitarlo. De manera que apenas lo acaricio con la yema del pulgar se abre solo. Sonia ondula, ansiosa. Se lo abre más con ambas manos.

-Mirá cómo te extraño, animal –dice contra la almohada. Una vez más me impresionan sus manos grandes abiertas sobre las blancas nalgas. Muestran todo su tamaño, los nudillos abultados, la piel gruesa de campesina, las uñas pintadas de un rojo espeso, los anillos grises y sencillos que usa, que parecen hechos por un herrero. Son manos de pintor, de escultor, podrían ser las manos de Picasso. La clavo sin más y siento, intacto, el llamado del vacío. Siempre fue así. Sonia es metamórfica. Su culo no es un esfínter sino un abismo.

-Dale, maricón, violador, pedófilo, rompémelo, hasta que sangre –murmura apenas comprensible Sonia con la cara contra la almohada.

Y sí, así es, seguramente de eso se trata. ¿Para qué sino esta exigencia de cogerla vestido y calzado? ¿Alguien de chiquilina la violó, le rompió el culo a las apuradas? Sonia se regodea en un recuerdo traumático, vuelve a vivir una situación traumática pero para gozar de ella. ¿Es eso posible? Quizá. Sería sanísimo, calculo. Evidentemente que se lo pregunté. Su respuesta me desconcertó. Quizá eso quiso, desconcertarme:

-¿Estás loco? Es pura fantasía. ¿Vos no te imaginás cosas cuando cogés? A ver, ya que salís con eso, contame qué te imaginás.

Lo cierto es que al tener su reverso, me pide un tratamiento diferente. Por el culo tengo que cogerla con penetraciones largas. Retirla casi hasta sacarla y luego hundirla hasta los pendejos. Sonia gime su canto de goce, como si gozara cada centímetro. No doy para mucho más. No soy un performer. Estamos chapoteando en sexo desde que llegué y eso fue hace una hora y media. Le advierto que voy a acabar. Entonces mete la mano bajo su cuerpo para masturbarse. A través de la pared de la vagina sus dedos buscan el bulto movedizo de mi verga. Le hacen cosquillas en la panza. Acelero la cogida. Me concentro en el lento crecer de la marea, lo controlo, lo dosifico hasta que lo tengo arrinconado en la punta de la verga. Adoro ese instante perfecto de estar dándole con todo el largo y a toda velocidad en el culo perfectamente dócil, cuando el canto de Sonia finalmente se despeña dentro de su orgasmo, o más bien del mío. Me clavo entonces para soltarle todo en lo más hondo y siento que al acabar así, clavado en lo más oscuro de su abismo la poseo de una manera verdadera y radical, como no es posible poseer acabando en una boca o en una concha. Tengo por un instante la ilusión luminosa del polvo perfecto. Predador monstruoso clavado en su presa, aprieto las nalgas una y otra vez obsesionado con inyectarle algo que no es ya meramente semen. Ojalá hubiera palabras más precisas para decirlo. Como decir que soltándole la lefa en

el recontrafondo del culo es que poseo no su cuerpo ni su mente sino su alma. Y que se entienda literalmente lo que digo.

¿Y después qué? Quedo como nuevo, pleno de poder y rebosando energía. Sonia sí queda postrada. Yo quedo como para salir a correr por las calles de la noche, listo para caminar por las paredes. Me zampo un litro de bebida plebeya y me como casi todo el arrollado mientras ella ni siquiera ha podido sentarse. Le he drenado toda energía y le he vaciado el refri. De regreso por la ciudad dormida la mente me bulle en ideas. Ideas literarias quiero decir. Trabajo hasta que amanece.

Al amanecer, vacío, agotado, con la mente en blanco, como arrasada por la luz del primer sol, me espanta un poco lo cruda que ha sido mi escritura. Si la idea era un texto controlado, equilibrado, rezumando lucidez, etc., esa idea ya fue. El vértigo se apoderó de la situación y el texto devino lo que estaba destinado a ser por poderes más sabios que mi verborrea de escritor. No era mi intención, por supuesto, ser tan explícito. Pero evidentemente he sentido que sin serlo no podría explicar la relación con Sonia, no de una manera que pudiera ser recibida vívidamente y en toda su verdad. ¿He conseguido mi objetivo? ¿La manera en que he hablado de Sonia me obliga a ser igualmente explícito al referirme a Olivia? Sería un a priori perfectamente inútil: me temo que no es tan fácil dar cuenta de Olivia.

Con Olivia nos vemos en el apartamento que tiene en Malvín y que, según me explica, lo tiene para pensar. Pensar le resulta al parecer imposible en la casa en que vive con su familia, y que, como creo que ya dije, está en Carrasco, en el corazón del Carrasco más exclusivo, si es que la exclusividad se mide con dinero.

-No sólo para pensar –sugerí alguna vez, majadero.

-Sólo para pensar –insistió a su manera displicente, sin énfasis.

-Lo que hacemos aquí ¿es pensar? –insistí, recalcitrante.

-¿Qué creíste que hacíamos? – dice, paciente como con un niño, o como si no la sorprendiera mi torpeza.

En el apartamento las paredes, blancas, están desnudas de todo adorno, y hay un mínimo de muebles. Muebles delicados, ligeros, modernos, caros. Metal y vidrio. Y una mesa de dibujo –un restirador como lo llama ella- frente al ventanal que da al mar. Encima los elementos necesarios para dibujar con tinta china. Debe de haber una luz gloriosa durante el día. No puedo afirmarlo porque mi presencia no es requerida antes del atardecer. A principios del otoño llegué a ver al sol hundiéndose en el mar.

Tiene un sillón profundo en el que se sienta sobre sus pies y se va acurrucando sin dejar de mirarme fijo hasta que se me hace evidente su verdadera naturaleza: es una gata. Silenciosa como una gata, cada vez que llego me estudia un buen rato, como si me viera por primera vez. Me mira tan atentamente que termino por sentir como que me estoy viendo a través de sus ojos. Cuando llego a ese punto me siento atrapado en su mirada, como un pez en su pecera.

Si llego al apartamento ardiendo ya en deseos, y no puedo esperar para sentir la delicada hondura de su cuerpo, me deja hacer, pasiva, dulce, distante, mirando cómo desabotono la blusa, desabrocho el sutién, remango la falda, retiro la bombacha. Me mira como supervisando mis buenas maneras y asegurándose de que sabré hacer los honores una vez más al aura en que se manifiesta de manera indudable la divinidad de su ser.

¡Mierda!... no quise escribir eso. Nada más lejos de mí que querer caer en las patrañas misticistas acerca de la naturaleza sobrenatural del amor humano. Pero estas y

no otras son las palabras que acuden y, me gusten o no, termino por creer que son las apropiadas.

Lo cierto es que abierta su blusa y expuesta su piel, su olor, liberado, emana de su piel y se eleva delicadamente, como la bruma sobre el lago en la madrugada, flota hacia mí, me llena los pulmones y me embriaga completamente. A medida que el olor de su cuerpo me invade, los ojos se me llenan de lágrimas -¡lo juro!-, como cuando escucho el Magnificat de Bach o el Mesías de Händel. Conozco la Verdad, porque, lo merezca o no, me ha sido revelada. Así me hace sentir Olivia. Y si, como ahora, hago un esfuerzo por comprender mi estado, más la revelación se profundiza. Al olerla me siento una bestia famélica pero que sólo se alimenta de olores delicados. Si la pureza de un cuerpo pudiera olerse, olería como la piel de Olivia. Me mira recorrer su cuerpo rozando apenas su piel al aspirar cuidadosamente cada traza de dulzura y de tibieza fragante, me mira con la expresión de una Madonna que se regocija en la avidez de su Niño, no sin una pizca de sensualidad en su complacencia.

Ella, me es evidente, no quiere mostrármelos, pero, por supuesto, yo he encontrado la manera de echar una rápida ojeada a sus dibujos. Dibuja castillos medievales, sin contexto, como flotando en la nada de la hoja en blanco. Son castillos ingenuos, contrahechos, desgarrados, improbables. Encerrados en sí mismos, como si sus habitantes nunca asomaran ni -mucho menos- habitaran el inhóspito blanco exterior. También dibuja callejuelas de ciudades medievales, callejuelas también desiertas en las que la perspectiva rápidamente se deforma, retorciéndose como una serpiente cortada al medio. Y luego también dibuja bosques, de los cuales apenas es visible una proa de árboles, como si todos los demás quedaran devorados por la bruma. Y de los árboles visibles no se ve el piso en el que se afincan, ni el follaje o las ramas desnudas con los que aspirarían al cielo. Sólo esa sección intermedia se ve, los troncos, de entre los cuales

podría esperarse la aparición de algún tipo de habitante de la floresta, expectativa aplazada dibujo tras dibujo hasta que ya no se espera nada.

Olivia no es artista plástica, es escribana, aunque como tal sólo se ocupa de los asuntos de su padre, o más exactamente, como ella misma precisó, de algunos de los asuntos de su padre.

-¿Algunos? ¿Cuáles?

-Supongo que al principio me dio de los más sencillos y poco a poco me va dando más complicados. No tengo apuro, tengo mucho que aprender.

-¿Trabajás cerca de él, de su oficina?

-No. Cuantos más asuntos suyos tengo entre manos, menos lo veo.

Se queda callada, como buscando las palabras.

-Papá es como el sol en invierno –dice, un poco tontamente.

Así es Olivia... poética... tanto como sus dibujos son artísticos. Torpemente poética.

También están las sesiones de terapia lumínica. Llego y todas las luces del apartamento están apagadas. Los ventanales y las ventanas, abiertos. La brisa del mar disemina la luminosidad de la noche por el apartamento. Olivia está tendida, desnuda, en la gran cama.

-Hola –musita, apenas audible sobre el murmullo lejano del mar.

Todo es blanco: las paredes, los muebles, la ropa de cama. Me desnudo y me tiendo a su lado, rozándonos apenas. Nos aflojamos hasta estar prontos para levitar. Hecho de luz de luna y de estrellas, de luciérnagas y de noctilucas, de luz de faro y de fanales de barcos en la línea del horizonte esperando puerto, del río de luces de la rambla y de las

luces de los aviones que tienen su corredor justo encima de nosotros para llegar a Carrasco, el fluido luminoso se arremolina dentro del apartamento como una íntima aurora boreal hasta encontrar por dónde diluirse hasta desaparecer, aunque no sin dejar sobre nuestros cuerpos residuos luminosos, gotas de luz que se funden cuando al final del espectáculo terapéutico, tan ingrátidos como vaciados de oscuridades, cedemos a las urgencias y a los abrazos. Entonces somos como dos arroyos de luz que confluyen hasta ser uno solo. Bueno, en fin, ya lo ven, para hablar de Olivia yo también soy poeta.

Una noche, ya apaciguados, después de haber gozado de una larguísima levitación en la penumbra luminosa, me dijo:

-Ya no me pedís que te muestre mis dibujos. Eso significa que los miraste sin mi autorización.

-Es cierto, pero también es cierto que tampoco esperarías una autorización mía para ir a una librería, comprar mis libros, si ya existieran, y leerlos.

-Muy gracioso. No es lo mismo. Tu pecado es real. Miraste mis dibujos sin mi autorización. El mío es solo posible o probable, si querés –protestó-. En todo caso, así como yo te diría lo que me suscitara la lectura de tus libros, vos tenés ahora que decirme lo que mis dibujos te dicen.

Respiré hondo. Era una prueba difícil. Debía encontrar qué decirle que tuviera sentido más allá de la sensación de puerilidad pretenciosa que me causaron. No mentirle sino instalar el diálogo más allá de las primeras sensaciones. Cerré los ojos y dejé que las imágenes vinieran a mí. Para mi sorpresa acudieron de inmediato, y de una manera ineludible e inapelable. Pensé en forzarme a callar, pero recordé que Olivia tiene una verdadera fobia a las ocultaciones y a los misterios.

-Tus dibujos se me presentan bajo la forma de telarañas –pronuncié finalmente, ostensiblemente cauteloso.

-Caramba... -alcanzó a musitar, sorprendida.

-Pero no telarañas en tanto peligrosas o repugnantes... -me apresuré a aclarar-. Telarañas en tanto fragilidad, como si un viento fuerte pudiera llevárselas dejando al papel otra vez en blanco.

Olivia se volvió hacia mí. Al hacerlo, quedando la noche a sus espaldas, me miró desde su rostro en sombras. A pesar de lo cual sentí la intensidad con que su mirada interrogaba a la mía por el sentido de mi respuesta.

-Así de delicado me parece tu arte –insistí, viéndola no muy convencida.

-Pero ¿te gustó?

Caminando por la cornisa, me tomé un largo segundo antes del siguiente movimiento.

-No es tan amable como inquietante, no produce tanto gusto como produce inquietud –adelanté por fin.

-Inquietante ¿eh? –articuló, claramente reprimiendo una primera respuesta impulsiva-. Sí ¿por qué no? A mí también mis dibujitos me parecen inquietantes – agregó sin ironía alguna, como si tomara mis palabras en el sentido más literal.

Con lo que, aprovechando rápidamente la oportunidad, me incliné hacia adelante obturando con mi beso más dulce la posibilidad de que aquella conversación nos impulsara a honduras indeseables. Olivia, que todo lo sabe, comprendió mi intención:

-Te traje del bizcochuelo que hice hoy en casa para el desayuno –dice saltando de la cama.

En casa significa, por supuesto, en la casa de sus padres. Le gusta subrayar a menudo la diferencia entre su casa y el apartamento. El bizcochuelo llegó acompañado por una copa de vino blanco bien frío.

Ya se ve, pues, que no puedo escribir sobre Olivia con la intensidad y con el ímpetu con que escribía sobre Sonia. No porque la escritura sobre Olivia se me vuelva opaca o lánguida. No, la siento siempre firme y nítida, pero al escribir siento como si, para cruzar un arroyuelo de aguas claras y frescas, tuviera que evitar cuidadosamente los resbalones o las aguas profundas. El tiempo me parece detenerse. Escribiendo sobre Olivia me viene bien escuchar a Bach. La claridad luminosa y profunda como tributo al Creador me ayudan a poner en palabras la imagen que dentro de mí he ido construyendo de Olivia. Cada momento con ella que me regala la memoria fluye con la suavidad con que pasamos del Kyrie al Christe en la Misa en si menor. De cada inmersión en Olivia regreso en estado de beatitud, tal que, agotada mi capacidad en la materia, media rotación terráquea después estaré necesitando otro trago de la grosera humanidad de mi amada Sonia.

18

Olivia no olvida. Ella puede regresar sobre un tema mucho después de que uno lo ha olvidado. Estábamos flotando en la luz grisácea de un atardecer nublado cuando me dijo, tan suavemente que pensé que era telepatía:

-¿Te hablé de mis arañas?

-¿Tus qué? –pregunté, seguro de que no pudo haber dicho arañas.

-Mis arañas.

-No, no me hablaste –dije, no encontrándole gracia a la broma.

-Tengo dos. Grandes como ratas, pero negras. Me las trajeron de Brasil.

Algo pugnó por abrirse paso en la melcocha de mi memoria.

-¿Dónde las tenés?

-Acá.

-¿Acá dónde?

-¿No oís los golpecitos?

Silencio. Aguzo en lo posible la escucha. Pudieron haber o no unos golpecitos.

-Están en el ropero. Las guardo cuando venís.

Aguzo más la escucha, entre chispas de pánico. Entonces, de repente, se me hizo la luz: esta era su respuesta a mi observación acerca de las telarañas en sus dibujos.

Respiré hondo. Me dio ternura la delicadeza de su revancha.

-¿Y cómo se llaman? –pregunté cortésmente, como se le pregunta a un niño por sus mascotas.

-Una se llama Otilia.

-¿Otilia?

-Tengo una tía que se llama Otilia –agregó entonces, con un tonito tal que invitaba a cualquier interpretación del asunto.

Soy escritor, para mí Otilia remite a Goethe, y nada más. ¿Puede Olivia haber estado leyendo a Goethe? Difícilmente.

-¿Y la otra?

-La otra se llama Atilia.

-Otilia y Atilia, las arañitas de Olivia. Muy ingeniosa.

Me sonrío, pícara, con una especie de ternura distante. Lo de Atilia corría por cuenta de mi patronímico, por supuesto.

-Más que nada te cuento de ellas para que, si al llegar ves que la puerta de mi ropero está abierta, me avises, porque significa que me olvidé de guardarlas –dijo, y no pude evitar pensar que la broma terminaba con una velada amenaza. ¿A cuenta de qué la nota sombría?

-¿A vos no te pican? –inquirí.

-Estoy vacunada. Con su propio veneno. Vos también podés vacunarte si querés. No es más que un piquetito.

-No creo que sea necesario.

-Como quieras. A tu riesgo.

Me pareció la hora de cortar la broma, a besos, cosa a la que contribuyó, pasivamente, con lo más dulce de su blandura y su calidez.

El tema no volvió hasta varios días después. El amor y el último calor del otoño nos habían hundido hasta lo más profundo de la modorra cuando de pronto me despertó una tanda, y luego otra, de golpecitos sordos y erráticos. Algo así como los ruiditos que podrían hacer unos ratoncitos dentro de una caja de cartón. Llegué a preguntarme si habrían sido las arañas, por supuesto, pero no me desperté lo suficiente como para ir a

averiguar. Me cuesta asumir que haya sido una bromita de Olivia. No la hubiera creído capaz.

19

Lo que sí es cierto es que el apartamento de Olivia es un lugar perfecto para pensar. La penumbra nocturna como única iluminación, el murmullo lejano del río como mar, la brisa marina, las paredes en blanco, el natural discreto y silencioso de la dueña de casa, todo suma para que, repatingado en un sofá, me sumerja en meditaciones sin límite de tiempo y sin fronteras temáticas. A menudo Olivia se acomoda a mi lado y se enchufa en sus propios rollos interiores. O se sienta en la alfombra, entre mis piernas, y perdida la mirada en la contemplación de los confines nocturnos de mar y cielo maquinamos a dúo sin compartir más que la espuma de nuestros cógitos. A veces una gaviota solitaria cruza la noche y lanza una carcajada chirriante al vernos tan ensimismados. Tengo la impresión de que esa gaviota burlona es siempre la misma. Acercó mis rodillas a los flancos de Olivia, como para abrazarla. Olivia apoya la cabeza hacia atrás sobre mi cuerpo. Su nuca rueda blandamente sobre mi verga semi tumefacta. Le acaricio el pelo, largo, lacio, suave como la seda. Se me escapa un suspiro larguísimo, de fin de meditación y comienzos de erección. Olivia lo interpreta como un llamado, como una demanda.

-¿Qué? –musita apenas.

No respondo, no explico. Así es como ella prefiere que hablemos del deseo, sin palabras. Como algo tan delicado que lo prefiere secreto, sobreentendido, solamente sugerido. A saber por qué le tiene esa especie de desconfianza a las palabras en relación al deseo. Como si hablarlo fuera a terminar por gastarlo, por arruinarlo. Pero si hay algo que yo sé hacer es observar, tomar nota de las recurrencias, deducir un esquema, una

narrativa. Me sale solo, sin esfuerzo. Quizá en parte por eso soy un escritor. Paso a interpretar, pues, ese momento sin palabras.

Es así, más o menos: Olivia nota que su hombre carga con una molestia: se le ha declarado un estado de erección en el pene. Ella, su mujer, práctica, sumisa y sabia como debe ser una mujer, debe tomar cartas en el asunto, debe liberar a su hombre de esa molestia por demás inoportuna. Inoportuna porque tiene que salir a la calle, o porque tiene que sentarse a trabajar, o porque quiere dormir una siesta o espera una visita, as you like it. Una buena narrativa presenta alternativas a gusto y paladar.

A esta altura del esquema cualquier consumidor de pornografía dirá: Conozco esa historia. Se le ocurre a cualquier libretista de porno. Comprendo, pero no es en sí que la historia me impresiona. Lo que me impresiona es que alguien tan delicado, serio y pudoroso como Olivia la conciba y la ponga en práctica, y que, como consecuencia, lo trillado, lo rebajado a lugar común desaparezca, y el argumento recupere de pronto la intensidad y la pureza originales.

Me acaricia con la nuca... una y otra vez, a un lado y a otro, con la parsimonia con que las olas van y vienen sobre la arena. Y el rodillo cartilaginoso sobre el cual rueda la nuca con cada ida y venida aumenta de calibre, y de consistencia. De pronto ya no se deja traer y llevar mansamente sino que empuja, titánico, exigiendo otro tipo de atenciones. Olivia gira y me mira sin mirada desde la penumbra que oculta su rostro. Apoya la palma de la mano sobre la bestia como para apaciguarla. La moldea con los dedos. Atrapa el cilindro de carne a través de la tela del pantalón. Cierro los ojos. Me abandono a la ceremonia lenta e hipnótica. Va a masturbarme así, pero sólo un poquito. De todo sólo un poquito, para que el tratamiento sea completo y el vaciamiento, total.

Lo hace, callada, totalmente concentrada, con movimientos delicados, como si mi cuerpo fuera frágil, como si fuera yo un enfermo de cuidado. Respiro hondo, la cosquilla se aleja como se aleja la ola que regresa al mar. Me siento colmado, pletórico, tener a dos mujeres que están en las antípodas de la femineidad se me antoja un regalo maravilloso de la vida, algo que muy pocos pueden alcanzar.

Baja el cierre del pantalón, sin apuro, sin trabarlo, como un esquiador que se desliza por la ladera de la montaña. Me expone, cuidadosamente, como quien prepara el campo para una intervención quirúrgica. La miro hacer. Su mirada elude la mía pero sé que disfruta que la mire. Traga saliva, se le hace agua la boca. Con Olivia el sexo es un saber, no una catástrofe. O sí una catástrofe, pero muy controlada, dosificada. La tomo del mentón pero aun así elude mi mirada, apenas me concede una chispa con el rabillo del ojo. En realidad no quiere interrupciones, quiere hacer bien su trabajo y recibir a cambio su merecido. En moneda líquida.

Pasa la mano por debajo de la verga. La endereza, la yergue trayéndola sobre la palma abierta de su mano, como quien manipula una forma de vida rara y extremadamente frágil. La lame como si fuera su cachorro recién parido. ¿No hay lujuria en el sexo con Olivia? Más que pasión lo que predomina es la preocupación por el detalle en el dar placer, preocupación que puede tener que ver o con el amor, con la veneración, con la sumisión, o con el puro perfeccionismo. ¿Cómo lo recibo yo? Me siento privilegiado por ser el objeto de tan reconcentrado saber y atención, y lo recibo intentando a la vez ser el receptor perfecto de esa atención, alcanzando la cota más alta de placer posible. Pero así como el amor con Sonia me deja feroz, lleno de energía, propenso a partir muros con el canto de la mano –cosa que me cuido bien de no hacer, por supuesto-, el amor con Olivia me deja en la beatitud total que sólo puede darnos el vacío, el vaciamiento, me deja propenso a la levitación, y muy pero muy deseoso de

sublimidades. ¿Saca una, más que la otra, lo mejor de mí? ¿Soy mejor con una que con la otra? ¿O me son simétricamente equivalentes, como postulé desde el principio de estas notas?

Con una mano acuna los huevos, con la otra anilla el tallo, y a medida que se la introduce en la boca va mordisqueando el glande y el tallo. Con cada mordisco se me aprieta el culo y la verga cabecea en su boca. Besa la boquita sin labios con los labios de su boca, un beso de amor, con la punta de la lengua empujando en el orificio, y con una gran gota cristalina recogida con la punta de la lengua y tragada con unción dulcemente fanática. Nos imagino viejos. Es raro que unos amantes jóvenes se imaginen amantes viejos. Es un ejercicio contra natura. Es un derroche inútil de imaginación y de tiempo cuando se están viviendo las glorias del presente. Pero bueno... sucede. Entonces la imagino tan concentrada o más en la dulce faena. Y la imagino aplicando aun con más meticulosidad sus saberes para conquistar las que sabemos que serán mis últimas erecciones. Arrugada, temblorosa, ansiosa, sus labios apergaminados le dan este beso exquisito a mi boquita, muy abierta en la piel porosa y blanda de la vieja bellota. El éxito es tan inesperado como incontinente, el licor de la victoria es poco y aguachento, pero Olivia me sonríe con su gran boca, y lame cuanto puede. Estoy seguro de que sólo Olivia podría producirme, al coger, semejante imaginación: vernos viejos cogiendo.

Pero volvamos a esta bella edad en la que aún tenemos todo por delante. Me masturba, con una mano y luego con la otra, sin apuros, haciendo fluir desde mi antena vibrante un aura embriagadora. No se masturba mientras me masturba. Es una tortura para ella dejarse masturbar o mostrarse masturbándose. Se esconde tanto que ni gracia tiene. Al masturbarla, si no estoy atento ni siquiera me doy cuenta cuando acaba. Otra interdicción absoluta con ella es ponerla en cuatro. Imposible. Para penetrarla desde atrás tenemos que estar acostados de costado. En cuatro, abierta completamente, animal,

expuesta, reducida a sus orificios: imposible. El beso en la boca cuando la penetro tiene que ser siempre posible. Coger sin besarse es animal.

Puede estar masturbándome ratos interminables, transitando quizá imperceptibles orgasmos, mirando fijo y en éxtasis la boquita en espera de la erupción, tragando saliva cada tanto, de ganas de tragarse la leche.

-Tragás saliva... todo el tiempo -balbuceo.

-Es que se me hace agua la boca -dice sonriendo y ruborizándose.

Cuelgo de la paja que me hace, sintiendo como todo mi ser se va concentrando en el tallo y luego en la punta, pronto para estallar cuando ella lo quiera, pero ella no lo quiere, parece como si, vampírica, se alimentara del aura de sensualidad que mana de mí y se adensa hasta la saturación. Sí, quizá, y en ese caso sería la más perfecta simuladora, está teniendo y disimulando un orgasmo perfecto, interminable, celestial, desde hace más de media hora.

Me chupa los huevos, delicadamente, como para no apresurarme la marea, se mete la verga hasta donde le cabe y queda inmóvil, mamando fuerte. Por momentos me dan ganas de agitar yo mismo el tallo para soltarle el lechazo, entregándolo a la correntada de su succión, pero no lo hago, prefiero que con la cosquilla de la inminencia me torture hasta el final, impunemente. Al acabar no siento que le disparo la bala en la garganta desde la punta gozosa de mi cañón, lo que siento es que en algún lugar inubicable en la zona central de mi cuerpo un dique se abre completamente y una correntada que se lleva todo y nada deja detrás, yo mismo incluido, fluye hacia su boca, que se abre mucho más allá de lo razonable, y así yo desaparezco en ella, aunque, milagro de los milagros, la correntada también se la lleva a ella, que así desaparece en mí y conmigo.

Leí a Olivia la transcripción que hice del sueño de los acertijos. Cuando terminé vi que había en sus labios una sonrisa tan delicada como misteriosa.

-¿Qué? —pregunté ansioso, ilusionado con la posibilidad de que las respuestas fueran sencillas y yo por tonto no me hubiera dado cuenta, inflando el asunto más allá de lo razonable.

-Me hace gracia porque sentí como si lo que me leíste fuera un acertijo que me plantearas a mí.

-No es así: son acertijos con los que me desafía mi subconsciente.

-Entiendo. Antes que nada hay que tener presente que se trata de un sueño, un sueño que se pretende acertijo.

-Exacto, un sueño que quiere que se le responda con una fórmula concisa, como si fuera un acertijo.

-En ese caso lo primero que necesitás son las preguntas. No es posible dar respuestas precisas sin preguntas precisas.

-Intentémoslo.

-Me temo que sólo vos puedas formularlas. Es todo muy personal. ¿Te preparo un té?

Para cuando Olivia volvió con el té yo le había dado una vuelta entera al asunto y propuse una pregunta:

-¿Cuáles son las tres tes que duermen en el fondo del espejo escondido?

-Suena bien —aprobó Olivia revolviendo el edulcorante—. Y esa pregunta ¿te dice algo?

-No que yo sepa.

-El sueño mismo dice algo de las tres tes...

-Es cierto. Dice que una es la de Tomasina y las otras dos las de las tetas. Tomasina no sé quién sea, y las otras dos se quedan cortas.

-¿Cortas?

-Las tetas son dos y cada una lleva dos tes. En total son cuatro. Más la de Tomasina, son cinco. Pero el acertijo sólo preguntaría por tres.

Allí encallamos. Nada de aquello parecía tener sentido. Tomamos el té en silencio.

-A menos que sólo cuenten las tes iniciales, por supuesto –razonó Olivia razonablemente.

Después, como mandatada por el supuesto acertijo para demostrar el punto, Olivia se abrió la blusa y me mostró sus perfectísimas tetas. Picardía insólita en ella. Se las estuve besando y lamiendo un rato largo. No se pone como Sonia cuando le hago las tetas, pero puede estar mirándome tanto tiempo como yo quiera hacerlo.

-Mañana voy a tenerlas irritadas por el roce de tu barba –musitó con un tonito un poco balbuceante-. Es como si me pasaras papel de lija –precisó.

Con la mano derecha impaciente pero hábil desnudé la verga e hice a un lado sus obstáculos.

-Vení – la urgí al oído.

Montó sobre mi vientre y le bastó con hacer a un lado la entrepierna de la bombacha para llenarse de mí.

-Me gusta así, sin sacarme la bombacha -susurra con voz forzada, como de confesionario.

-¿Por qué te gusta así?

-No sé -susurra, con la voz como a punto de descomponerse, y aunque sabe que sé que sabe.

-Es como si cogiéramos a las apuradas -le digo.

El jadeo se le acelera.

-No... no sé... nunca hice eso... -dice como angustiada y acaba, estremeciéndose con tal fuerza que sé que, por un rato, queda fuera de servicio.

21

¿Por qué se me llenan los ojos de lágrimas al sentirme de pronto tan profunda y amorosamente cogido? Sería perfecto que ahora me dijera: “Señor, yo no soy digna de que entres en mi pobre morada”, como dice los domingos por la mañana al alojar el cuerpo del Redentor sobre su lengua, pero está tan conmovida por el vacío alcanzado que no podría articular ni una sola palabra. ¿Puede una vagina expresar su amor al alojar una verga? La boca de su vulva es grande, sus labios delgados, no se endurecen ni abultan con la pasión, su vagina no me recibe como a vencedor ni vencido, ni su deseo es devorarme, me invita a diluirme en una caricia envolvente que me lleva mucho más allá del atrio secreto de su templo.

Se me dirá que mi problema es sencillo, que estoy enamorado. No, señor, eso no ayudaría a simplificar el problema, porque en todo caso no estoy menos enamorado de Sonia, aunque sea de muy diferente manera. Olivia no se abre para mí, ella es la idea misma de lo abierto que no cesa de abrirse, como una flor de infinitos pétalos, como un

mar propicio que la quilla del Amor surca... ¡Perdón, perdón! no se puede escribir así. Esto es literatura. De la peor. Pero no, no es literatura, sólo trato de decir las cosas como siento que realmente son. Cuando naufrago en el mar de Olivia ya hace rato que no hay más un yo que pueda reivindicar una victoria ni un acceso a lo sublime.

22

En algún momento, minutos u horas después, Olivia me mira, no sin cierta picardía o directamente burla, y por su boca hablan todos los profetas.

-No es que el acertijo se haya equivocado porque contemos cinco tes –dice, muy segura de sí-. Se contradice para poder ratificarse, es un método de auto-verificación. Sugiere el cinco para ratificar el tres, lo que quiere es insistir en el tres, en el número tres, que casualmente también es con te.

En pleno delirio, con la verga como un mástil otra vez llenándole el cuerpo, la propuesta me pareció razonable. Estábamos cerca del punto en que, si Olivia empezaba a cabalgarme, por poco que fuera, me dispararía.

-Menudo engrudo invento para llamarme a mí mismo la atención sobre el tres. ¿Y qué con el tres?

-Vos sabrás. Eso sólo vos podés decirlo.

¿Tres? Olivia, Sonia y yo, obvio. ¿Pero por qué necesito que se me llame –que me llame yo mismo- la atención sobre nuestro falso triángulo? *Falso, digo, porque para triángulo le falta una arista, la que une el punto Olivia con el punto Sonia.* Falso o no, nuestro triángulo era aquello a lo que, al menos por el momento, me podía llevar el acertijo con su insistente recordación del tres. La mirada de Olivia se alejaba de mí, se volvía hacia sí, enturbiada por la inminencia del orgasmo. Ya no me veía. Balbuceó:

-¿No vas a decirme por qué tu inconsciente inventó toda esta charada para recordarte la palabra tres?

-No lo sé. No tengo la menor idea –mentí, por supuesto.

Cerró los ojos, inclinó la cara hacia su pecho para ocultarme la transfiguración de su rostro por la violencia del placer.

-¿Puedo acabar adentro? –pregunté en un suspiro, sintiéndola estremecerse.

-Sí –exhaló dulcemente. Y diciéndolo fue ella la que se abrió, buscando la penetración más profunda.

Dejé que la bola de semen explotara. No era, por cierto, la primera vez que acababa con la estaca inmóvil clavada en su cuerpo, sin cogerla. Sentí en los dedos el sudor que brotó de su piel. La abracé y así quedamos hasta que recuperamos el sosiego de la respiración. Aunque seguía con la verga como de mármol.

-Y la parte del libro ¿qué te sugiere? –pregunté.

Afloró otra vez la sonrisa de mona sabia. Y responde de inmediato con una pregunta, como si precisamente estuviera cavilando el tema.

-¿Cuál es el libro que sólo puede ser leído en sueños? –me pregunta.

Pienso y pienso... hasta que me cae el veinte.

-Es el libro de la propia vida.

-Exacto. Es un saber al que sólo podés acceder en el sueño. Si lo recordaras al salir del sueño podría serte fatal.

-Pero ¿para qué conocerlo si no puedo recordarlo?

Se encoge de hombros.

-Vos sabrás. Yo no lo sé. Pero sus razones tendrá.

Suspiró hondo. Removió las caderas comprobando el estado de rigidez del miembro.

-Parece que vas a necesitar un poco más de atención para aplacar al señorito –dijo, escondiendo la cara por pudor pero con la garganta ya apretada por la renovada ansiedad.

-¿Te molestaría? –pregunté juicioso.

-No, no me molestaría. Estoy para servirte –suspiró, lanzándose a cabalgarme, decidida a cobrarme orgasmo por orgasmo, pero sabiendo, porque este jueguito ya lo jugamos, que lo más probable es que termine entregándome dos a cambio de uno. La dejó renovar el sudor en su piel mientras me gozo en la idea de que, mientras conversaba conmigo tan razonablemente, todo su bendito sistema nervioso se preparaba, calmo y juicioso, para la nueva función de fuegos artificiales...

23

Sucedió demasiado rápido, como una especie de fatalidad, sin tiempo para repensar lo decidido ni para evitar las consecuencias. Llamé a Sonia y le dije que tenía que pasar el fin de semana en el hotel Benvenuto, junto a la Laguna Blanca, en Santa Casilda, y la invité a reunirse allí conmigo el sábado por la mañana. Inmediatamente después llamé a Olivia y le formulé exactamente la misma invitación. Se me ocurrió que ambas, a pesar de lo inusual de la invitación, si no tenían algún otro compromiso importante, aceptarían. Y así fue: ambas aceptaron. Como es raro que en otoño no pase unos días en la Laguna Blanca, sé bien que en temporada baja, aunque permanece abierto, el Benvenuto tiene muy poca ocupación. Llamé, pues, y reservé tres habitaciones individuales, con vista al lago y estufa a leña.

Procedí, pues, como si mi plan fuera completamente razonable. No lo era, por supuesto. Era absurdo y grosero. No sabiendo de la existencia de la otra, cada una pensaría que era la única invitada. Imaginé el estupor de ambas al encontrarse con semejante situación. Lo mejor que podía suceder era que sin decir palabra partieran en el primer ómnibus de regreso a Montevideo, agarrotadas hasta el alma por la repugnancia moral que les provocaría seguramente mi grosería. Se irían en el mismo ómnibus que las trajo a las diez de la mañana y que regresaría a Montevideo pasando por el hotel a la una de la tarde. Juntas en las varias horas de viaje ¿llegarían a hablarse, se disculparían mutuamente por una situación que ninguna de ellas intentó generar? ¿Se solidarizarían? ¿Hablarían de mí, dirían ambas que jamás imaginaron tanta ingenuidad irresponsable de mi parte? ¿Coincidirían en concederme virtudes a pesar de todo? ¿Indignadas se asegurarían mutuamente que no habrían para mí ni perdón ni más oportunidades dado lo grave de la transgresión? ¿O, conociéndose y cayéndose bien, pactarían cómo seguir de ahí en más? Compartiéndome, por supuesto. ¿Manteniéndose en contacto para evitarse sorpresitas? ¿Qué necesidad tenía yo de generar semejante malestar a mis dos amantes? ¿Qué necesidad tenía nadie de pasar por semejante situación?

Tengo para mí que si dos amantes de un fulano, reconociéndose en cuanto tales, llegan a conocerse por casualidad y en ausencia del beneficiado, no pasan quince minutos antes de que estén platicando acerca de qué color de camisa y de corbata le queda mejor. Según yo, así son las mujeres, y no celosas y exclusivistas como se las pinta. O sea que, optimista militante como soy, imaginaba que aún de entre las ruinas del colapso que había provocado, lo que saliera de alguna manera sería para bien. Era la única manera de pensar el asunto una vez hechas las llamadas telefónicas. Eso o huir lo

más lejos posible –tierra, trágame- por la mayor cantidad de tiempo que me fuera posible, cosa que no haría.

Cuando tuve clara la dimensión de la grosería en que había incurrido decidí que mi estrategia sería plantarle cara al vendaval, tratando de prever y manipular las reacciones. Se me ocurrió entonces que en realidad Sonia estaba mejor preparada que Olivia para una situación de esa índole. Si su menú amoroso para conmigo incluía la humillación voluntaria ¿por qué no habría de incluir el morboso placer de compartirme? La reacción de Olivia me parecía un misterio. Pensé que rechazaría la situación aún antes de considerarla en detalle, por el simple hecho de serle impuesta. Hasta donde podía verlo estaba en la naturaleza de Olivia tener total control sobre lo que se introdujera en su vida.

Ahora bien ¿qué buscaba yo, más o menos inconscientemente, con semejante ocurrencia? ¿Lo evidente, es decir, tener mi harén? Seguramente que existían estrategias más seguras que la que había escogido para alcanzar esa meta. Más sinuosas pero más seguras. Cortar camino a lo bestia, como lo hice ¿era la simple expresión de un ataque de impaciencia? ¿O de soberbia? Dándole vueltas y más vueltas al asunto llegué a preguntarme si la ocurrencia no expresaba mi temor oculto al perfecto equilibrio de nuestro triángulo, a que mis horizontes se cerraran en torno al movimiento pendular que me llevaba tan confortablemente de la una a la otra. Soy un escritor, romper mis horizontes, renovarlos de continuo es parte esencial de mi negocio –permítaseme un poco pontificar sin autoridad-, y de sentir amenazada esta regla de oro se supone que sea capaz de reaccionar haciendo volar por los aires lo que obstaculizara, o yo creyera que obstaculizaba, mi libertad. En este sentido, intentar la pirueta de este harén antipódico – imposible imaginar dos mujeres más diferentes-, podría ser considerado como un intento de renovar mi libertad de escritor conservando a mis dos amores.

Así pues, llegaron al hotel en el ómnibus de las diez de la mañana, el único que llega por la mañana desde Montevideo en baja temporada. Olivia, muy Manos del Uruguay su look, toda en lana rústica, falda larga, tonos otoñales. Hay que saber pararse y caminar para vestirse así. De botas, como Sonia, pero las suyas son de cuero marrón, acharolado y firme, mientras que las de Sonia, de cuerina medio azulada, están sostenida con elásticos. Sonia está disfrazada de Sonia, o sea de vampiresa de barrio. Falda negra apretada, por encima de la rodilla, camperita de plástico acharolado rojo, pañuelo de gasa rosada al cuello. Quedé estupefacto al verlas ahí, bajando del ómnibus, súbitamente materializadas, ignotas la una para la otra, remotas la una para la otra, tan diferentes como sea posible, y sin remotamente imaginar, lo que descubrirían en poco menos de un rato. El único botones en baja temporada –Severino, el hijo de Benvenuto– recogió sus bolsos y les señaló el camino.

Estupefacto es la palabra. Por más que en las últimas cuarenta y ocho horas hubiera estado dándole vueltas y más vueltas al asunto, sólo cuando las vi ahí, una junto a la otra en la luz otoñal con fondo de lago asumí la materialidad de lo que había inventado, asumí que ambas se volverían hacia mí ansiosas por encontrar en mi mirada el mismo brillo amoroso de siempre redimiéndolas de aquel malentendido, y asumí, para mi escándalo, que ya no serían nunca más aquellas Olivia o Sonia, cada una en su mundo, sino que serían, de aquí en más, tal y cual las veía ahora, estas Olivia y Sonia, juntas, y recortadas en la luz otoñal con fondo de lago. Y eso lo cambiaba todo. La pureza cristalina de nuestro peculiar triángulo había desaparecido para siempre. A partir de ahora las efigies de Sonia y Olivia comenzaban a superponerse, a dialogar entre ellas incontinentemente, resistiéndose a diluir su diferencia, a devenir una sola, como las actrices de *Persona* de Bergman.

Comprendí, no sin pánico, que ya no volveríamos a ser el prístino triángulo, bello como el que forman las grandes estrellas en la noche austral, y que a partir de ahora nos cocinaríamos a fuego lento en el mismo caldero –a menos que los tres huyéramos al ser revelada la situación. Mi idea era esperarlas en mi habitación. No tardarían en comparecer. Imaginé a Benvenuto, o Marisa, su mujer, recibéndolas, tomándoles los datos, adjudicándoles habitación. La que fuera atendida primero seguramente que preguntaría por mí, quizá la otra oiría la pregunta, le sorprendería quizá. Si Sonia formuló la pregunta y Olivia la oyó, esta pensaría que Sonia sería quizá alguna secretaria que llegaba hasta ahí por una cuestión de trabajo con el señor escritor. Pero si fuera al revés, Sonia sospecharía de inmediato. ¿Quién podría ser esa mujer tan elegante que venía también a encontrarse conmigo en este hotel remoto y solitario? O quizá ninguna de las dos oiría a la otra preguntar por mí. Se alojarían, se refrescarían, descansarían unos minutos tendidas en las camas, impacientes pero dándome tiempo para aparecer, preparándose en todo caso para el encuentro.

A mi pedido Benvenuto había subido otros dos sillones a mi habitación. Los dispuse enfrentados en triángulo y me senté a esperar. En la estufa el fuego crepitaba. La habitación estaba por demás caldeada. Sí, seguramente que Sonia estaba más preparada para acomodarse a la situación. Sin demasiada cháchara, pero ella jugaba de alguna manera a ser mi sierva, mi esclava, y desde esa posición no podía sino aceptar mis caprichos. Teóricamente. Porque bastaba conocerla para saber que Sonia antes que cualquier otra cosa era un ser explosivo. Se diera el rol que se diera, cualquier chispa podía encenderle la pradera. ¿Sería prudente Sonia, y esperaría a que Olivia mostrara su actitud? Más seguramente la prudencia vendría del lado de Olivia. ¿Se escandalizaría Olivia? Después de todo, desde sus fantasías de geisha no debiera de escandalizarse, desde su inclinación por los placeres refinados antes de escandalizarse debiera de tener

en cuenta las posibilidades en la materia que la situación ofrecería. ¿O sus fantasías no era más que poses, máscaras libertinas para una burguesita falsamente liberada y en busca en realidad de un noviazgo como cualquier otro, un poco sazonado de más para mejorar la oferta? Creo, sin embargo, que a ambas les importaba sobre todo la relación conmigo, y que no consideraban la relación como un fuego fatuo al que no echarían de menos una vez extinguido. Ambas intentarían que la relación sobreviviera a esta situación inesperada, aunque habría que ver a qué precio.

Fue solo unos minutos antes de que el circo se desatara que tuve una intuición respecto de los motivos de mi conducta. Clara y decepcionante. Recordé que días antes, conversando con Olivia respecto de mis acertijos, había llegado a la noción de que el nuestro era un falso triángulo, puesto que le faltaba la arista que unía los puntos Olivia y Sonia. ¿No sería pues, por un prurito de volver auténtico lo falso, que las junté para producir así la arista faltante? Más aún ¿me habría motivado un prurito de autenticidad o nomás un pueril gusto por las geometrías elementales y sus simetrías?

25

Sonó finalmente el teléfono. Recepción.

-Una joven quiere verlo.

-Que suba.

Toc, toc.

-Está abierto.

Es Sonia la que asoma. Divertida, energética, pronta para lo que venga.

-Hola.

Masca chicle. Sonia masca chicle de tal manera que uno inevitablemente piensa que busca disimular el uso que viene de dar a su cavidad bucal, aunque no fuera el caso. Me ve tan tieso en mi sillón que se sobresalta un poco.

-¿Te pasa algo?

Le aseguro que no, le pido que se siente, que esperamos a alguien.

-Pero ¿no me vas a saludar con un beso? –dice, avanzando hasta el segundo sillón.

-Después... todos los que quieras. Ahora por favor sentate.

No le gustó el recibimiento. Se sienta. Estoy ridículamente tenso. No por eso dejo de sentir cómo me taladra el cerebro el bichito del deseo. En realidad Olivia podría tardar quién sabe cuánto en aparecer. Ella es mucho más imprevisible que Sonia. No me sorprendería que ahora mismo a Sonia le estuviera picando el mismo bichito que a mí. A manera de síntoma, infla el chicle hasta que estalla.

-¿No querés que te ayude a relajarte un poco? –sugiere, inequívoca.

En ese momento suena el teléfono. Recepción.

-Hay una señora que desea verlo.

-Que suba, por favor.

Pasan los segundos. Sonia se impacienta. No le gusta el suspenso.

-Chachachachán –entona en sordina, irritada.

Toc, toc.

-Está abierto –grazno, con la voz un poco descontrolada.

Olivia abre la puerta. Gran entrada. Elegante. Olivia es Olivia. Toma nota de ambos con una sonrisa en los labios, como si no le llamara la atención demasiado la presencia de Sonia. Debe de haberla incluido automáticamente en alguna hipótesis tranquilizadora.

-Hola, buenas tardes –dice acentuando su sonrisa al ver lo tenso que estoy.

-Buenas tardes –dice Sonia, un poco seca, y en guardia.

-Hola, Olivia, sentate, por favor –le indico, y agrego, sin gracia alguna-: Olivia esta es Sonia. Sonia, esta es Olivia.

Olivia avanza y se sienta, con tanta gracia y parsimonia como si estuviera en una situación de sociabilidad de alta pompa.

-Mucho gusto –dice.

-El gusto es mío –responde Sonia, veladamente belicosa.

-En realidad nos conocemos –dice Olivia-. Vinimos en el mismo ómnibus.

Para decirlo con las palabras justas: Olivia me contagió su señorío de la situación. Ella es así, maneja con altura cualquier situación por extraña que le parezca. Así pues, no sin altura, le respondí:

-Perdón. Debí de contratar remises para que las trajeran. Hacerlas venir en ómnibus es imperdonable.

-Bueno, no exageres. No hay ofensa pero estás perdonado –dijo Olivia condescendiente como con un niño, mientras se sacaba los guantes de cuero.

-Sí, claro que sí, estás perdonado –gruñó Sonia al borde de la irritación. Y agregó-: ¿A qué viene tanto misterio?

Olivia callaba, pero con la mirada me preguntaba lo mismo.

Sonia se había dado cuenta de que Olivia y yo compartíamos un lenguaje, una manera de hablar, que la dejaba fuera. Cosa que la irritaba. Se sacó el chicle de la boca y lo pegoteó en un pañuelito de papel que traía en el bolsillo de la campera, del otro bolsillo sacó los cigarrillos.

-¿Les molesta si fumo? –preguntó, dirigiéndose más bien a Olivia, porque bien sabía que a mí no me molestaba.

-A mí me molesta, pero si a usted no le importa que me moleste, puede fumar igual – dijo tranquilamente Olivia.

Fue demasiado. Pensé que aquello colapsaba en ese mismo instante. Sonia apretó los labios como un culo de gallina, pero se controló, y sin responder al frío desplante, guardó los cigarrillos. No intervine. Me dio la impresión de que cualquier cosa que dijera sería como tirar un fósforo encendido en un barril de petróleo.

Dejamos pasar un ángel, y luego otro, y otro. Sonia, desconcertada, se miraba las uñas, pintadas de un verde de pútridos reflejos. Olivia me miraba, extrayendo de mi silencio la información que necesitaba. Esa fue la impresión que me dio: que en esos segundos adivinó la situación, la digirió, supo de mí lo que quería saber y, en consecuencia, tomó su decisión. En ese momento se me ocurrió que, desde el comienzo mismo, había cometido yo un error doble y monumental. Que no debí poner a Olivia en esa situación. Que la había insultado haciéndolo. Y que no debí poner a Sonia en esa situación. También a ella, de otra manera, la había insultando.

Olivia había adivinado, Sonia quizá todavía no. Olivia no podía sentirse sino insultada, pero permanecía impasible, y no se levantaba y se iba, sin más. Antes de proceder debí de haber confesado a Olivia mi propósito pidiéndole su complicidad. Con

una mujer como ella sólo se puede ser honesto y sincero, y tan racional como sea uno capaz de parecerlo. No debí de ponerla a la misma altura que un ser irreflexivo y silvestre, por no decir vulgar, como Sonia. Pero ¿cómo pude haber evitado ese error? Si cuando desencadené la situación lo hice sin conciencia alguna de lo que estaba haciendo y sin medir en absoluto las consecuencias. Había hecho lo que había hecho, y mis errores de comprensión de nuestras naturalezas y de la naturaleza de nuestras relaciones, para bien o para mal eran parte del juego. Sonia sin dejar de mirarse las uñas, como disponiéndose a usarlas, rumiaba sabe Dios qué conclusiones provisionarias de aquel bizarro encuentro.

26

Era llegado el momento en que yo dijera algo, y no podía seguir aplazando una explicación. Consciente del fárrago de errores en que había incurrido, embotado hasta la melcocha mental, me entregué a los azares de la improvisación, como si en ese mismo instante hubiera enloquecido o como si aquello fuera algún tipo de teatro de cámara dadaísta, o, más seguramente, como si sólo de la improvisación pudiera esperar la palabra adecuada.

-Quería verlas a ambas frente a mí, tenerlas juntas... –afirmé sin más, y hasta ahí aún podía salir de la catástrofe con alguna dignidad. Pero entonces agregué, como si hubiera un loco en mi cabeza y hablara por mí: ...juntas... y desnudas.

¡Cataplúm! Juro por Dios que no tenía la menor idea de lo qué iba a decir hasta que lo dije, y que si algo de antemano había pensado para decir no era en absoluto lo que efectivamente dije. Eso sí, debo de haber sonado muy sincero y muy ingenuo en mi locura, porque ambas se quedaron mirándome como pasmadas, mudas, sin reacción. Por cierto que no iba a alcanzar con que yo simplemente enunciara mi capricho, por más

que, eventualmente, les pareciera tierno, ingenuo, o cachondo. Pero, por lo menos, lo cierto es que no se desataron instantáneamente las Furias.

-Ya veo... un capricho, digamos. Y entonces se te ocurrió esta genialidad... –dijo Olivia, con algo más que una pizca de sarcasmo en la voz.

Sonia la interrumpió.

-Bueno... no será una genialidad... pero algo de genial hay en este... invento. A mí no se me ocurriría –comentó con tono casual, casi divertido, quizá provocador.

Seguramente que le hubiera encantado que Olivia se enganchara en un NO contundente y se marchara dando un portazo-. Quiero decir... no a cualquiera se le ocurre...

Olivia la miró en silencio. Vi cómo se sostenían sus miradas. Estuvieron a punto de la conflagración, pero consiguieron no decirse nada, al menos de palabra.

-Debo suponer entonces... -siguió diciéndome Olivia, ignorando la interrupción de Sonia- ...que a ambas nos conocés... desnudas... por separado.

Era cierto: más allá o más acá de la simple expresión de mi deseo o capricho, lo que estaba confesando a ambas era que éramos tres. Comparativamente el capricho de verlas juntas desnudas era una simple consecuencia natural, y hasta razonable, si se quiere.

-Olivia, yo... -arranqué, pero no pude decir nada. No había nada qué decir.

-En ese caso ¿no te bastaba con unirnos en tu imaginación?

Sentí que me trataba como un psiquiatra al chiflado. Incapaz de hilar palabra, yo la miraba como mira el cordero a su degollador.

-Se ve que no... -volvió a interrumpir Sonia, nomás por irritar a Olivia decidida a defenderme- ...y yo lo entiendo... -dado el tonito vagamente compasivo, sólo le faltó agregar “porque yo lo comprendo y vos no”.

-Y si no te alcanzaba con la imaginación -siguió Olivia, sin alterarse- ¿no podrías haber respetado nuestra intimidad explicándonos a cada una por separado tu ideíta? ¿Tenía que ser de esta manera absurdamente irrespetuosa?

Se hizo un silencio. Como el que genera la inminencia de una sentencia inapelable. Las dos me miraban esperando mi respuesta. Entonces, y sólo entonces, y ni un minuto antes, fue que me di finalmente cuenta de por qué lo había hecho. Y lo dije. Al borde del abismo no tenía sentido mentir.

-Estaba... estoy... escribiendo una novela acerca de mi relación con ustedes...

Fue como si las hubiera cacheteado a ambas. Ahí sí que se emparejaron sus reacciones. Pero era la verdad, y ya encarrilado en decirla, nada me iba a detener. Téngase en cuenta que, al momento de estar haciendo la confesión, hasta el numeral 22 este relato ya estaba escrito. Olivia, ceñuda, imperturbable, sopesa, inescrutable, cada palabra que digo. Sonia sonrío desdeñosa, como si no me creyera demasiado, y a la vez, lo encontrara entre cachondo y divertido. Intuí que había acertado y que profundizando esa veta podía encontrar un rumbo para esta nave de los locos. Porque esa veta era, ciertamente, mucho más defendible que el puro capricho sensual.

-De pronto sentí que mi novela necesitaba un giro, una situación en la que lo más profundo de nuestra relación aflorara... -expliqué mostrándome serio y compungido-. Y no me bastaba con imaginarla. Ustedes están en mi novela, desde el principio, tan reales como soy capaz de presentarlas. El giro tenía que darse en la realidad -concluí, dramáticamente.

-Tu giro no hubiera sido menos real, en caso de ser posible, si nos hubieras convencido antes, en vez de... esto... –insistió Olivia, inesperadamente sensible al argumento.

-Quizá no hubieran aceptado...

-Yo sí hubiera aceptado -dijo Sonia, sonriendo y alzándose de hombros.

Le sonreí, sintiendo que, muy lentamente, pero la situación tendía quizá a aflojarse.

-También es cierto que elegí la forma más dramática, es decir, quizá la más... interesante... -admití en plan de asumir culpas y pedir disculpas-, Pero les aseguro que no hubo cálculo. Tomé la decisión de manera totalmente inconsciente -concluí, camuflando apenas mi pequeña soberbia de escritor genial... genial potencialmente, puesto que aun inédito.

-De todas maneras, lo cierto es que no nos respetaste, no nos trataste como a personas sino como a personajes de tu novela –concluyó Olivia, con el mismo tono severo pero a la vez, pude captarlo, paciente, quizá resignado.

No supe qué decir. Tenía razón. Sonia nos miraba a uno y otro, seguramente comenzando a molestarle quedar al margen del diálogo.

-Temía que si ustedes supieran que escribía sobre ustedes comenzarían a comportarse como personajes de novela... y yo las quería tal como son –dije, sintiendo que era lo último que tenía para poner en la balanza.

Y era cierto que tenía ese temor, aunque no lo supe hasta el momento en que lo dije. Así me sucede a menudo: sé qué pienso pero sólo después que lo digo. Una especie de desajuste entre el saber y el decir. No sé si es una virtud, un defecto o simplemente una falla de funcionamiento.

De pronto Sonia terció, inesperadamente razonable:

-Disculpá pero en el punto al que trajiste esto, nada te garantiza que no empecemos a comportarnos como personajes de novela. Nada te garantiza, ahora que sabemos que somos los personajes de tu novela, que vayamos a actuar como realmente somos, incontaminadas.

Olivia la miró de reojo, sorprendida por la agudeza de la intervención.

-Podría pasar que empezaras a comportarte como personaje de novela... si quisieras vengarte –argüí-. Pero yo no creo que quieras vengarte de mí, creo que preferirías complacerme, por más torpe que haya sido mi invento.

-¡Ja...! -hizo Sonia y su sonrisa desdeñosa se acentuó.

Sé que es inofensiva, ladra pero no muerde. De última su decisión se va a volcar hacia el lado que le prometa más voluptuosidades. Nuestras miradas se encontraron y me sonrió. Adiviné que se estaba relamiendo con la idea de cogerse a Olivia. Quizá hasta estaba pensando que yo armé todo esto para ofrecérsela. Sonia no tiene límites, no ve a Olivia como una rival sino como un manjar delicado que le gustaría probar.

-Tiene razón ella... -interrumpió Olivia, arrancándome de los aspectos inesperados que comenzaba a verle a la situación.

-Ella se llama Sonia, mucho gusto –ironizó Sonia.

-¿Por qué tendría razón Sonia? –pregunté, disfrutando en secreto del paso que habían dado la una hacia la otra, paso que desbloqueaba el enfrentamiento conmigo y ampliaba el campo de las opiniones.

¿Ese era el sentido profundo de mi invento? ¿Entregarle Olivia a Sonia como cualquier patán le presta su mina a sus amigos? ¡Demonios!

-Porque la noción de que somos personajes de tu novela no va a desaparecer - dictaminó Olivia, tan tranquila y juiciosa como siempre-, va a seguir en nuestra mente, contaminando nuestras actitudes. Lo queramos o no. Es como si hubiera una cámara de cine en esta habitación y nos pidieras que la ignoráramos mientras nos filma. No es posible.

-¡Ja! -volvió a hacer Sonia, dirigiéndome su sarcasmo, y agregó-: Toma pa ti.

Tenía razón Olivia, claro está. Y podía, por consiguiente, argumentarse que hubiera sido mejor no revelarles la razón secreta de mis actos –o sea mi novela-, y darle a la situación explicaciones románticas. Pero también era cierto que toda la situación así locamente desocultada era, desde el punto de vista novelesco, sin duda más interesante que un matete romántico. Nada podría ser ya entre los tres sin algún grado de fingimiento, pero nada se habría arruinado sino más bien enriquecido si yo asumía que esa ambigüedad pasaba a formar parte de la realidad, y permitía que tal realidad enriquecida pasara a formar parte de la novela.

Callé pues, no le respondí a Olivia, invitándola sin palabras a llegar a las mismas conclusiones a que yo llegaba, e invitándola a decidir -sí, a decidir ella- cuál sería el destino de mi invento. Sonia estaba decidida, y yo por supuesto que lo estaba, faltaba que ella decidiera.

Olivia se puso de pie. Por un momento temí que hubiera decidido salirse del asunto. Al fin y al cabo, aunque fuera lo suficientemente refinada como para no rechazar de plano el juego en sí mismo, muy bien podía parecerle que aquella otra que yo había escogido no estaba a su altura. Sonia, con el pelo en la cara, las manos hundidas en los bolsillos de la campera y las piernas tan a la vista y enroscadas la una en la otra, daba

justo el tipo de la minita de barrio. Olivia y Sonia pertenecían a dos medios sociales y culturales diferentes. No podía, pues, quejarme si Olivia se salía, ni si esa decisión incluía la de no volverme a ver. Pero Olivia no se encaminó hacia la puerta de la habitación sino hacia la gran ventana que da sobre el lago, que estaba a espaldas de mi sillón. Al pasar a mi lado se acomodó el chal, que al abanicarme me envolvió en sus fragancias. Esta era su verdadera respuesta. Sus olores envolviéndome. Sin palabras, pero explícita en nuestro código íntimo. Quedé cara a cara con Sonia, que se sacó el pelo de la cara y me sonrió de una manera que sólo puedo juzgar como triunfal. “La tenemos” me decía con su sonrisa torcida. También ella leía el movimiento de Olivia como un acuerdo. Le devolví la sonrisa, confirmando su lectura.

Era el momento mágico. El nudo que nos trancaba se había disuelto en el aire como por arte de magia. Le hice a Sonia gesto de que esperara, me paré y me acerqué a la espalda de Olivia. Me apoyé suavemente contra su cuerpo, la rodeé con mis brazos y me llené hasta el alma con su fragancia. Soy un poco de hablar de más, de sobre-explicarme, pero en aquel momento ni la tortura hubiera podido arrancarme una palabra útil. Porque nada más había para decir. Olivia había marcado, sin énfasis alguno, el paso a los hechos. Que los hechos hablaran, que dijeran lo que tenían para decir y se vería para cuánto alcanzaba.

Me conmovió la idea de que Olivia me amaba tanto como para consentirme semejante capricho. De pronto la fantasía del triángulo en delicado equilibrio se disolvió en la nada. Sonia me pareció una furcia a la que hubiera convencido o contratado para, con mi auténtica pareja, Olivia, sacarnos un capricho erótico. Olivia onduló, empujando con las nalgas, contra mi bulto. Toda la tensión abandonó mi cuerpo. Olivia suspiró y apoyó la nuca sobre mi hombro. “Hagan conmigo lo que quieran” eran los términos de su rendición. Abriéndole el saco de lana tomé sus pechos en mis manos y le acaricié con

los labios detrás de la oreja. Feliz pero no menos necio, quise con palabras, negro sobre blanco, su declaración de amor sin límites.

-¿Por qué aceptás? -musité amoroso a su oído, tan bajito como para que Sonia no nos oyera, tan meloso como para que a Olivia se le hiciera fácil, inevitable decir lo que yo quería oír.

Pero no dijo nada. Le oprimí los pechos tan dulcemente como pude y empujé con el insolente, tieso como estaca, contra sus nalgas. Tengo para mí que la combinación de una con la otra caricia vence cualquier resistencia de una mujer. Se derritió, se le escapó un suspiro hondo. Pero dijo:

-Por curiosidad -que no era precisamente la respuesta que esperaba y deseaba.

Por curiosidad. Nada más lejos del amor que la curiosidad. Su respuesta equivalía a decir: Te perdono, y acepto tomar parte, pero no porque sea tu pareja, ni tu noviecita, ni nada por el estilo, sino porque descubro que esto me pone cachonda y siento curiosidad. Respiré hondo. Le apreté más las tetas, encontré los pezones y los retorcí entre el pulgar y el índice. Gimió apenas, casi inaudible. Retorcí más y su gemido vibró en el aire quieto del cuarto de hotel llegando sin duda a los oídos ansiosos de Sonia.

-¿Esto es lo que querés? Muy bien, esto es lo que vas a tener -susurré en su oído y oprimiéndole las tetas, ya con fuerza, volví a pellizcarle los pezones tanto como para cruzar el umbral de su dolor. No lo esperaba, pero aceptó lo que le daba y se aflojó contra mi cuerpo, jadeando suavemente, más allá de las palabras. Todo estaba dicho. Me sentí frío como un asesino, y pronto para propinarle lo que nunca me animé a sugerirle, la cogida del siglo.

Entonces sentí cómo Sonia se pegaba a mis espaldas. Sus manos abiertas bajaron por mi cuerpo, más allá de mi cintura, hasta tocar con una mi bulto y con la otra las nalgas

de Olivia. Olivia estaba como groggy. Al sentir la mano de Sonia de sus labios apenas escapó un gemido, como el de quien está teniendo un sueño inquietante.

-Si... qué culito... y qué pija... -ronroneó Sonia con la voz más viciosa que le conozco, mientras nos masajeaba con ambas manos, caliente e impaciente-. Qué ganas de meter esta pijota en este culito... -susurraba, hundiendo la falda de Olivia entre las nalgas y meneándome el glande por encima del pantalón.

Solté un jadeo áspero sobre la mejilla de Olivia. Me sentía como para morderle la mejilla.

-Vamos, sáquense la ropa que quiero ponerlos a coger -deliraba Sonia de calentura.

Temí que Olivia no pudiese con la obscenidad verbal de Sonia, zafara y nos mandara al infierno, pero al parecer había decidido dejarse hacer y actuar como si fuera sorda. Deslicé mis manos en torno a su cintura y dejé que anclaran sobre su pubis. Las manos de Sonia treparon entonces y atraparon los pechos de Olivia. Olivia jadeó suavemente, atrapada a cuatro manos... Perdón, pero no puedo evitar decir que en ese momento pensé en la pescadora de perlas y el pulpo, de Hokusai. Es lo que tiene la cultura, acude, y, si es de la buena, agrega lo suyo. A través de la lana de la falda profundicé hasta llenarme la mano con su vulva. Giró la cabeza para ofrecerme los labios, entreabiertos y babeados. Comprendí que estaba a punto de acabar. La besé comiéndole toda la boca, acaricié su lengua chupeteándola con la mía, bebí el néctar de su boca.

-Mami, qué tetas divinas... -susurró Sonia pegada a mi espalda, devastando con sus dedos grandes y fuertes las tetas de Olivia.

Mi quilla, a lo bruto, quería perforarle la falda para clavarle en su carne. Manoseada con avidez arriba y abajo, empujada hacia el orgasmo como por un mar que avanza y se

retira, Olivia gimió de placer dentro de mi boca, vibró interminablemente, tensándose como para romperse, y luego se aflojó por completo contra mi cuerpo.

28

Aquello ya no tenía retorno, iríamos hasta el final, y no había final a la vista. Me sentía como Ali Babá en su cueva. De ser creyente hubiera caído de rodillas para agradecerle al Todopoderoso tanta riqueza. Como en un sueño, como en cámara lenta, giré mi cuerpo y el de Olivia lentamente hasta quedar abrazándolas a ambas de frente, mis brazos alrededor de sus cinturas. Ahí estábamos, blandamente entregados al extraño abrazo, encantados, como festejando que mi invento delirante hubiera resultado tan bien. A Olivia, en la nube, le hacía gracia aquel doble abrazo. Se reía nerviosa. Sonia acercó la cara a la de Olivia, la trompa desafiante. Temí que le diera un chupón pasado de rosca y que a Olivia le cayera mal. Se quedaron mirándose de muy cerca y confirmé que la actitud de Olivia era no retroceder, aceptar lo que viniera. Quizá Sonia misma lo comprendió en ese momento, porque dijo, con un tono inesperadamente tierno y cachondo:

-Valiente la princesita... -y le plantó en los labios un beso por demás moderado.

Vi el desconcierto en el rostro de Olivia, pero no retrocedió. Actué de manera de distraer un poco la situación: me incliné hacia Sonia y tomé su boca con la mía. Desde el fondo de su garganta me llegó un ronroneo vagamente amenazador. No le gustaba que la distrajera de su objetivo inmediato. Olivia, muy cerca, nos miraba como desde muy lejos. Deslicé entre su ropa la mano que tenía en su cintura hasta que encontré la piel de su espalda. Quería que me sintiera con ella aun en ese momento. Temía que se asustara, o que la ganara la repugnancia. Sonia me mordía un poco al besarme. De pronto cortó el beso, se hizo a un lado los rulos para dejarme ver una mirada desafiante.

74

Entonces alzó la trompa ofreciéndomela, enrojecida por el beso. Supe lo que quería. Pero ¿soportaría Olivia que la emprendiera a cachetazos con Sonia? ¿O se abriría en ese mismo momento una grieta insalvable? Imposible, sin ir paso a paso, adivinar dónde estaba su límite.

Sonia parecía plantada en sus trece. La oferta desafiante de su trompa exigía una respuesta. Ella no aceptaría un juego que no incluyera también sus reglas o sus caprichos. Me pareció justo. Me volví hacia Olivia. Olivia parecía extrañada por aquel extraño parate de nuestro arranque pasional, por aquella actitud como airada, como de exigencia de Sonia. Su mirada me interrogaba.

-Es un juego... -le dije casi sin voz.

Me volví hacia Sonia y le solté la primera cachetada, que Sonia absorbió sin chistar.

-No –musitó Olivia e hizo por retroceder, pero la retuve tomándola de un brazo.

-Es sólo un juego... -insistí.

Olivia me miraba como si fuera un marciano, pero se quedó quieta.

Le di a Sonia la segunda cachetada, y luego la tercera, tan fuerte esta que le di vuelta la cara. Olivia reaccionó como si se la hubiera dado a ella. Sonia volvió a mirarme, como atontada.

-Mi amor... -balbuceó, burlona.

Olivia se soltó de mi brazo, claramente disgustada.

-No, así, no. No quiero... -dijo, firme.

-No te preocupes, Princesita –le respondió Sonia, desdeñosa-. De esto para vos no hay, es todo para mí.

-No habrá nada que vos no quieras, Olivia –le aseguré, molesto por la manera en que todo había derivado. Y volviéndome hacia Sonia-: No tenía por qué ser ahora ¿no?

-¿Por qué no? –protestó Sonia-. Es el juego que siempre jugamos ¿o no? ¿O es que hoy sólo hay menú dietético?

Desde el primer momento aquel frágil encuentro había estado caminando por la cornisa, y seguiría haciéndolo hasta el tropezón definitivo. Me pregunté si Sonia tendría la intención de hacer de su vicio un casus belli que terminara con Olivia abandonando el campo de batalla. Olivia y Sonia no sólo eran diferentes, eran además, incompatibles, insolubles la una en la otra. Olivia se había apartado un par de pasos, pero no se iba. Apelé al instinto de mediador, que sé que tengo. No soy ningún extremista.

-Volvamos al comienzo –propuse.

Ambas me miraron, diciéndome con la mirada que no darían un paso atrás en el punto en cuestión. Pero sospeché que, más que interesadas en llegar a la crisis, estaban interesadas en solucionarla.

-Hablamos demasiado –dijo entonces Olivia, y lentamente se quitó el chal de sobre los hombros.

De alguna manera había decidido prescindir de las confusiones y los enfurruñamientos de Sonia. Juzgó que era el momento de empezar a desnudarse y comenzó a hacerlo. Sonia de ninguna manera iba a quedarse retrasada en ese terreno. Bajó el cierre de la campera y se la quitó. ¿Dos mujeres desnudándose juntas frente al hombre que comparten? Eso no pasa todos los días. Sentí que aquel momento brillaba con una luz incomparable. Yo era el elegido, el ungido y aquel era mi momento de gloria. No sólo narraría aquel momento tan precisamente como pudiera, además, jamás lo olvidaría.

-Pero ¿y si, desnudas, una descubre que la otra es mucho más hermosa y deseable? – preguntó Olivia, filosófica-. Ninguna mujer se juega un tute así a menos que se sepa de antemano ganadora. Sin embargo nosotras vamos a hacerlo igual ¿verdad, Sonia?

-Por supuesto que sí –coincidió Sonia.

-¿Y sabés por qué lo vamos a hacer? –me preguntó Olivia.

-¿Porque no me aman y no les importa el resultado? –sugerí, no sin temor a acertar.

-Respuesta equivocada –dijo Sonia.

-¿No sabés por qué? –insistió Olivia.

-Porque me aman y no les importa el resultado.

-No. Si fuera por eso, precisamente, como te dije, el temor nos ganaría y no lo haríamos.

-¿Por qué entonces?

Ambas tenían sonrisas juguetonas en los labios. Súbitamente estaban de acuerdo aún antes de manifestar su punto de vista. Me pregunté si se habrían puesto de acuerdo por telepatía. O si en el ómnibus se habrían puesto de acuerdo para jugar conmigo al gato y al ratón.

-¿Se lo decís vos, Sonia?

Sonia me miró y en su mirada y en su sonrisa vi una especie de transfiguración. No sé cómo decirlo. Como si en contacto con Olivia se hubiera vuelto por arte de magia, más sutil.

-Vamos a hacerlo porque tu deseo de vernos justas y desnudas es absolutamente ingenuo –anunció Sonia, como dando a conocer el ganador de un concurso.

-Exacto –aprobo Olivia-. Nos dejaste ver tu inocencia, y esa es la garantía que tenemos de que nadie puede salir herido de este evento tan raro.

-Me tratan como a un niño. Está bien. Es una manera de encarar el asunto, diluyendo un poco el patetismo –dije, más para mí mismo que para ellas.

Tendí mis manos hacia ellas. Ellas me tendieron las suyas.

-Aceptan –propuse a mi vez, redoblando la apuesta- porque conocen perfectamente la intensidad de mi pasión por sus cuerpos. Saben que nada podría deshacer el encantamiento que padezco por cada una de ustedes.

-Sos el prisionero de nuestro encantamiento –dijo Sonia, desdeñosa-. ¿Verdad, Olivia?

-Estoy segura de que está en nuestras manos –dijo Olivia, con una sonrisita pícaro dibujándose en sus labios.

Yo no podía creer la mutación. Olivia era Belle de Jour. Y en un pestañeo habían pasado de competidoras a cómplices. Me estaban revelando un secreto: pese a las apariencias las mujeres prefieren ser cómplices a ser competidoras. Eso Casanova lo sabía.

-¿Con vos se saca todos los gustos? –insistió Sonia, provocadora-. ¿Vos te sacás con él todos los gustos?

Olivia se me acercó, puso sus labios sobre los míos, mirándome con los ojos muy abiertos, mirándome como nunca antes, como para cerciorarse de que, efectivamente, yo era menos que lo que ella había creído.

-No se trata de agotar el catálogo antes de tiempo, querida –dijo quedito, como si me hablara a mí-, esto no es una competencia.

-Si fuera una competencia significaría que una de ustedes sobra, y eso, lo juro por el amor de todos los dioses, no es así –dije, comenzando a sumergirme en sus labios.

Y no pude decir más, porque el beso de Olivia clausuró la razón y el tiempo. Cuando volví en mí Sonia no estaba allí.

-Vení. Te quiero ahora –me urgía Olivia, tironeándome hacia la cama.

Pero en mi mirada vio que yo no sabría ignorar las reglas del juego a que las había atraído. En ese momento corrió el agua de la cisterna y Sonia salió del baño.

-¿Estamos prontos? –preguntó con tono casual, como si fuéramos a salir a pasear.

Me desprendí de Olivia y me senté en mi sillón. Sonia empezó a desabotonarse la blusa.

-Bueno... ¡Chachachachán! –payaseó-. Comienza la gran cosa...

Dependiendo de cómo se lo tomaran, la situación podía derivar de muy diversas maneras. Superada la etapa de la aceptación de la situación aquello empezaba a revelarme toda su sensualidad y su riqueza. Era un placer verdaderamente único el espectáculo de dos mujeres tan absolutamente diferentes en el acto de entregar su intimidad. Quiero decir: si fueran del mismo tipo no podrían ofrecerme la belleza de este momento en el que sus cuerpos se interrogaban veladamente, en el que sus miradas sesgadas me revelaban sus curiosidades y sus temores. ¿Y después? Después, por medio de mis manos iban a dialogar sus suavidades, sus cavidades y sus humedades, iban a dialogar sus secretos y sus diferencias. La suma de sus diferencias sería para mí la belleza en persona, como nunca la había conocido, una belleza imprevisible, monstruosa, bifronte. Por lo demás, el banquete no culminaría con su radiante desnudez, como había sido mi propósito declarado: me las iba a coger a ambas y ambas me iban a

coger a mí, cada una desde su peculiar manera de ser bella, ávida una hasta la herida, delicada la otra hasta la espiritualidad. No sé si me explico... ¡Me sentía el más rico de los hombres! Superadas la sorpresa y las resistencias aquello se abría a un océano de voluptuosidades, era inconmensurablemente más que un par de cuerpos, que pagarme un par de putas para tener la experiencia de tener dos mujeres en la cama –cosa que por lo demás nunca haría, porque no me gustan las putas.

–¿Es una primera y la otra después o ambas a la vez? –preguntó Sonia, ya en sutién, fingiendo un tono de pura curiosidad profesional.

Como si se hubiera distraído y la hubieran llamado al orden, Olivia empezó a desvestirse. Llevaba un sweater rojo oscuro de cuello alto. Se lo quitó lentamente, mirando al piso. Era emocionante, perturbador, que decidiera participar, y que lo hiciera. Era ella la que yo pensaba que se negaría, que consideraría el conjunto de la cosa indigno de su majestad, groseramente pisoteados sus límites. Olivia no me amaba realmente, pero tal cosa me liberaba. Sonia se sacó el sutién. Sus pechos magros, un poco aplastados, con las puntas empinadas, decorados con lunares, tenían algo de animal. Comprendí que a Sonia en verdad poco le importaba exhibir su piel. Su cuerpo era su cuerpo, ni mejor ni peor que lo que era. No valía la pena complicarse la cabeza al momento de mostrarlo. Lo interesante del cuerpo para Sonia era darlo a quien se lo pidiera, para exprimir de él cuanto placer pudiera.

Para Olivia la cosa era completamente diferente. Exhibir su cuerpo, aún en esta peculiar circunstancia, constituía un acto de entrega espiritual, de ofrenda del ser más íntimo. Comulgaba con una ideología del cuerpo impregnada por la idea de la sacralidad de todo lo amoroso. Como si hubiera recibido una profunda educación religiosa –que no sé si era el caso. Quizá por eso miraba al piso al desnudarse, porque temía encontrar en nuestras miradas, en ese momento aquello que le confirmara su decisión como errónea,

como lujuria descarnada, como voracidad indiferente, como desprecio de sí, del propio cuerpo. Debajo del rompe-vientos llevaba un viso y debajo el sutién. Como si temiera arrepentirse o como si quisiera confirmarnos su decisión de ir hasta el final, Olivia, con suaves movimientos de los hombros dejó deslizarse por sus brazos los breteles de ambas prendas, exhibiendo desnudo de una vez su delgado torso. Sus costillas, su esternón y sus clavículas eran demasiado visibles, pero la belleza de sus pechos era, quizá ya lo dije, permítaseme repetirlo, deslumbradora. La esfericidad perfecta, como los pechos de una Virgen de la Leche, la piel blanquísima surcada por venas azuladas, la delicadeza de los piquitos rosados, invitaban a la contemplación de la pureza antes de entregarse a los excesos del deseo. Perturbadora, la exhibición de los pechos que hacía Olivia tenía tanto de icónico de la virginidad como de icónico de la lujuria. Sonia se quedó mirándola, atrapada por la intensidad hipnótica de la visión.

-Princesita, qué divinas tetas tenés... —atinó a decir, con tono por demás admirativo y sincero.

¿Podía Olivia esperar más auténtico reconocimiento de su belleza? Comienza a quitarse la larga falda de lana, de elástico en la cintura. Sonia lleva sus manos atrás en su cintura para desabrochar su faldita. Se la saca con un movimiento quizá un poco apresurado, como para robar cámara. Queda en botas y pantimedias oscuras que translucen la tanguita. Olivia desliza la falda levantando un pie y luego el otro. Queda en botas y viso. Se lo quita. Como muy bien sé porque ahí es que busco en primer lugar la pizca embriagadora de su perfume, no usa pantimedias sino sujetador, y su bombacha —cierro los ojos y percibo su perfume vibrando en el aire— es tan honesta como pueda serlo la de una dama que no finge pudores, pero que no incluye en su agenda de posibilidades tener que desnudarse para nadie.

Mis dos amores: una, de puro ávida, busca mi mirada esperando encontrar en mis ojos el brillo de la lujuria, la promesa del desenfreno; la otra, de puro tímida o soberbia, oculta su mirada, como para defenderse de una situación que, si supiera más de la vida, calificaría como propia de la vida de un prostíbulo. Lleno de mí mismo a reventar, no puedo con la dicha que experimento. No hay riqueza ni poder que se igualen a éste, mi privilegio. Si me dejo llevar por la emoción me voy en humedades: en baba y en lágrimas antes que nada. Ninguna de las dos deja prendas en el piso. Sonia las hace un montón sobre la cómoda; Olivia, bien dobladas las extiende sobre la mesa de equipaje.

Esperan en su media desnudez. Las miro desde detrás de la cúpula de mis dedos, unidos en espejo. Olivia me mira furtivamente, de reojo, inquieta por esta pura exhibición que ya dura demasiado, consciente seguramente de que, así como las palabras no soportan la repetición, la desnudez no soporta demasiado la mirada. Siento que cualquier cosa que les dijera, sonaría banal. Me dejo permear por el espectáculo que me ofrecen. Antes de mí ambas tuvieron amantes, por supuesto, pero nunca se les pidió, estoy seguro, este sencillo desnudarse para regodeo de una mirada pasiva, y mucho menos a dúo. Pueden delectarse en la experiencia pero siento cómo, con el deslizarse de los segundos como animalitos demasiado huidizos, el péndulo se aleja de la admiración para acercarse a la perversión. Vuelven a ser niñas, o adolescentes, descubriendo a través de mi mirada como antes fue por medio de un espejo, en la banal familiaridad de sus cuerpos, los misterios de la virginidad y de la vida, y, en lo íntimo de su conciencia, apenas asomando en su mirada inquieta, el misterio de la espiritualidad. Pero después, poco a poco, mi mirada pensativa, densa, las inquieta. Mi pasividad se vuelve perversa e imanta la punta de sus pezones y su vértice secreto. Olivia reacciona con súbita urgencia, se sienta en la cama y se saca las botas, y luego los calcetines con los que protege a la piel sensible de sus pies del roce del cuero. Urgencia de huir de mi mirada,

de que la tome de una vez, de ocultarse en mis caricias, ansiosa por ofrecerme su secreto más secreto y de que haga algo con él.

También Sonia experimenta la inesperada urgencia. Se sienta en su sillón, cruza una pierna para bajar el cierre de la bota, con cuidado para no arañar la pantimedia. Tengo la verga dura y empujando contra la clausura de la bragueta. Le pido al dios de las vergas duras que me conceda darle a mis dos amores la cogida de sus vidas, que sientan que esto que hacen por mí, que esto que me dan en ofrenda, su sumisión, su más pura desnudez, se justifica porque nunca dos mujeres juntas, unidas en el abrazo, habrán recibido de su amante tanto a cambio. Que mi verga sea invencible, que las venza y las doblegue y las agote hasta que abrazadas en su felicidad, pidan clemencia. Yo, no menos que ellas, he cruzado el umbral de la inocencia en busca de delicias fabulosas, inéditas, primigenias.

Ya sólo les falta exhibir su altar, jugoso, pronto para recibirme. Sentada Olivia se quita las medias de nylon. Están como apuradas, en una especie de conteo decreciente en el que Sonia, inevitablemente, hace trampa. Despegando un poco las nalgas del sillón se quita a la vez las pantimedias y la tanguita. Y, como para marcar su triunfo, se para de inmediato. Como si su pequeña victoria evidenciara su mayor deseo de complacerme. Olivia ni lo nota. Se para y tan lentamente como es capaz de hacerlo para no perder el equilibrio, se quita la bombacha, un pie y después el otro.

Ya está. Aquí están frente a mí, totalmente desnudas, excepto por sus bisuterías, finas o baratas. Por pura coquetería, Sonia se cubre con una mano el pubis hirsuto. Olivia no se cubre el vellón corto y lacio. Con la mano derecha se toma el codo izquierdo pasando el brazo justo por debajo de los pechos, inevitablemente realizándolos, como si fuera posible tal cosa. Sonia levanta la barbilla con un gesto inevitablemente desafiante. Olivia inclina apenas la cabeza hacia su hombro izquierdo y

me mira con los ojos casi cerrados, por entre las pestañas, como si disminuyendo la nitidez de su visión pudiera suavizar la realidad del momento.

¡Qué delgada es Olivia! Le quita belleza tanta delgadez. No sólo se la ve crudamente en el tórax, también en las puntas prominente de las caderas, y en las rodillas puntiagudas. Un poco más y su delgadez sería desagradable. Y Sonia ¡qué retacona! Sorprende que siendo tan compacta pueda bambolear su físico como lo hace con su caminar provocativo. ¡Y qué momento interminable para ellas! Las recorro con mirada enloquecida, como la de un niño frente a un árbol de Navidad repleto de regalos. Nada digo, no viene ninguna palabra de arrobo a borrar aquello de su cuerpo que las afea y que ellas bien saben qué es y dónde lo tienen, porque eso entre otras cosas es ser mujer, conocerse en tanto cuerpo sobre el que recae la mirada del deseo. Es un duro saber que aprenden desde tan temprano como sea posible. Nada hago, nada digo: que acepten ser tomadas y poseídas por mi mirada o que me odien para siempre y que salgan huyendo ahora mismo con el atado de su ropa bajo el brazo. Olivia también levanta la barbilla: en la piel del tiempo, que repta entre nosotros ha leído el significado de mi silencio, y ha aceptado también el desafío.

Entonces, cuando ni yo puedo soportar más el peso del tiempo, cuando mi mirada las ha descarnado hasta los huesos, comprendo cuál ha de ser mi gesto. No desnudar la verga, que es lo que deseo hacer, sino hermanarlas en el deseo hacia mí que las une y que hasta ahora no ha sido más que piedra de fricción y desafío. Hermanarlas en un mismo gesto de entrega, simple y diáfano, evidente. Apoyados los codos en los brazos del sillón tiendo las manos hacia ellas con las palmas de las manos hacia arriba. Sonia es la que se mueve primero, por supuesto. Viene hacia mí lentamente, como dubitativa, como por casualidad coincidiendo con mi mudo llamado. Busca mi mirada, la encuentra. Le sonrío. Toma mi mano y la acerca a su pubis, hasta que con las yemas de

los dedos, por entre el vellón, separo los labios. Su respiración se hace densa, separa las piernas para que mi mano avance: lo hace, pero sin buscar la penetración. Me vuelvo hacia Olivia, que nos mira. La siento dura, inmóvil. Siento que piensa que aún está a tiempo de dar marcha atrás. Siento que rechaza la especie de mansedumbre animal a que la invito.

Nunca había tenido necesidad de verla desde este ángulo: comprendo ahora, en este rechazo callado, como cuánto de individualista es, hasta qué punto odia la idea de “formar parte” de algo, con otros. De ahí su silenciosa distancia en nuestra relación, su nunca dar noticia de nadie, especialmente no de su familia, de presentarse recortada y sola. Comprendo que no le agrada ser la otra pata de la simetría que mi gesto propone, no es un animalito gustosamente gregario como Sonia. ¿Debo convencerla? ¿Cómo hacerlo? Nuestras miradas se sostienen. ¿Es una ilusión óptica o me ha dicho que no, moviendo apenas la cabeza? Pero entonces ¿qué es lo que la mueve, acto seguido, a avanzar hacia mí? Apoya su plumoncito contra las puntas de mis dedos, luego separa apenas las piernas y monta, también ella, sobre mi mano. Son tan deliciosos los segundos de su aterrizaje que pude haber tenido un orgasmo.

Tengo en mis manos sus vulvas, la de Sonia, abultada y peluda, la de Olivia, delicada como la de una niña. La verga me duele de tan dura, las miro a una y a la otra, ambas me miran, expectantes. Deseada o no, la simetría se revela poderosa, saturada de solemnidad más que de voluptuosidad. Dejo que el instante se estire al infinito, ambas saben que voy a calarlas y catarlas y, sabedoras de mi pasión por sus jugos secretos, saben que no van a decepcionarme. Doblo los dedos medios deslizándolos entre los labios ¡qué distintas! Caliente y fuerte la concha de Sonia, como la de una bestia, fresca la de Olivia, como un manantial. Sonia suelta un quejido. Pícaro, coqueto. Está claro que no sabría esperar más de la situación y que quiere ser la primera en gozar. Olivia

suelta apenas un suspiro y tiembla. Mis dedos se han sumergido literalmente en sus humedades. El que penetra a Sonia chapotea en sus jugos espesos. Olivia esconde la mirada, corre el telón dejando que el cabello se le venga sobre la cara. Pone su mano sobre mi hombro para advertirme que el orgasmo está demasiado cerca. Pero Sonia recurre al dramatismo: se toma los pechos y los estruja. Lentamente empieza a menear la pelvis cogiéndose al intruso.

-Meteme uno más –pide.

Lo hago. Lo goza. Ella redoblaría cualquier apuesta.

-¿Puedo, papi? ¿Sí puedo? –ruega, mimosa.

-¿Ya? – le pregunto fingiendo alarma.

-Uno chiquito... -musita, y sin esperar más, siento en el hamacarse más profundo de su pelvis que va por él, lo alcanza y lo goza, tiembla y un cantito mimoso escapa de su garganta, discreta y comedida a la medida de la dama que la acompaña en la experiencia. No se retira, ahí se queda, jadeando suavemente, enganchada en mis dedos, esperando mis órdenes. Veo las gotas de sudor bajándole por entre los pechos. Olivia sigue escondida, su mano sobre la mía, sin dar respuesta. Pero su concha no está menos empapada que la de Sonia. Me abro tanto camino como puedo con los dedos y la masajeo, por dentro con el medio, por fuera con el pulgar, su gemido es como de protesta, como si hubiera preferido no ceder al placer.

-No -pide.

-¿Qué? -pregunto.

-Otra vez así, no -dice con un hilo de voz.

Comprendo, no quiere otra paja. Tiene razón. Freno la caricia y su cuerpo se va aflojando. La proximidad del clímax se esfuma sin consecuencias.

Hago trampa. Que una mano no sepa lo que hace la otra. Discretamente desenvaino el dedo medio sepultado en la vagina de Sonia y parto en busca de su ano. A Sonia le encanta que una vez gozada la concha empiece a trabajarle el culo. Bien lubricado hundo el dedo completamente. Sonia suspira de placer, ondula y deja que de su garganta brote el regodeo lúbrico. Olivia se vuelve apenas hacia ella, quizá preguntándose de qué va aquel goce renovado.

-Besame -le pide Sonia.

Olivia no responde.

-Dáselo... es sólo un beso... -le susurro.

Olivia me mira, remota, indecisa.

-No tengas miedo, mi amor, es sólo una boca de mujer... -dice Sonia, inspirada.

La toma de la nuca y la atrae, Olivia resiste apenas, se deja hacer. Veo, entre un velo de cabellos mezclándose, cómo la boca de Sonia se adueña de la de Olivia y la devora lenta y dulcemente, con un movimiento circular y profundo. Es un beso largo y caricioso. Siento que, muy sutilmente, la vagina de Olivia comienza a cabalgar los dedos que tiene dentro. Me abstengo de ayudarla. Mientras la besa, las manos de Sonia oprimen las tetas de Olivia. Las caderas de Olivia se aceleran. Se suelta del beso para soltar un jadeo de goce, pero también de queja, de protesta, de no querer que la nueva paja la gane. Sonia cabalga el dedo que tiene en el culo. Le meto otro y el goce se le vuelve feroz. Una de sus manos baja al pubis y se frota el vértice. Acaba con un grito furioso. Olivia se va con un gemido dulcísimo. Entonces apoya las manos sobre mis

hombros. Me hubiera caído encima de no apoyarse. Acabada y todo, Sonia sigue gozando los dedos que tiene en el culo y sigue pajeándose.

-Mi amor... -le digo a Olivia en el oído. Me concede una mirada blanda y vacía.

Sonia, que me ha oído, nos mira, con lo que me parece auténtico arrobamiento.

-Princesita, sos divina... -dice, sincera hasta el babeo.

Es así como se cierra y se consuma finalmente nuestra amorosa simetría. Olivia se tiende en la cama, agotada, las manos debajo de la nuca, el cuerpo desplegado e impúdico, como si estuviera sola. Sonríe para sí, con ganas.

-Hace un poco de frío –dice de pronto y se cubre sólo con la sábana.

En efecto, los leños se han consumido en la chimenea y no puedo ir a realimentarla porque Sonia se me ha sentado en las rodillas, colgada de mi cuello.

-Vas a tener que matarme a cachetadas –me dice al oído-, o voy a enloquecer de celos.

-Pero no quiero asustarla -le respondo tan bajito como puedo.

Me doy cuenta de que cuchicheamos como si fuéramos cómplices. ¡Cómplices en la perversión de Olivia!

-Los oigo perfectamente –dice Olivia de pronto con tono inesperadamente desinhibido y pícaro.

Yo no podía creer que Olivia estuviera ahí, que hubiera entrado en el juego, que disfrutara de la modorra postcoito, desnuda, esperando lo que viniera. Simplemente no podía creerlo y ese no creer se manifestaba en mí como una euforia total, como si me hubiera sido anunciado que nunca más se me negaría algo que se me pudiera antojar.

Pero no, no era eso, no era un sentimiento egoísta: no podía creerlo como no se puede creerlo cuando lo que se nos da excede sin medida nuestros méritos, o como si la naturaleza de lo que se nos ha concedido fuera tan extraordinaria que ni al mismísimo Dios pudiera atribuirse el don. Exagero, por supuesto, al fin y al cabo Olivia era mi amante y nada de extraordinario tiene que una amante conceda algún capricho. Y sin embargo... La miraba y no podía creerlo, y ese no poder creerlo era de naturaleza diferente a cualquier no poder creer que hubiera experimentado antes en mi vida. Y ahora mismo, que quiero compartirlo mediante la escritura, no puedo hacerlo y me enerva no poco no encontrar las palabras para expresar este sentimiento de incredulidad que se manifestó en mí ante todo como una gran felicidad, luminosa, deslumbrante, para expresar la cual, por supuesto que tampoco tengo palabras.

29

-Ahora queremos verte desnudo, compartir tu desnudez –dijo entonces Olivia, pícara y somnolienta, y también un poco solemne.

Me puse de pie y me desnudé, sin apuro, pero sin suspenso. No me erotiza desnudarme. Sonia aprovechó para meterse en la cama y bajo la sábana, acurrucándose contra la espalda de Olivia, apoyando la cabeza sobre su hombro. Dos amiguitas del alma parecían. Las miradas de ambas me recorrían el cuerpo, pero anidaban, ambas, en la verga, cabeceando a medias tumefacta.

Olivia me miraba como siempre me mira, un poco de costado, como con desconfianza. Eso es algo que aprendí esa tarde: Olivia siempre me miró con desconfianza, Nunca quise darme cuenta. Olivia me miraba desnudarme como si mi desnudez pudiera comprometerla de alguna manera. Sonia me miraba atentamente, los ojos muy abiertos, como si me viera desnudo por primera vez, cosa casi cierta.

-Es lindo -dijo, y agregó-: Pero lo prefiero vestido.

-No te creo -dijo Olivia, divertida por la idea.

-Preguntale a él...

-Es cierto -intervine-: Vestido tengo que cogerla. Y calzado.

-¿Y eso? -preguntó Olivia girando para mirar a Sonia, entre sorprendida y divertida.

-Un poco borrachita me dijo una vez que los hombres le gustan vestidos de traje y corbata, pero con la pija afuera -dije, alejándome para reavivar el fuego en la estufa.

Agregué un par de leños y removí las brasas hasta que la llama tomó fuerza. Después exhibí para ambas mi desnudez caminando por la habitación, no como un stripper sino como un señor al que se le perdió algo o al que le llama la atención cómo se le bambolea la genitalia cuando camina.

-Coincidirás conmigo, Sonia, en que el señor es mucho más hermoso que cualquiera de nosotras por separado, o juntas -dijo Olivia, relajada de humor y suelta de lengua.

De sólo exhibirme, de sólo sentir en la piel el imán de sus miradas mi erección iba tomando consistencia. Sonia no le quitaba los ojos de encima. Olivia observaba atenta mis desplazamientos, como para no perderse nada, como si fuera yo a hacer volteretas para su deleite. Llegué junto a ellas y les presenté a la altura de sus bocas el objeto de sus anhelos. Sonia se adelantó, tomó media verga en la boca y, cerrando los ojos, tironeó suavemente para un lado y para el otro. Olivia la miraba hacer, a centímetros de sus narices. Luego me miró a los ojos. Le sonreí, en mudo gesto de invitación. Sonia se la sacó de la boca y se la ofreció.

¡De la mano de Sonia lo recibió Olivia en la boca! Ese sí que fue un instante de belleza delirante. Olivia es boca ancha y cavidad profunda, creo que lo dije. Sonia

aunque tiene los labios carnosos no tiene una boca ancha ni profunda. (Con ellas he podido comprobar la verdad del antiguo saber según el cual a tal boca, tal vagina).

Olivia fue de una vez en busca de todo el largo. Con ritmo lento pero firme, lo profundo de su garganta topaba contra la punta de la verga.

-Princesita –suspiró Sonia maravillada, llenándose las manos con los pechos de Olivia- ¡qué linda te queda! Esta pija y tu boquita parecen hechas la una para la otra...

Y se inclinó para poder chuparle los pezones. Con la distancia del recuerdo, y de la escritura, creo que Sonia sentía que para no quedar fuera tenía que mostrarme como que ella también se enamoraba de Olivia. Se sentía, quizá, en el fondo, prescindible.

¿Prescindible? Sin ella no había triángulo. Y, sobre todo, no había triángulo perfecto.

Porque sin ella tal como era no había, al menos en mi espíritu, la sensación de equilibrio perfecto –perfectamente antipódico- que había llegado a experimentar. Ella navegaba en las aguas en que sabía navegar y peleaba con las armas con las que sabía pelear.

-Piquitos... rosados... -decía Sonia en éxtasis, lamiéndolos.

Olivia gimió. De pronto la ganó el frenesí. Nunca antes, no conmigo. Topaba más firmemente, como queriendo darle paso a la verga a través de su garganta cuerpo adentro. Sonia tomó la mano de Olivia.

-Tocame –susurró.

Los dedos de Olivia se deslizaron cuerpo adentro de Sonia. Estábamos los tres allí donde pueda desearse estar para siempre: accediendo dulcemente a la nube del orgasmo. Hubiera sido hermoso tener un chorro como de caballo, y soltarlo ya mismo, y bañarlas a las dos. Pero tenía que ser amarrete, aquello recién empezaba, y si me dejaba ir cada vez que me hicieran sentir en los Cielos, no llegaríamos nunca a la Tierra Prometida. Con todo le di aún un par de estocadas en el fondo de la garganta antes de retirarme.

Olivia quedó como flotando en un suave trance, bizqueaba mirando en éxtasis la verga que vibraba airosa ante sus narices. Se puso a lamerla, con toda la lengua, babeándose a mares a lo largo de todo el tallo, desde los huevos hasta la boquita.

-Dámela, cogeme –pidió con ansia infinita, como sólo debiera de pedirse la vida eterna. Pero yo le pasé la verga a Sonia que de inmediato se prendió de la bellota.

-¿Querés que te coja? ¿Ya mismo? –le pregunté vicioso a la ansiosa, acariciando sus labios con mi pulgar. Se puso a chupar el pulgar, al borde del orgasmo.

-Dejámela un poquito, no puedo más –le pedía a Sonia con palabras impensables en ella, protestando un poco, como si se le estuviera vulnerando algún derecho, y mirando con los ojos bien abiertos los chupeteos sonoros que Sonia me aplicaba.

-Seguí tocándome que voy a acabar –dijo Sonia.

Dócil, la mano de Olivia se reactivó de inmediato. Así era Sonia, podía estar en medio de la borrasca de placer más loca, pero no perdía la conciencia. Todo lo contrario de Olivia, que parecía un autómata fuera de sí, en trance. Sonia, generosa, puso mi verga al alcance de las bocas de ambas. Cuando una se llenaba la boca de verga la otra se la llenaba con mis huevos. Y yo les acariciaba las nuca y pensaba –y sigo pensando- que jamás en mi vida conocería un instante tan perfecto.

Ambas habían acabado pero seguían voraces como lobas hambrientas. Entonces vi a Olivia hacer algo que nunca antes. Tensa la mueca en los labios se tomó los pechos desde debajo y levantándolos los oprimió con fuerza, como para bañarnos a todos con su leche imaginaria. Nunca le había visto un gesto así, de calentura descontrolada. Entonces se me ocurrió hacerle lo que nunca le había hecho: lo que Sonia me había enseñado, y que por primera vez experimentaba como deseo hacia Olivia: cachetearla. Si lo nuestro estaba condenado, si su curiosidad quedaba hoy saciada y no nos veíamos

más, entonces que no quedara nada por hacer. ¿Protestaría? ¿Se dejaría hacer?

¿Gozaría? ¿Acabaría a cachetazos como Sonia? Pero no me atreví. Ya bastante brutal había sido someterla a este encuentro. La tomé de la barbilla y le busqué los ojos. Le costaba fijar su mirada en la mía, estaba como borracha.

-Ponete en cuatro encima de la cama –le dije con palabras que nunca había usado con ella.

-No... eso no... -balbuceó.

-Hacelo –le ordené.

-No me pidas eso... -susurraba como para que Sonia no la oyera.

Yo intentaba convencerla con besos y caricias, pero ella insistía. En medio de su borrachera de sexo había decidido que en algún lugar tenía que pintar la raya y había decidido que el lugar era precisamente ese.

-Es indigno... es innoble... es... animal...

-¡Ay, querida, precisamente por eso! –gruñó Sonia, divertida. En sus ojos brillaba el sarcasmo en sus labios bailoteaba el desdén, mientras lamía y chupaba la pija con zalamerías más putas que nunca. De hecho tuve que tomarla del pelo para evitar que me llevara hasta el final con su chupeteo vicioso.

Me incliné hasta casi hablar al oído de Olivia.

-No me avergüences... -le dije suavemente, como se le dice a un niño rebelde. Esto, hablarle así, imponerle de alguna manera el peso de mi autoridad también era algo que sucedía por primera vez entre nosotros. Su mirada consiguió anclarse en la mía, sorprendida por el otro que de pronto veía en mí.

Entonces lo hizo. Se puso en cuatro, de hecho tan abierta como pudo, como si en realidad más que humillación lo que aquello le producía fuera, inconfesablemente, un gran, delicioso, jugoso placer. Como si hubiera estado esperando que alguien la obligara a ofrecerse de la manera más obscena, para alcanzar el máximo goce. Fue la primera vez que vi su conchita de niña así, abierta completamente, en pantalla ancha, digamos. Y fue la primera vez que le vi el ojetito, un nudito apenas rosado, impoluto como un sagrario. Que su dulce, perfecto, apretado ojetito sería nuestro próximo horizonte, fue evidente, estoy seguro, para ella tanto como lo era para mí, en ese mismo momento en que –avestruz que oculta su cabeza en un hoyo- hundía suavemente su frente en la sábana.

30

Tal y como lo entendí desde el principio, hacer el amor con Olivia, tener sexo con ella -creo que esto ya lo expliqué- es siempre una cuestión de estar, también, unidos en el beso, unidos arriba y unidos abajo, abrochados, unificados. El beso para ella simboliza la unión de las almas. No sé si es así por cuestiones de pudor, de vergüenza, de estética o de espiritualidad, pero este sumirnos en la boa del otro ha sido una condición mudamente impuesta e ineludible. Totalmente lo opuesto con Sonia. El escándalo y la exhibición, la distancia, la objetivación obscena del otro, han sido condimentos que Sonia me ha enseñado a paladear. Pero nuestro encuentro triangular implicaba, como condición de posibilidad, al menos así lo sentí, que ambas fueran capaces de deslizarse hacia un terreno común. Con Olivia en cuatro, tan abierta como para el desguace, el péndulo se deslizaba hacia un nivel de obscenidad antes impensable con ella. Para Olivia en cuatro significaba, literalmente, en cuatro *patas*, o sea: exhibiéndose en toda su animalidad, la última de las maneras en que deseaba exhibirse.

Sonia me hace un gesto indicándome que espere. Se arrodilla detrás de Olivia y le lame lentamente todo el canal, y más allá, hasta el ojetete.

-No... -susurra Olivia desde su escondite, desfalleciente, angustiada.

Sonia, que no es una experta en pocas cosas, se retira entonces para dejarme ver. El sexo de Olivia, exasperado al ser expuesto, se contrae profundamente, y luego se abre por completo, dejando ver todos los pétalos rosados y la boquita abierta en O. Es como un monstruo de las profundidades marinas, lleno de vida secreta y de avidez. Más escondido, el ojetete se aprieta y se afloja con las mismas contracciones.

-Pero sí, divina, si tenés un culito precioso... -gruñe Sonia, separando las nalgas para introducir en el ojetete la punta de la lengua.

-Hermoso... -balbuceo, fascinado ante aquel mantra animal, cuando Sonia vuelve a separarse para mostrarme cómo boquean las estrellas secretas.

-Huele a perfume de mar... -susurra Sonia.

Secreteamos como dos perversos que han pagado por un espectáculo exquisito, o como si Olivia durmiera mientras sus orificios secretos boquean suavemente, acariciados por el manso ir y venir de las olas. No puedo dejar de mirar, fascinado.

-Por favor, no... es una tortura... -musita Olivia, pero desde el goce, o sea: pidiendo en realidad que la sigamos torturando, sin escurrir el bulto. Me da la impresión de que el boqueo se hace más lento y profundo, como si se estuviera masturbando a fuerza de contracciones.

Hubiera querido esperar cuanto fuera necesario para ver el clímax de aquella danza inmóvil, para verla acabar con la concha y el culo haciéndome guiñadas. Pero tomándome de la verga Sonia me trae hacia la zona imantada, hacia la zona de succión.

-Es ahora o nunca... -susurra, pero como para que Olivia también la oiga.

Ya en el umbral, ya con la verga, como un animal de presa olisqueando el perfecto culito, se inclina y me la mama una vez más, empapándola con saliva. Sonia, solidaria y servicial. Pongo mis manos sobre las caderas de Olivia. Sonia me emboca en la vagina. Empujando suavemente, penetro. La cojo sin apuro. Suspira. Entonces Sonia va hasta la cómoda y regresa con un potecito que extrajo de su bolsa de mano. Es crema para manos. Mientras sigo cogiendo a Olivia, Sonia le prepara el culo. Hunde el dedo medio en el pote y después, introduciéndolo suavemente en el ano, pregunta, mimosa:

-¿Nunca te cogieron por el culito, divina?

Olivia hizo que no con la cabeza, la cara escondida en las sábanas. Sonia se volvió hacia mí y me hizo un gesto inequívoco -morderse el labio inferior y negar con la cabeza- que decía “No te merecés tanta suerte”. En el catecismo populachero de Sonia, para los hombres clavarla en el culo es la suprema alegría, y clavarla en un culito virgen está más allá de toda calificación.

Volvió a introducir en el ojeté el dedo nuevamente untado. Volvió a mirarme, sonriéndome. Sonia es un ser totalmente al servicio de la voluptuosidad. Los servicios que me brinda la calientan tanto como una buena cogida. Retiro la verga de la concha y apoyo la punta sobre el nudito, brillante de lubricación. Siento cómo Olivia se contrae por el temor.

-No, al contrario, aflójate, mi amor -le dice Sonia al oído.

Empujé y metí el glande más allá del anillo. Olivia reprimió contra la sábana el grito de dolor. Penetrándola por primera vez en esa posición, fue como cogerla por primera vez, volví a tener la gloriosa sensación de estar accediendo a su misterio.

-Esperá un poco, Tilio... Respirá hondo, Olivia... -decía Sonia, comprometida con la perfecta sodomización de Olivia.

31

Inmóvil, esperando la indicación de seguir adelante, me vino a la mente la primera vez que penetré a Olivia. Los preliminares habían sido quizá demasiado largos. Olivia había acabado un par de veces. Al recibir finalmente todo el largo de la verga su vagina estaba inflada, como un pez globo, de manera que me pareció como si la verga flotara en una especie de vacío interior, como si fuera una especie de globo sonda, un robot que exploraba a ciegas un mundo misterioso. Tocaba las paredes de la vagina y sentía que se habían endurecido, como si fueran de porcelana. Comprendí que el recinto se había preparado para el momento de recibir la semilla. Sentí que Olivia intuía el carácter mágico que inesperadamente, sin que lo buscáramos o deseáramos, había cobrado la cópula. Su cuerpo se aflojó, se endulzó. Esta es la Cópula de Fecundación. Eso sentí en ese momento. Aunque no lo fue. Pero en ese momento la idea de lanzar mi semilla en el recinto sagrado, cuidadosamente preparado para recibirla, me erotizó en un nivel que nunca hubiera creído posible. Me sentí atrapado en un aura poderosísima, la del Dador de Vida.

Cuando puedo coger sin caer en el frenesí y en la urgencia hay un punto en que me sobreviene una especie de lucidez. Lucidez rara, es decir, de conclusiones raras. Por ejemplo: recuerdo que, con la verga flotando así en el recinto vaginal de Olivia, teniendo por único contacto el orificio vaginal en torno a la base del tallo, invadió mi mente la más inesperada de las confusiones: que en realidad la estaba cogiendo por el culo. En cierto modo es comprensible: hay el mismo anillado de la base del tallo por el orificio y el mismo flotar de la verga como en la nada, siendo el culo, a todos los efectos, una especie de abismo sin fondo. En ese instante de confusión comprendí que la

misma mímica de coger, adornada con muy similares sensaciones, significaba lanzar la semilla *a la vida o a la muerte*, y que entre un acto y el otro no había sino unos pocos milímetros de diferencia, el grosor de un tegumento. La misma mímica y las mismas sensaciones, y la misma inyección de la semilla líquida. La diferencia es un gesto psíquico, endeble si los hay: la intención. El muñeco humano repite, al borde del sinsentido, su danza escalofriante: el anillado del orificio voraz, el tallo que flota en el vacío blandiendo su poder, el vuelo de la semilla a su destino de vida o muerte.

32

Los dedos de Sonia palpaban la media cópula: el tallo a medias clavado, el ojete forzado para permitir la intrusión.

-Bien floja, princesita -dijo, y luego me hizo un gesto de ahora sí con la cabeza.

Prendido de las caderas de Olivia, muy despacio, como si se fuera a rajarse, volví a hundirme. Sonia se pellizcaba los pezones.

-Qué belleza... -musitó.

Me solté y no sin delicadeza solté en el culito de Olivia una larga tanda de vergazos, moderada pero suficiente como para ponerla en órbita. Olivia sacó la cara del escondite y suspiró de gusto, sorprendida, sin duda, por la irrupción del placer en pleno ultraje. Una mano de Sonia se deslizó entre mis piernas para sentir la cópula. La oí jadear, masturbándose con la otra mano. Me aplicó una interminable serie de besitos, casi picoteos, a lo largo de la espalda, hasta que empujando con la barbilla me abrió las nalgas para lamerme, a mí también, el ojete. Esa es Sonia: no para, nada es demasiado, a nada se niega. Nunca me habían lamido ahí. No así, directamente en el culo, alternando cada lamida con las puntadas que yo le propinaba a Olivia. Poco a poco sentí que me invadía un magma gaseoso y que ascendía hacia los estratos superiores de quién sabe

qué. Olivia recibía los vergazos alerta y en silencio, como abandonando el cuerpo al castigo. Entiendo su gesto. Huye de lo que la supera. No reconoce el tipo de cosa que su cuerpo está sintiendo. Se disocia y me abandona su cuerpo abierto. A saber en qué recodo de la imaginación se esconde a esperar lo inevitable, sea lo que sea. Hasta que suelta un grito como de sorpresa, como de caer por un precipicio, un grito en el que revienta su orgasmo y queda totalmente vaciada de energía, colgando de mis manos.

Al gritar Olivia, Sonia gimió entre mis nalgas, sus dedos anillando mi verga como para gozar un poco, con la mano, de la cópula ajena. Sin duda había estado pajeándose, porque quedó a mis pies, la mejilla contra mi muslo, totalmente floja. Sólo yo atravesé la meta una vez más invicto. No por la voluntad de mostrarme invencible en mi potencia, sino porque sabía que estaba tan lleno de nuestra pequeña orgía que, cuando reventara, de mí no quedaría nada por un buen rato.

32

Desmonté y dejé que Olivia se derrumbara dulcemente sobre su flanco. Sonia trepó sobre la cama y la abrazó por la espalda. Yo me acosté cara a cara con Olivia, que me miraba un poco ceñuda, casi con reproche, desde lo profundo de la modorra, de la vergüenza y del goce, como acusándome de ser responsable de haberla revolcado en la abyección. Pero sé que sobre todo lo que sentía era sorpresa, estupor ante la violencia del éxtasis al que la había llevado el ultraje. No le faltaba razón: el sexo anal, sin otro condimento, puede llevar al orgasmo al penetrado, pero no es algo que suceda así nomás. En Olivia lo vi por primera vez. Quizá fue posible porque, virgen del culo como era, el placer la tomó desprevenida.

Me dio las manos cuando le ofrecí las mías. Entrelazamos los dedos. Desde la cadera de Olivia la mano de Sonia, celosa, trepó hasta enredarse con las nuestras. Depositó

blandos besos sobre los labios de Olivia mientras Sonia se ocupaba de su cuello y de su nuca. Olivia parece flotar entre nosotros, convaleciente de orgasmo terminal, semidormida.

-Me toca –susurra Sonia.

-Después que se duerma la nena, hay cosas que ella no debe ver... -le respondo muy bajito aunque sabiendo que, inevitablemente, Olivia me estaba oyendo.

-Yo quiero verlo todo –consigue decir Olivia, luchando por zafar del círculo hipnótico de nuestras caricias, y con la lengua tan pesada que se la muerde al hablar.

-Ya ves, papi... la nena quiere... No veo cómo nos la vamos a sacar de encima – susurra Sonia, ya perentoria.

Sonia se llena las manos con las tetas de Olivia.

-Qué tetas, Dios mío... -insiste.

Me las ofrece, con los piquitos juntos.

-Dale un par de mordiscos... para memoria... si no mañana no va a poder creer lo que vivió hoy.

Como buena criolla Sonia es ladina y peleadora: con su discursete, discretamente, lo que busca es ser asumida como titular del evento y relegar a Olivia al rol de invitada. Olivia no responde nada, pero sé que ella no se pierde nada, y no es de las que cede ni un centímetro. Ya devolverá el golpe.

Nunca le mordí las tetas a Olivia, al contrario de a Sonia, cuyas tetas pueden contar mil historias de verdadera devastación idolátrica y ritual. Me parece un sacrilegio romper venitas para manchar la belleza sobrenatural de las tetas de Olivia. Beso los

piquitos, ella me acaricia las sienes. Me mira con ese aire serio y misterioso, como de estar a punto de descifrar no se sabe bien qué.

-Hacelo –dice-. Mañana van a ser mi flor azul...

Me inclino sobre los globos perfectos que me ofrecen las manos de Sonia. Muerdo fuerte, casi sintiendo cómo machuco tejidos, una teta y luego la otra, bien arriba, en la loma, donde serán bien visibles los moretones sin necesidad de desnudar el pecho. Olivia me mira ceñuda, como sin entender lo que le pasa. Como si las mordidas más allá de doler, la hubieran perturbado en lo profundo, inyectándole un veneno sutil y corruptor.

-¿Qué pasa? –le pregunto, inquieto.

-Nada... sentí algo... raro...

-Es porque te marcó –susurra Sonia como un Pepe Grillo, desde la nuca de Olivia-. Así se siente cuando el macho te marca...

Aunque parezca increíble, dada la altura de los acontecimientos, el rubor ha subido bruscamente a las mejillas de Olivia. Besándole el cuello y los hombros Sonia desliza una mano hacia mi vientre, donde me encuentra en plena erección.

-A vos tampoco te alcanza nunca ¿verdad? -gruñe.

Sin dejar de besarla, se coloca en cuatro sobre el cuerpo de Olivia, las manos a ambos lados de su cabeza, las rodillas a ambos lados de su vientre. Sus bocas se encuentran.

-Ahora me toca a mí -susurra Sonia dentro de su boca, sin dejar de besarla, y como si le hablara a ella.

Me paro detrás de Sonia, le agarro la concha con la mano abierta, hundiendo dos dedos en la vagina y apoyando el pulgar sobre el ojete. ¡Lo tiene totalmente lubricado! ¿Cuándo se lo lubricó? Misterio... Ella siempre está un paso adelante. Le hundo el pulgar. La manera en que la tengo agarrada es totalmente obscena y la recalienta. Suelta su rugido de ratón y meneas el culo como para clavarse más.

-Haceme las tetas –dice, quién sabe a quién, pero Olivia se siente aludida y obedece-. Apretalas... sacales leche –gruñe Sonia.

Con los ojos muy abiertos, concentrada, las manos delgadas, surcadas por venas finitas y azules se cuelgan de las magras tetas de Sonia.

-Tirá fuerte, mi amor, como para ordeñarlas –exige Sonia cabalgando concienzudamente la mano que hurta en sus entrañas.

Olivia... no sé si jamás ordeñó una vaca, pero como si supiera. Tironea con las dos manos al unísono, firme y parejo, masajeando los pezones con sus pulgares. Sonia se deja hacer, como una vaca agradecida. No puedo más. Sencillamente no puedo más. Nunca dije que fuera un Titán y esta es una historia verdadera. Saqué los dedos, los orificios quedaron viciosos, abiertos. Pero debajo de los de Sonia un tercer orificio boqueaba pidiendo verga: la conchita de Olivia, que se había abierto generosamente de piernas. Fue muy fuerte. Una Iluminación. Como cuando Georges vio la concha de ramera de Edwarda transfigurada.

Me puse de pie y ocupé el lugar del oficiante.

-Queridas -dije-, voy a subir mi escalera al Cielo.

Y sin más deslicé la verga dentro del vientre de Olivia, y me puse a cogerla con todo el vigor de mis riñones. Olivia soltó un gemido, devorado por la boca de Sonia, que no

se quejó de que se usurpara su turno. Seguro que calculó que la posibilidad de que me tentara con la tercera oferta era una eventualidad. Es tonta, pero no es idiota, pensé con afecto. Olivia no pudo con aquel clímax de la promiscuidad y acabó en seguida. Quedó jadeando dentro de la boca implacable de Sonia.

-Segundo escalón -anuncié, con voz entrecortada, jadeando de calentura.

Me retiré de Olivia. Abrí con los dedos la concha peluda de Sonia. El canal, rojo fuego, exhalaba lubricantes. Hundí la verga.

-Papito, qué pija -soltó la beneficiada-, nunca me voy a olvidar de tu pija... -dijo, como padeciendo el augurio de que pronto no la tendría.

La cogí como para taladrarla, su sexo chapoteaba y su garganta se quebraba de placer. Inesperadamente Olivia se colgó de su cuello y de sus labios, como si quisiera para sí el jadeo descontrolado de placer de Sonia. Le di a la concha de Sonia como si quisiera llegar con la punta de la verga hasta los labios enloquecidos de Olivia. Me sentí dios, sentí que verdaderamente me las estaba cogiendo a las dos, no a una y a la otra sino a las dos.

33

Sonia acabó, a la enésima puntada, con un grito. Tal y como si la estuvieran desollando. De haber más pasajeros en el hotel, la hubieran oído. Jadeaban ambas, aun besándose pero ya dulcemente, casi como si fueran pareja. Cuchicheaban quizá algo que no pude oír.

-Tercer escalón -anuncié-: Subida al Cielo.

Hacía ya quizá una hora que estábamos cogiendo. Mucho más allá del orgasmo, tenía la verga dura como una estaca. Creo que ya lo dije: cogiendo, más allá de cierto punto,

se me va la urgencia por acabar y puedo seguir hasta despellejarme la verga. Le separé las nalgas a Sonia. Su feo culo me pareció bello como un sol. Emboqué y, atrayéndola a su vez de las caderas contra mi vientre, se la clavé de una, entera, hasta el final. Volvió a gritar. Apuntó con el hocico, aullando a las estrellas como una loba en celo. Le di un par de puntazos en lo profundo.

-Hijo de puta -gruñó-, la tenés más gorda que nunca.

-¿Siempre te la da así? -pregunta Olivia con una vocecita entre tímida y excitada.

-Nunca se va de casa sin dejarme el culo ardiendo. Me marca como a una vaca.

-¿Y por qué a mí... por qué a mí no?

-Porque de vos está enamorado -le respondió Sonia y de inmediato le cerró la boca comiéndosela.

La tomé por los hombros y afirmándome le di como para dejarle el culo en llamas. Sonia gimió soltando pedazos de alma.

-Tocá, Olivia -susurró, emputecida como un demonio-, fíjate si la tengo bien clavada.

Los dedos de Olivia, ligeros y frescos, tantearon la cópula.

-Está clavada... toda... -suspiró Olivia sin dejar de recorrer el culo dilatado y la base de mi tallo-: ¿Te duele? -preguntó entonces, de puro viciosa puesto que ella misma acababa de padecerla.

-¿Tengo sangre?

Olivia saca la mano y se la mira.

-No.

-Duele y no duele ¿ves? Porque sólo así conocés de veras a la pija de tu macho -dice Sonia, culeando contra mi vientre como para acabarme.

Entonces decido terminar la dulce cháchara de mis dos amores. Se me ocurre que si sigo cogiendo la bola de semen se me va a reabsorber quién sabe dónde y con qué consecuencias.

-Te voy a llenar el culo de leche –anuncio, con un gruñido que no me reconozco y acelerando la cogida, con la verga dura como un garrote, tan dura como si fuera de hueso y doliendo. De tan dura me parece casi imposible, y seguramente insatisfactorio, soltar la lefa.

-Pegame –exige Sonia, culeando feroz.

La tomo por el pelo y tiro con fuerza obligándola a levantar la cara.

-Olivia, mi amor –digo, tan amoroso y tan cínico como puedo sonar- ¿podrías darle unos cachetazos a Sonia? Está trancada, pasada de calentura... sin unos golpes no puede acabar... y ya ves que yo estoy ocupado...

Olivia me miraba, la boca y los ojos bien abiertos, asustada, incapaz de mover un dedo. Comprendí que aquel sí era su límite, su extremo y experimenté el morboso deseo de obligarla a cruzarlo.

-Vení, Princesita... -la urgió Sonia desde su incómoda posición-. Hoy por mí, mañana por ti...

Olivia la miró.

-Dame -insistió Sonia.

Olivia me miró entonces, Me pedía que le exigiera. Adiviné que no me había equivocado: en realidad estaba tan tomada por la ola de voluptuosidad retorcida que haría cualquier cosa, porque el bichito de la calentura la picaba como para hacerla probar lo que fuera.

-Aquí –le indiqué tirándole más del pelo a Sonia y tocándole los labios. Sonia se puso a lamerme los dedos.

-No me digas que no disfrutarías un par de cachetadas... en la trompa... -deliraba, pasada de calentura.

Olivia estaba pronta para hacerlo. Levantó su mano derecha. Su expresión era a la vez de excitación y de susto, de calentura y de locura, tal y como debe de ser la primera vez que se incurre en una perversión. El primer cachetazo no dejó nada que desear. Nada de tanteos, de probarse. Le soltó un cachetazo que le dio vuelta la cara, apto como para romperse algún hueso de la mano.

-Mi amor... -gimió Sonia.

Una a una siguieron cayendo las cachetadas cada vez más fuertes y sonoras. Cabalgué el culo de Sonia ya sin apuro, al ritmo parejo y seguro de las cachetadas de Olivia, buscando el punto desde el cual pudiera soltarle la lefa con total fluidez. Con cada cachetada, con cada puntazo en el fondo del culo, Sonia se retorció, como una serpiente en agonía o en éxtasis, momentos que, se me ocurre, en el caso de las serpientes, se parecen extraordinariamente.

-Pará... pará... pajeame -pidió Sonia, a punto de acabar.

La mano de Olivia atrapó el abultado morro del pubis de Sonia y no sé exactamente qué le hizo, pero con lo que le hizo bastó, para los tres. Sonia empezó a estremecerse,

como en un ataque de epilepsia, balbuceaba palabras sin sentido, el sudor le corría por los flancos y gemía como a punto de llorar.

-Olivia... agarrame la pija... -alcancé a musitar.

Sentí los dedos de Olivia anillándome el tallo en el mismo momento en que me solté.

-Siento pasar el chorro de semen -balbuceó Olivia maravillada.

Sentí que desde el hipotálamo me bajaba una corriente de luz que se llevaba por delante la bola de semen, culo adentro. El flujo luminoso no cesaba de bajar a lo largo de mi cuerpo y se abría paso en las entrañas de Sonia hasta explotar en un grito salvaje, el grito que no me conocía, apto como para derrumbar las murallas de Jericó. Entreví, desde la nube del orgasmo, que Olivia, perniabierta, literalmente despatarrada, se abría la concha con ambas manos para frotarse, como se frota la lámpara de Aladino, pidiéndole que también en su cuerpo ingresara la marea luminosa. Se pajeaba con un gesto demente, se metía dentro dos, tres dedos, fuera de sí, como si luchara con su mano para obligarla al impudor de penetrarse tanto como fuera posible. Estuve seguro entonces de algo que siempre había creído, intuido, sin planteármelo en realidad conscientemente: que pajearse, para Olivia, era el octavo pecado capital. Olivia no se podía imaginar a alguien tan puro y tan digno como ella frotándose ahí abajo como una simia enloquecida por la lujuria. Pero ahora, en la cama con Sonia y conmigo, había dado con la ecuación justa, la irresistible, y ahí estaba, en plena paja, acabando a repetición, reventando de impudor, abierta hasta casi desarticularse, escondiendo la cabeza bajo una almohada, como para que no la vieran, no la reconociéramos, no la señaláramos con dedo acusador.

Después no sé, nos fuimos barranca abajo por los abismos del sueño. Sólo sé que en algún momento, con toallitas húmedas, como las que sólo las mujeres como Olivia

llevan siempre en la cartera, alguien –ella seguramente- me estuvo higienizando el sexo. Soñé que escribía, palabra por palabra, cada mínimo detalle, muy seguro de que al despertar recordaría todo lo escrito, puntos y comas incluidos.

34

Anohecía cuando desperté, muerto de hambre. Recordé soñar que escribía, muy concentrado, con gran intensidad, pero no recordé qué escribía. El sueño tenía que ver con el segundo acertijo, ya que, si en uno leía, en el otro escribía, en ambos casos palabras que me parecían muy precisas pero que no recordaba al despertar. En el dulce despertar entre mis dos amores, desnudas, todo el asunto de los acertijos se me hizo remoto, como un globo inflado con helio que se remonta hacia la inmensidad para no volver nunca más. Pensé que de última su utilidad había sido que me pusiera a escribir sobre mis dos amores... y que, como consecuencia, las cosas derivaran como derivaron. La tarde me dejó una sensación de total plenitud. Me sentía hinchado de orgullo por mi audaz invento. Tuve una visión somnolienta en la que los acertijos se me aparecieron como ruinas de un palacio de mármol rosado, a medias cubiertas por las arenas del desierto.

Las desperté con arrumacos. Decidimos ir a cenar espléndidamente a un restaurant de Punta del Este. La noche era joven y llena de vida cuando nos alejamos de Laguna Blanca. En el asiento del acompañante mis dos amores, apretaditas, juntas las cabecitas, el cabello revuelto por la brisa, contándose secretos, haciéndose promesas quizá, con la noche llena de estrellas sobre nosotros, livianos, deliciosamente ligeros de cuerpo y de alma. El motor del Pagoda rugía en la inmensidad de la pampa como un mosquito furioso.

35

Por lo que yo sé esa fue la única vez que estuvieron juntas, a pesar de lo cariñosa que fue la despedida esa noche, eufórica por momentos, con abrazos y con besos en ambas mejillas que invitaban a presagiar futuras y venturosas evoluciones. Pero había sido *demasiado*, Ni la una ni la otra se sintió capaz de dar la cara y asumir lo vivido. Ni la una ni la otra pidieron un bis. Ninguna me pidió noticias de la otra.

Olivia, que no es clasista ni discriminadora, seguramente encontró excesiva la vulgaridad y el desparpajo de Sonia, como encontró seguramente excesivo el gusto que esos defectos me ocasionaban, como seguramente encontró inaceptable, on second thoughts, incluir en su vida semejantes excesos. Tenía ya bien planificada su vida y no tenía lugar para ese tipo de cosas. Habidas estas consideraciones, yo mismo quedaba excluido.

Sonia, que no tiene ningún complejo de inferioridad, o que al menos no anda exhibiéndolo, seguramente encontró que, al menos en lo que me concierne, Olivia era una competidora contra la cual no tenía argumentos, o, por lo menos, los que tenía le parecían insuficientes. O bien consideró que este momento perfecto era el adecuado para renunciar a mí -creyendo seguramente que me estaba entregando a Olivia-, o bien el durgo finalmente se animó y le habló y a esta altura ya le está sirviendo el desayuno en la cama.

No puedo decir que no me doliera la doble exclusión. Al final de aquella tarde estaba convencido que la experiencia vivida había vuelto indestructible al triángulo. Pero después, el silencio de ambas en torno al asunto me empezó a resultar elocuente respecto de lo que, cada una por su lado, había decidido, y me heló el corazón. Si Olivia prefirió quitarse de penas prescindiendo de mí, porque para ella, en el fondo, sólo lo perfecto -su burguesa idea de lo perfecto- vale la pena, por su parte Sonia decidió atrincherarse en los caprichos de su deseo, quizá con la loca y secreta ilusión de, con el

paso del tiempo, algo impensable sucedería que habría de convertirme definitivamente a su sintonía. Acabé por asumir que, tal como soy, representaba una forma de la felicidad a la que, por razones oscuras, diversas y quizá inconfesables, ninguna de las dos podía entregarse.

36

Al principio todo siguió igual con ambas.

Con Sonia, aun hoy, con cierta distancia, no me es posible determinar si la deriva en que cayeron a continuación nuestros excesos se originaba en necesidades inconfesables e incontrolables de Sonia o era la consecuencia de su decisión de reconfigurarme hasta el punto de que nuestra relación alcanzara finalmente un punto inevitablemente de bifurcación y, o bien descarrilara, o bien se encaminara hacia compromisos más profundos.

El final con Olivia comenzó la primera noche que pasamos juntos luego de aquella tarde. Habíamos hecho el amor de la manera más tierna. Enlazados como para no separarnos más. Una vez abandonados por la pasión, tan suave era su respiración que pensé que se había dormido, pero entonces habló, quedito y sin mirarme, como si le diera vergüenza pedir.

-¿Podrías quedarte a dormir esta noche?

Supongo que, sorprendido por el pedido, tardé demasiado en responder. Me preguntaba si ella había realmente hablado o si sólo había sido imaginación mía. Me miró como si yo le hubiera respondido que no. Como ofendida, como alguien que ha tenido que hacer un gran esfuerzo para pedir y no se le ha concedido nada.

-Claro que puedo –me apresuré a aclarar para contener la amenaza de desborde.

Entonces giró hacia mí y me abrazó ocultando la cara contra mi pecho.

Para cena preparó un omelette de jamón y arvejas, y bebimos jugo de naranja que yo mismo exprimí. En minutos, silenciosa y precisa como una bailarina, tuvo la cena pronta. Parecía que se preparaba para un casting para el rol de ama de casa Etérea. Aunque tiene unos dientes bellísimos, como pequeñas perlas, y aunque se ríe poco, para no llamar la atención sobre el tamaño de su boca, Olivia come cubriéndose discretamente los labios al masticar, como una japonesa. Amodorrados por el amor y muy dispuestos a compartir el sueño, comimos en silencio, con sólo los roces de metal y loza como música de fondo.

Me dio un cepillo de dientes nuevo, aun en su estuche hermético. ¿Comprado especialmente para mí, para esta noche preparada de antemano? Me detuve con tierna delectación en la idea de Olivia planificando hasta el detalle esta dulce emboscada, aparentemente destinada a llevar nuestra relación a niveles más profundos de intimidad y de compromiso. Un hombre, inclusive uno diletante y divagante como yo, sabe –o imagina saber- cuándo una mujer está decidida a profundizar el lazo, a hacerlo más que una rutina sensual, y sabe también –o imagina saber- cuándo él mismo está dispuesto a dejarse atrapar en las dulcísimas redes del compromiso amoroso.

Hicimos el amor otra vez, no menos tiernamente. Puro contento y goce, minucioso, en cámara lenta, recorriendo cada pliegue, pero con intensidad inédita, como si mi cuerpo, bien encajado en el suyo fuera un instrumento nuevo, flamante, recién en período de pruebas y sorpresas, a tal punto que Olivia, para ocultarme su avidez y su desconcierto, cruzó sus antebrazos sobre sus ojos, impidiéndome su mirada durante el goce. Me acomodé como para el acelerón final, pero entonces Olivia me detuvo.

-Esperá... un segundo... -pidió y zafó del abrazo.

Del baño volvió con un pote de crema.

-¿Qué pasó? –pregunté desconcertado, pensando que con la intensidad de los abrazos se le había lastimado la mucosa de la vagina.

-Lo quiero por detrás –dijo, como de costumbre pudorosa con las palabras, pero no con los actos.

No sabía decir cuánto me desconcertaron sus palabras.

-¿Cómo por detrás? –insistí, como abombado, tratando de ganar tiempo para disuadirla sin ofenderla.

No era eso lo que yo quería, no en ese momento al menos, sobre todo no lo quería porque se sintiera obligada, por no ser con su cuerpo menos generosa que Sonia. Pero no era eso lo que yo quería, sobre todo y en el fondo, y para mi asombro, porque yo quería a las dos Olivias... pero por separado: a solas, la Olivia de siempre, y en trío la que aquella tarde demostró que era capaz de ser. No sólo me desconcertaba su actitud, me desconcertaba también mi renuencia a aceptar su oferta. Como si fuera un don emponzoñado... que, en cierto modo, lo era.

-Por detrás... -insistió, decidida a no pronunciar ciertas palabras, y a dar paso a los hechos. Tomó el pote, cargó un dedo con crema y, abriendo mucho las piernas y inclinándose hacia adelante se untó con crema el ojete, por fuera, y también, notoriamente, por dentro.

Yo la miraba, boquiabierto e incapaz de proceder, con lo que ella no estaba menos desconcertada.

-Quiero dártelo... -insistió.

El punto, el quid del asunto era que, a solas, o sea, en pareja, o sea, de a dos, yo nunca se lo había pedido. Había en su dádiva una especie de salto al vacío cuyo significado yo no captaba por completo. Lo que sí capté fue que para ella sería terrible el rechazo si yo no ponía manos a la obra de inmediato.

-Vení aquí, mi amor... ponete las almohadas debajo de la barriguita -le pedí, incapaz de decirle que se pusiera en cuatro: ese no era nuestro lenguaje a solas.

Si la vulva de Olivia era pura inocencia, mucho más lo era su ojete, que ya mancillado, seguía declarando, sin lugar a dudas, su virginidad. El nudito rosado seguía tan apretado como la primera vez que lo vi. Metí el dedo también yo en el pote de crema. Iba a necesitar mucha lubricación. Lubriqué por fuera, y luego también por dentro, sin resistencia, al contrario, sintiendo cómo se aflojaba cuanto podía. No podría decir la delicia que me causaba aquella caricia tan lenta y tan dulce. No creo que para ella fuera menos deliciosa, porque el ojete empezó a abrirse por sí solo.

Realmente yo no quería hacer aquello. No la empujaba una sana lujuria sino el espíritu de sacrificio, de cumplimiento con el deber: quería borrar el límite entre las dos Olivias. Justo aquello a lo que, sin tenerlo claro, yo me resistía. Me parecía que no iba a hacerle, y a hacernos, más que daño. Pero no podía sino hacerlo, fueran cuales fueran las razones que la llevaban a exigírmelo.

Apoyé la punta de la verga sobre el ojete, brillante de lubricante, y casi vierto una lágrima pensando que iba a desvirgarla del culo por segunda vez, esta, definitiva. Debe recordarse que soy un escritor: confundo mis sentimientos, ignoro mis verdaderas razones y me salen con facilidad lágrimas de cocodrilo. Deseé fervientemente que mi verga adelgazara de golpe, deseé tener una verga de la mitad del calibre de la mía. Pero no había nada que hacer, las cosas eran lo que eran y no había más futuro inmediato que

el de clavársela, tan dulcemente como fuera posible. Separé las nalgas y empujé. La cabeza, audaz, se coló de una, fácilmente, pese a lo cual Olivia se tensó y gimió de dolor.

-Esperá... -pidió.

Hizo entonces lo que Sonia le había enseñado: empezó a respirar tan lento y hondo como pudo, y buscó aflojarse todo lo posible, músculo por músculo. Lo cierto es que, o se acostumbró al dolor, o el dolor remitió, o desapareció, porque no tardó en decirme, quedito:

-Ahora...

Empujé otra vez y buena parte del tallo se deslizó ojeteadentro. Fácil, dulce y deliciosamente en mi opinión y sensación, aunque Olivia volvió gemir y tensarse.

-Esperá... -pidió otra vez.

Es verdad que yo no quería hacerlo, pero tenía la verga tan dispuesta a la faena como pueda estarlo. La impaciencia asomaba ya su jeta lamentable. Olivia volvió a su rutina de respiración y relajación. Pero cuando la sentí ya floja, no esperé a su indicación y le clavé el resto. Entonces sí que gritó en serio, pero ya tenía mi vellón cepillándole amorosamente el área afectada.

-¿Me detengo? -pregunté, cual amable torturador.

Se dio un segundo para chequear el estado de la parte arruinada. Sentí que estuvo a punto de pedir que abandonáramos aquello.

-No, seguí... -dijo con la voz estrangulada por el dolor, pero decidida a dármele sin restricción alguna, quizá porque tenía calculado que aquella sería la última vez.

Entonces, sí, solté la bestia. Si lo que quería era tener el culo bien cogido, yo estaba dispuesto a darle pruebas de mi idoneidad en la materia, aunque en realidad no quisiera hacérselo. Acelerado como estaba me entregué al delirio, pensaba en lo maravilloso que sería casarme con una mujer que conservara el culito virgen. Se lo besaría todas las noches. Sería mi intocable objeto de culto. Pero no se lo rompería. La idea me calentó hasta el límite. Le propiné una tanda brutal, sacando la verga por completo una y otra vez para volver a clavarle todo el largo. Hubo un momento en que o bien dejó de sufrir o se entregó al sufrimiento de manera incondicional, confiando en que en algún momento aquello tendría un final. Al acabar la tomé por las caderas y la atraje hacia mí para clavarme cuanto pude.

Zafó del empale y de mi abrazo muy lentamente, como si le doliera hasta el alma y temiera rajarse del todo. Se encerró en el baño y yo quedé boca abajo, absolutamente fuera de combate. En la verga tenía trazas de sangre pero no estaba dispuesto a pararme para higienizarme ni para preguntarle si se sentía bien. Sangrar unas gotas no le iba a provocar males mayores. Cerré los ojos y me entregué al sueño. Las sábanas, de todos modos, ya estaban manchadas. La virginidad de su culito quedaba demostrada con la fuerza de la prueba. Después, ya entresueños, supe que Olivia me higienizaba el miembro con una toallita humedecida con agua tibia. Hecho lo cual besó el glande, lo cubrió con el prepucio y lo puso a dormir.

Por la mañana, los enseres utilizados por la noche en la cocina habían desaparecido de la piletta, como por arte de magia, o como si el personal doméstico hubiera trabajado mientras dormíamos. Y también habían desaparecido las gotas de sangre de las sábanas, como si hubieran cambiado las sábanas conmigo durmiendo encima. Desperté con una

sensación de total delicia, me pareció maravilloso estar con ella por la mañana. Estaba en el Paraíso. Ni idea que aquel pudiera ser nuestro único despertar juntos.

Amanecía apenas. Justo antes de salir el sol. Retiro delicadamente la sábana que la cubre. Duerme tensa, con la barbilla contra el pecho, sus ojos se sobresaltan bajo los párpados cerrados, como si soñara algún peligro, como si temiera algún peligro en la realidad a que queda expuesta mientras duerme. Camiseta sin mangas y bombacha de algodón. Soquetes de hilo. Todo blanco, como todo en su apartamento. Olivia invoca a las fuerzas de la Luz.

Al retirar la sábana el aura perfumada de su cuerpo se expande. Me invade. No perfumada con perfume. Que yo sepa, no usa. El olor de su piel es su perfume. Liberado, embriaga. Es dulce, pero es al dulce lo que el rosado al rojo. Y es cálido. Pero es algo más. Algo tan vago y misterioso, que ni ahora, que lo recuerdo vívidamente, lo puedo definir o explicar. Respirando su aliento pienso que gracias a Olivia sé qué es el lenguaje del olfato. Nunca me había servido más que como alerta para malos olores. Ahora sé que sirve para recibir, cifrada en un aroma, en unas pizcas inasibles, la revelación íntima de un ser.

Recorro su piel olisqueándola, sin tocarla, sobrevolándola, evitando apoyarme en la cama para no despertarla. El mapa de aromas de su cuerpo se vuelve intenso y penetrante a la altura de su pubis. En cambio se vuelve de un dulzor irresistible a la altura de sus pechos. En su cuello y hacia su nuca un aroma como de sueño me arrastra irresistiblemente hacia sus labios, que huelen a pétalos de rosa.

Esnifo a Olivia de cabo a rabo y voy por los aromas que rezuma su vulva dormida. Hago a un lado con dedos aéreos la entrepierna de la bombacha. El velloncito castaño es suave, fino, lacio, parece que se lo peinara antes de irse a dormir. Los labios de su sexo

están pegados, como los párpados de un niño que duerme. Los abro apenas con la punta de la lengua. Dormida pide que no. No le gustan las sorpresas. No le gusta estar expuesta, entregada inconsciente a la mirada de otro, no le gusta darse sin pasar por una sesión de toilette y de espejo. Otra vez paso la punta de la lengua abriendo el canal un poco más profundamente. Recojo esta vez el jugo y el aroma interior. El aroma carnal y húmedo, picante de las mucosas. Que no, pide, y su mano dormida me toca el pelo. Pero cuando separo sus muslos no se resiste. El olor de su concha y de su sueño, revueltos, me invaden, calan a fondo mis pulmones. En alas de su puro olor a hembra angelical, ahora sí, estoy en la Tierra Prometida. La abro para llegar con la lengua hasta el ojete. Me da curiosidad morbosa ver en qué estado quedó, cuál es su nueva belleza. No se resiste. Es territorio ya entregado, ya arrasado, sobre el cual ya no valen resistencias ni negociaciones. Todo el acceso ya es mío. Lo lamo, lo huelo y me lleno los ojos con el nudito rosado... ya no rosado, rojo aun de irritación por el forzamiento y la intrusión. Lo rozo con el índice y se contrae, asustado. Lo acaricio con la lengua para tranquilizarlo. Pizca de almizcle, pizca de azufre, y un dulzor de flores olvidadas. Su belleza sigue siendo virgen. Un beso no deja una huella en la boca besada, las mismas son las tetas en las que se hastiaron las manos. Su ojete se ve tan virgen como antes de penetrarlo. Sólo más rojo, como ruborizado por su desvergüenza. Muchas más visitas habrá de recibir hasta verse finalmente vicioso y trajinado, si es que llega a estarlo. Y no seré yo quien lo lleve a ese estado. Busco penetrarlo con la lengua. Si me hubiera dejado, enloquecido como estaba por el olor profundo le hubiera metido un dedo con la consecuencia inevitable de terminar cogiéndomela otra vez por el culo. Pero su mano, torpe por el sopor, me toma del pelo y me impide la excursión al exceso. Jala, pero cuando siente que mi boca se acopla a la vulva, cede. Le como la fruta con toda la boca y chupo como para dejar limpio el carozo. Entonces sí, abierta y voraz, se entrega al

goce. Me suelta el pelo, abre los brazos, como crucificada y en éxtasis, levanta más la concha, ávida de ser devorada toda entera. La miro gozar, goza con los ojos cerrados. Adivino su fantasía: sola en su cama, sola e indefensa, frágil mujer abierta en el gran rectángulo blanco al que se ha subido, salida de sus sueños, una boca voraz que le devora dulcemente la concha. Inútil defenderse, inútil resistir, sólo es posible entregarse tanto como sea posible, abrirse cuanto más mejor, para que por lo menos el suplicio de ser vaciada, de irse, de abandonarse a la correntada irresistible termine cuanto antes. Cosa que, de hecho, finalmente sucede. Me retiro y la dejo en las postrimerías del orgasmo, estremeciéndose como un pez sobre la arena de la orilla.

Cuando regreso del baño -donde confieso que no resistí la tentación de vaciarme a mano-, como cáscara desechada Olivia flota en lo que ya no es sino arroyo manso. Quedamente solloza, lágrimas corren por sus mejillas y desde la punta de su nariz gotean sobre la sábana. La abrazo.

-¿Qué pasa?

-Nada.

-¿No te gustó?

-No debiste hacerlo.

-¿Por qué? ¿No te gustó?

-No debiste hacerlo.

-Lo siento... Quería hacerlo. Me dejé llevar.

-Sí... No importa. No me hagas caso, no sé lo que digo.

¿No debí hacer qué? Comprendí que sería inútil preguntarle. Que no había querido decirlo, que el vago reproche se le había escapado de la boca. Y que se refería al encuentro con Sonia. Que su vago reproche quería decir: hubiera sido mejor seguir como estábamos, sin curiosidades que, al menos ella, no experimentaba. Porque la consecuencia era que nada iba a volver a ser como antes.

El equilibrio perfecto de nuestro falso triángulo estaba hecho del equilibrio perfecto de cada una de ellas conmigo, o con la imagen que tenían de mí. Consistía, pues, en que, en sus antipódicas diferencias, entre ambas me colmaban perfectamente. Ahora la imagen que tenían de mí desapareció y ha sido substituida por una imagen de mí según la cual no soy ni esto ni aquello, sino que puedo ser cualquier cosa. Lo cual es cierto hasta determinado punto y no más -como para cualquier cristiano-, punto que ellas, por supuesto, preferirían no conocer. No debiste hacerlo, había querido decirme, porque ya no sé quién sos, pero sobre todo porque ya no sos el que yo había imaginado que eras.

Y ellas, queridas mías, ya no son para mí lo que eran, aquellas que se regocijaban en el Atilio que habían inventado y que les venía, por supuesto, como anillo al dedo. Ahora son estas que fingen, provisoriamente, que todo sigue igual, ocultando el nuevo caos en el que se sienten inmersas, hasta que no pueden más y lloran, inconsolables pero incapaces de explicarse, como Olivia, o encarando ya veremos qué, como Sonia.

En fin, en todo caso está claro sin que haga falta ni hablarlo, que volver atrás en el tiempo a base de sufrimientos, compasiones y arrepentimientos está por completo fuera de la agenda. Estoy seguro además que semejante cosa ni le pasa por la cabeza a Olivia, incapaz de pequeños chantajes emocionales. Prefiero pensar que sus lágrimas expresan el goce extraño pero innegablemente sublime de la pérdida, y de sentirse entregada inevitablemente a una situación que no controla en absoluto, cosa inusual, si no inédita, para ella.

¡Qué carajo! Era nuestro destino. Dos cosas podían pasar luego de aquella tarde en Laguna Blanca. O nuestro modesto paseo por el lado salvaje volvía definitivamente indestructible nuestro deseo, o bien se quebraba y arruinaba su pureza cristalina. La taba cayó de espaldas.

38

Así las cosas cuando, para cortar con la situación, le hago notar que ha dejado abiertas las puertas del armario. No pensé que fuera a reaccionar como reaccionó. Saltó como una chinche.

-No, no puede ser –chilló angustiada-. Subite a la cama y no te muevas de aquí –exigió, tan en serio que le hice caso de inmediato.

Abrió las dos puertas del armario, para ver si Atilia y Otilia habían regresado solas a la cucha, pero no. Entonces tomó de dentro del armario una caja de zapatos de cartón, y se puso a buscarlas por toda la casa.

-Ati, Oti... -las llamaba dulcemente, doblándose para mirar debajo de la cama, sacudiendo en el aire las cobijas y las sábanas, sacándole las fundas a las almohadas-. A veces se meten dentro de las fundas, lo cual es peligroso, las podés aplastar –me explica.

Salió del dormitorio por un rato largo, buscándolas, llamándolas por su nombre y golpeando la caja con la tapa como para llamar su atención. Para broma ya era larga, pero decidí quedarme tranquilamente en la cama, esperando a ver cómo le pondría punto final.

-¡Aquí están! –soltó de repente, aliviada.

Parecía estar en el otro extremo del apartamento, quizá en la terraza de la cocina.

-¡Aquí estaban, pirujas, bandoleras, vagabundas! ¡Qué susto que me dieron! ¿A dónde creían que iban? ¿O nomás se estaban escondiendo? ¿Eh? ¿Querían jugar?

Tal y cual una solterona con sus gatitos.

-¡Ale! ¡Hop! ¡Adentro! ¿No saben respetar a las visitas?

Segundos después apareció en la puerta del dormitorio, radiante, con la caja tapada.

-Me pregunto –decía- si no se subieron a la cama anoche. Porque lo hacen... ¿No tenés ninguna picadura?

-Ninguna –dije tranquilo pero desconfiado.

-Mejor así.

Me pareció que, en sus manos, la caja se movía un poco, y me pareció oír un par de golpecitos en el cartón. ¡Qué actriz! Nunca hubiera imaginado esta faceta de su personalidad. Fuera yo un poco más impresionable y el asunto me hubiera dado fácilmente un patatús.

-¿Puedo verlas? –pregunté, serio.

-Imposible. Saltan. Sobre todo Otilia, Hasta dos metros de distancia.

-¿Dos metros? –fingí asombro-. Deben de tener músculos.

-Las arañas no tienen músculos –explicó, paciente-. El mono araña y el Hombre Araña tienen músculos. Sería irresponsable mostrártelas, pero si vos insistís...

-No. Está bien. Te tomo la palabra –reulé cuando me tendió la caja.

Abrió el armario sólo unos centímetros por donde introdujo la caja para vaciarla dentro.

-Afuera, vamos –decía, haciendo la pantomima, como si los bichos se resistieran.

Después sacó la caja vacía y cerró el armario con llave.

-Mirá, olé la caja –dijo, acercándomela.

Las alucinaciones olfativas son las que más fácilmente se disparan, precisamente porque el olfato es el menos infalible de los sentidos.

-Huele raro –concedí.

-¿Viste? –dijo, y a la vez olió, como para ratificar aquello que sabía que no era cierto.

Después, cuando ya estábamos desayunando, me dijo, muy seriecita:

-Resolví tu acertijo.

-¿Qué acertijo? – atiné a preguntar, más bien olvidado de aquel sueño, tan pretencioso como esfumado por el paso de los días. En realidad ya estaba ansioso por regresar a las labores de mi ingenio, hundiéndome por un buen rato en las profundidades del Strauss.

-El acertijo del tres. Y el del libro imposible.

Bajé de la nube. Así pues, Olivia había seguido re-masticando las ociosas invenciones de una siesta demasiado larga.

-Pensé que ya lo habías resuelto.

-Sólo a medias. O sea: sabíamos en qué dirección apuntaba, pero no qué de concreto quería decirte. Ahora que te conozco mejor –bonita manera de aludir al encuentro con Sonia- creo que puedo revelarte el contenido concreto del mensaje.

Me miró a los ojos con algo en la mirada que me perturbó, que me sacó de la modorra de la mañana sexosa. Vi que buscaba en mis ojos algo que le evitara decir lo que estaba por decirme.

-Te escucho –dije, y sentí que se me endurecía el gaznate, como si lo que iba a oír fuera mi sentencia, es decir, mi condena. Que lo era.

-Lo que dice en el libro imposible no es más que una simple verdad de la aritmética.

La pretensión de trivialidad no hacía sino más ominosas sus palabras. Me pareció que la mañana se oscurecía, como si una nube negra se hubiera instalado justo en nuestro cielo. Lo único que me consoló, aún antes de pronunciada la sentencia, fue la seguridad de que ella no quería pronunciarla ni quería que mis oídos la oyeran.

-Recordarás que llegamos a que el primer acertijo tenía por objeto llamarte la atención sobre el tres –dijo con un hilo de voz-. Pues bien: el tres se descompone en dos y uno. Y luego en uno, uno y uno.

Al oírla se me puso la piel de gallina. Era el final.

-¿Y el libro imposible? -balbuceé.

-Es la historia de cómo el uno se convierte en dos. Y luego en tres. Y como vuelve a ser uno.

Y eso fue lo último que tuve de Olivia. Comprendí el pedido de quedarme a dormir, comprendí que había querido hacerme dádiva de la virginidad que le quedaba: aquel blanquísimo apartamento, nuestro refugio. Eran, a su manera, las ceremonias del adiós, del adiós para un amor quizá verdadero, y frustrado.

Es una auténtica romántica. Cambió de número de celular y el apartamento de Malvín fue puesto en venta. No daba para tanto. Alguien me comentó que se fue por un

par de años a hacer un posgrado de Finanzas Empresariales o algo así. No supo decirme a dónde. No creo que se haya ido por mí, para eludirme por completo, para no verme ni por casualidad. Nadie es tan romántico. Nadie cambia de país para no cruzarse en algún momento con un ex.

39

Con Sonia empezamos a vernos menos: una o dos veces por semana. Cada encuentro resultaba –aunque nos lo ocultábamos- más desolador. No le dije que mi relación con Olivia había terminado. Hubiera sido darle alas con las que no podría volar. Fue el momento de lo que podríamos llamar el triángulo fantasma, con Olivia flotando entre nosotros, innombrable, presente por ausencia. Sin que yo hiciera nada por liquidarlo, el bichito de la ansiedad circulaba entre nosotros, de incógnito, pero en estado de irritación perpetua.

Las clavijas habían estado siempre allí, sólo que disimuladas. De las altas colgaban chalinas y pañuelos de colores. Las bajas estaban cerca el piso. Cuando Sonia me las mostró –“Mirá” dijo despojando a las superiores de disimulos, y “Mirá”, señalando a las inferiores- tardé más de un pestañeo en comprender cuál era su verdadero uso. Entonces se me aflojaron un poco las piernas. Aquello era otro nivel del juego. Me sentí como si un psicópata me mostrara los freezers en los que estaba gente trozada.

-Yo pensé... -dije, pero me pareció absurdo lo que iba a decir.

-¿Qué pensaste? –desafió Sonia.

-...pensé que eso que hacemos, pegarte, era algo nuestro... algo que había surgido espontáneamente entre nosotros... ahora veo que no...

Sonia se encogió apenas de hombros, quitándole importancia a mi decepción.

Después me abrazó suavemente y ronroneó:

-Pero mi amor... si nunca las usé... son sólo una fantasía... estaban esperando por vos... -mintió descaradamente.

Era una mentira piadosa. El dormitorio de Sonia siempre está en semi-penumbra. Con más luz las hubiera visto sin que me las mostrara. Llevaban, sin duda, tiempo ahí. ¿Cuánto tiempo? ¿Desde cuándo Sonia...? ¿Sus padres la azotarían? ¿Empezaría de muchachita? ¿Y cómo descubrió en sí ese goce? ¿Sola? ¿Influida? ¿Instruida? ¿Y con quién... o quiénes...? ¿Tuvo un amante azotador? ¿Y antes de mí solo con otro, o con otros? ¿Y también ahora había otro, otros? Dejé que la marea de la duda me anegara por completo. Ella había querido compartir conmigo algo de su mayor intimidad, algo central en su vida para lo cual pensó que yo estaba en condiciones de responder adecuadamente... Tenía que estar a la altura. Lo estuve, hasta cierto punto. Simplemente que, en un primer momento, expuesto a la cosa en sí sin previo aviso, la sorpresita me descolocó y respondí como un ingenuo, como un adolescente enamorado. Al ver mi confusión, una sonrisa torcida acentuó el rictus de desdén en sus labios.

-Perdón... -pedí buscando reposicionarme-. No soy tarado... Me agarraste distraído.

Me abrazó por la cintura.

-Ya sé que no sos tarado. Está todo bien. Fui un poco brusca. Debí hacerte un prólogo.

-Muy graciosa.

Me incliné para besarla en los labios. Vi que me miraba con los ojos muy abiertos, súbitos ojos de víctima que espera que comience la tortura.

-Sonia... -susurré, sintiendo cómo la dulce ola de la violencia crecía en cada centímetro cúbico de mi ser.

-¿Qué? —dijo, quedito.

En el susto sin voluntad de huida que la dominaba, despertaba ya la fuerza del deseo. Temor y deseo en el mismo temblor era lo que me ofrecía, desvalida, laxa, las manos nerviosas, cálidas y húmedas apoyadas sobre mi espalda. Ella era más fuerte que yo, lo suficiente como para imponerme castigarla. Una vez más sentí cómo me iba impregnando de su deseo, cómo el caudal de violencia iba creciendo en mí, al unísono con el tamaño de mi verga. Sonia se iba desnudando, sin apuro, apenas algún gesto estereotipado de lascivia, segura de mí, su marioneta. Va dejando su ropa sobre la cómoda. ¿Cómo tiene que ser un cuerpo para ser deseable? De ninguna manera en particular: alto o bajo, torneado o chueco, cuadrado o esbelto, no importa, sólo importa que esté habitado por el deseo, por el mío o por el suyo, da lo mismo, porque el deseo es contagioso. Y el deseo es lo que transfigura, imanta, aureola, hace único al cuerpo, se éste como sea, lo hace el único cuya posesión tiene sentido.

No pude sino preguntarme si el deseo que estaba aprendiendo de ella me estaba cambiando, me estaba convirtiendo en una especie de adepto. No. El deseo es camaleónico. Potencialmente estamos habitados por todos los deseos. Sólo necesitan ser activados. Si estamos entregados fiel y lealmente al imperio del deseo, si nuestro designio no es negociar con él desde nuestros prejuicios, o reprimirlo radicalmente, entonces sabemos rendirle pleitesía sin temor ni vergüenza alguna para la forma en que se manifieste.

-Usá los pañuelos... -dice Sonia, ya desnuda, ubicándose entre las clavijas y abriendo los brazos como para ser gustosamente crucificada.

Le ató las muñecas. Los pañuelos dan la impresión de ataduras frágiles que pueden ser desechadas a voluntad, pero no es así. Al tironear el nudo se cierra, se aprieta, e inmoviliza por completo. Sonia jadea un poco, excitada.

-¿Te gusto así? –pregunta, falsamente humilde.

Por toda respuesta bajo el cierre de mi pantalón y saco la verga, totalmente inflamada.

-Mi amor... -musita babeándose.

Me agacho para atarle los tobillos. Las clavijas están puestas de manera que separe las piernas, pero no tanto como para que no pueda apretar los muslos al escapársele por allí el alma. Me detengo para olerle el vellón. Huele fuerte, intoxicante, a hembra de bestia. ¡Qué problema son los adjetivos! La paleta que ofrecen siempre parece escasa de matices. Pero sin ellos no hay matices.

Sonia sacude la cabeza para sacarse el pelo de la cara, me ofrece la trompa. En sus ojos brilla un desafío.

-Me porté mal –confiesa con orgullo, pidiendo castigo.

Busco su mirada. No veo más que desdén y provocación.

-¿Qué hiciste?

La sonrisa se le estira. Goza con la inminencia. Agrega leña al fuego.

-No voy a decírtelo. Sólo quiero que sepas que merezco más que nunca mi castigo.

¿Creerle o no? ¿Qué puede presentar como pecado un ser tan sensual? Ser infiel. Adivino que ella va a preferir dejarme en ascuas. ¿Espera que la torture hasta que confiese su pecadillo? Sacude otra vez la cabeza y alza la cara.

-Dame mi merecido... -exige, burlona.

Quiere que me clave en la idea de que me ha sido infiel. Quiere que me regodee en la idea para que el deseo de castigarla crezca en mí incontenible. Le tironeo con fuerza de los pezones. Cierra los ojos y gime desde el fondo de la garganta. Le estrujo las tetas como para ordeñarle sangre. Me mira hacer, desdeñosa. Jadea.

-Sos blando –dice-. Merezco mucho más.

-Estás pasada de rosca –le digo, suavemente, en tono de advertencia.

-Te faltan huevos para darme lo que merezco –escupe.

Le meto un par de dedos en la concha y la pajeo, por dentro y por fuera, masajeando y pellizcando toda la vulva. No aguanta. Se retuerce.

-No, no, así no –protesta.

-Te hacés la maldita y sos una gatita –le digo, empujándola al orgasmo.

Atrapa mi mano entre sus muslos. Acaba, estremeciéndose, muda, como sin placer. Cuelga de las clavijas.

-Hijo de puta -dice, mordiéndose la lengua.

Me huelo los dedos y se los doy a chupar. Los chupa, primero con desgano, pronto con fruición. Me inclino y le huelo el cuello, detrás de la oreja, hacia la nuca.

-Putas, olés como las putas –le digo.

Se rehace. Le brilla otra vez en los ojos el desafío. Otra vez sacude la cabeza para sacarse el pelo de la cara.

-¿Y qué se hace cuando se descubre que la mujer es una puta, que cualquiera se la coge? –pregunta provocadora. Dice-: En cualquier rinconcito discreto me chupo una pija y me cogen de parada.

Le suelto una cachetada. No tanto porque me muerdan los celos, sino porque sé que esas son para ella las palabras mágicas y quiere cobrar por ellas. Entra en trance. Me ofrece la otra mejilla. Le doy con toda mi fuerza. Le va a quedar un moretón en la cara. Se retuerce como si estuviera mutando en serpiente. Aflojo la mano pero le doy una y otra vez, hasta que no levanta la cara. Entonces me masturbo. Abre la boca como para recibirme, cosa imposible así atada. Saca la lengua pidiendo su hostia. Se retuerce y jadea al borde del orgasmo, sin dejar de mirar la bellota hinchada. Me detengo para no acabar. Quedamos mirándonos, jadeando de excitación, como dos bestias a punto del ataque final.

-Encima de la cómoda –dice.

Encima de la cómoda lo que hay es un matamoscas. De plástico azul, común y corriente, sin usar, con la etiqueta del precio todavía. ¡Un matamoscas! Absurdo. Y sin embargo, evidente. Remedios caseros. Secretos domésticos de las pasiones malsanas. Lo tomo y se lo muestro. Largamente. La desconcierta el impasse. Le toco los pezones con el plástico. Jadea y suspira antes del primer golpe. Me demoro. Me lanza una mirada extraviada, de irritación y de urgencia. Le doy fuerte en una y de inmediato en la otra teta. Se retuerce. Es estúpido y horrible. Como si le estuviera matando insectos que pulularan sobre su piel. Pienso que es mejor no pensar. El chasquido del plástico sobre la piel es repugnante. Sonia cuelga, no se resiste. Le doy en las costillas y en las caderas. Cuelga de los pañuelos y de su goce, envuelto todo su cuerpo en la piel ardiente. Vuelvo a darle en las tetas. Me parece que está toda colorada por los golpes, pero es tan poca la luz en el dormitorio, que quizá lo imagino.

-La cara –le digo.

Hace que no con la cabeza. No es no en nuestros excesos torpes pero honestos.

-Cogeme –pide-. Así como estoy.

Le separo cuanto puedo los muslos y doblo un poco las rodillas para poder clavarle la verga en esta posición incómoda. Deseo no tener la verga recta sino doblada para arriba, como una cimitarra. Le doy con todo. Estoy caliente, sé que no voy a poder acabar fácilmente. Sonia acaba una y otra vez, gritando cada vez más, como si de cada polvo esperara lo peor, o como si hubiera caído en manos de un cosaco violador. Orgasmos como puñaladas.

Quizá haya mucho de teatro en la alharaca de Sonia, pero si lo hay, es del bueno. De pronto se derrumba del todo y cuelga, literalmente. No se lastima las muñecas o los hombros porque para mejor clavarla la sostengo por las nalgas. Me banco el peso muerto y sigo hasta que acabo, sin placer alguno, como quien se saca de dentro un parásito repugnante y líquido. Desmonto más duro que antes de acabar. Me sobra lefa, como para blanquearle la cara y las tetas. Le desato las muñecas y sigue como desmayada. Me la pongo al hombro para desatarle los tobillos. De pronto sé lo que quiero. Cruzar una raya más en el camino de lo abyecto. Medio la arrastro hasta el baño.

-Vení -le digo, dulce como un violador feroz pero amable.

-No quiero, basta por ahora –murmura, pero me sigue, tropezando como embotada, intoxicada.

Le encanta que la lleve así, un poco brutalmente, quién sabe a dónde y a hacerle quién sabe qué. Otra vez protesta, pero se deja hacer cuando la meto en el cubículo de la ducha y la obligo a arrodillarse. Sigo con la verga dura como piedra. Me maltrato

masturbándome como un poseído. Abre la boca y gimotea de tan ansiosa. Tardo mil años pero al final explota. Le dejo la cara cubierta de engrudo. Jadeo como una bestia. Me mira. Sabe que todavía no se terminó y espera lo que sea. Me aflojo. Dejo que me invada el deseo de mear. Me gana la cara una sonrisa babosa. Sonia lame la lefa de sobre sus labios y espera, desconcertada, sumisa.

-Nada mejor después de un polvo... -le digo entre jadeos- ...que una buena meada.

Un viejo consejo de machos quilomberos. Pensé que le gustaría oírlo. Y entonces me aflojo del todo y dejo que el chorro de orina salga y le empape la cara. Sorprendida cierra los ojos y abre la boca. Pronto una gran sonrisa maravillada le gana boca abierta. Nunca pensé provocarle tal éxtasis. Sigue bañándola el chorro de orina y de pronto estalla en lágrimas de felicidad, de gratitud por el exquisito placer que le ha sido concedido. Cuando la lluvia terminó le tomo las manos para ayudarla a pararse.

-No –dice, del todo dulcificada-. Andá, dejame así.

-Pero ¿estás bien?

-Muy bien, dejame así –dice, y en efecto parece haberla alcanzado un perfecto estado de beatitud.

Me voy al dormitorio. Me tiendo en la cama, vacío, insensible, indiferente, ingrátido. Al rato oigo correr el agua de la ducha. ¿Qué me ha significado este nuevo exceso? No puedo decir que no me ha significado nada. No fue como mear en un mingitorio. Mear el rostro de alguien que cae en éxtasis no es cualquier cosa, aunque me sea difícil decir qué sea. Cierro los ojos, me aflojo completamente, músculo por músculo, como para dormir, pero no duermo sino que floto, como alejándome de mi cuerpo. Los detritos de mi cuerpo proveen de una lluvia que causa un estado de éxtasis. Soy un dios. Creo experimentar en ese instante la parte divina de mi naturaleza humana.

En mi estado de flotación me elevé mucho más allá del techo del apartamento de Sonia. Temí abrir los ojos y encontrarme flotando muy sobre la Tierra y ya cerca de las Estrellas. Entonces Sonia abrió la puerta del baño y fue como si mi flotación chocara contra un techo de cristal y cayera yo de regreso a mi cuerpo y sobre la cama. Envuelta en su bata de baño Sonia se metió en la cama y me pidió que la abrazara hasta dormirse. Cosa que hice, tan delicada y amorosamente como supe hacerlo.

40

Después de aquella noche de las clavijas y de la lluvia de orina nuestra modesta búsqueda del exceso empezó a acelerarse, cada noche tenía que presentar sus nuevos frenesíes. Me dejé deslizar por la pendiente, apenas curioso por las novedades, bastante cínico en la aplicación de las recetas, pero siempre respetuoso al asumir la parte secreta de sí que Sonia me regalaba. Pronto comprendí, con poca sorpresa, que la perspectiva de un polvo común y corriente con ella ya no me excitaba, que la erección sólo comparecía cuando la tenía aullando de dolor y con las nalgas coloradas. Como alumno lento que soy, me llevó varias sesiones darme cuenta de que las clavijas tanto servían para exponerla de frente como de espaldas. Y por cierto que, en esta suerte de caprichos, se siente uno mucho más impune, y por consiguiente más cómodo, prescindiendo del diálogo con la mirada.

Sensible a lo que quizá imaginaba como necesidades crecientes de mi fantasía – aunque más seguramente lo eran de la suya- Sonia no tardó en introducir en nuestra intimidad al otro, al tercero. Una noche, después de una sesión de cachetadas acabada con un polvo salvaje, oí que sollozaba. Cosa rarísima.

-¿Qué pasa, preciosa? –inquirí desde la modorra.

-Hoy me pasó algo horrible.

-¿Qué te pasó?

-Fui objeto de un ataque sexual.

Aquello me sacó de la bruma postcoital. Me senté en la cama.

-Tuve que chupársela a un tipo, un muchacho –disparó en cuanto supo que tenía toda mi atención.

Tragué saliva agria. Las historias de abusos sexuales me dan vuelta el estómago.

-Pero ¿cómo fue eso?

-Fue en el ómnibus.

-¡En el ómnibus! –salté, dispuesto a salir ya mismo a exigir justicia.

-No te pongas así. Es algo que le pasa todo el tiempo a las mujeres que salen temprano a laburar.

Jamás había oído semejante cosa. Quedé boquiabierto.

-Querido, es la ley de la selva. El tipo me amenazó con una navaja.

-Pero... no puede ser –clamé, reventando de impotencia-. ¿Y el chofer del ómnibus?

-Yo iba sentada, y él se puso de manera de bloquear la visión del conductor. Como si fuéramos conversando.

-¿Y los demás pasajeros?

-Había sólo mujeres. ¿Qué podían hacer? ¿Arriesgar la vida por una mamada?

Quedé pasmado. Aquello era inadmisible, no podía pasar en una sociedad civilizada.

-No puedo creerlo... -dije, pero de pronto la palabra mamada me sonó mal, fuera de lugar, como que no tenía por qué emplearla a menos que...

No me miraba, la mirada perdida en su... ¿recuerdo?

-El tipo sacó la pija. Una pija enorme, fea como un pequeño demonio.

Empecé a entender: aquello no era el relato de un momento traumático, sino de una fantasía.

-¿Y entonces? –pregunté, con un cambio de tono que bien pudo ella haber percibido de estar menos en su nube.

-Me dijo que abriera la boca.

-¿Lo hiciste?

-Sí –dijo, y suspiró, pero no como si estuviera recordando un acto de violencia.

-Mostrame cómo –dije, ya en tono de exigencia.

Me miró, ausente, instalada quién sabe dónde. Como en cámara lenta abrió la boca y sacó toda la lengua. La punta de la lengua aleteó y se levantó hacia mí, como buscando tierra firme.

-¿Sacaste *así* la lengua? –le pregunté con un tonito francamente acusador.

-No. En fin... sí... no había manera de evitarlo. Me agarró así –dijo tomándose el maxilar inferior-. Y cuando abrí la boca por el dolor metió la pija. Hasta el fondo –estas últimas palabras la vendían por completo, no eran necesarias a menos que lo que quisiera fuera compartir la experiencia-. Y me puso una mano en la nuca para inmovilizarme -concluyó, como un pintor que agrega un detalle de color.

-Hijo de puta... - murmuré, aunque la puteada debió ser en femenino, porque me tenía fascinado la voluptuosidad feroz de su relato.

-Olía mal, y sabía peor, pero era una pija tremenda. Para bancarla tenía que estar con las mandíbulas desencajadas.

-¿Desencajadas? ¿Cómo?

-Así –dijo y abrió la boca hasta desencajar las mandíbulas.

-Un monstruo... -califiqué.

-Un monstruo, como vos decís –ratificó la damnificada-. Y estaba a punto de explotar... me cogía la boca como si me estuviera cogiendo por el culo... se veía que lo ponía como loco la grosería, la violencia...

-Habría que matarlos a todos –sentencié-. ¿Y vos cómo te sentías, qué pensabas...? – pregunté deslizándome hacia el morbo.

-Me sentía humillada, usada...

Respiró hondo y lento, toda invadida por el cosquilleo. Los labios le hacían una ondulación como de ventosa ansiosa. Su mano tomó mi verga, ya notoriamente en alza. Ciertamente que no la escandalizó para nada mi erección. De eso se trataba...

-Perdoná que te agarre, pero me tranquiliza –dijo en plan minita indefensa, pero con esa súbita ronquera en la voz que transparenta el ánimo de manera inequívoca-. Me parecía increíble tener aquella verga monstruosa ocupándome toda la boca, a punto de explotar. Al reventar me iba a bañar de leche, me iba a preñar por la boca.

Jadeaba, la punta de la lengua le aparecía entre los labios, me masajeaba la erección con mano un poco torpe, bizqueando un poco, como buscando la inminencia del desborde.

-Y lo que te hacía ¿no te calentaba un poco? -pregunté bajando un poco a tierra.

-No... para nada... -dijo, como quien dijera “Sí, completamente”-. Pensaba que con aquella verga monstruosa bautizándome por dentro iba yo a quedar marcada, como la puta sagrada, iba a tener que darme a cualquiera que me deseara.

-¿A cualquiera? -inquirí, echando leña al fuego.

-A cualquiera, la puta de todos, gratis. Allí donde quisieran tomarme y como quisieran hacerlo...

-No puedo imaginarte tan pero tan puta... -dije, y no dije más. Estaba ya demasiado cerca del punto de ebullición.

Sonia se mojó con saliva los dedos de la otra mano y empezó a masturbarse.

-¿Qué sabés vos? Ese es el sueño de toda mujer... Miles de pijas, todas duras, todas repletas de leche... Es por eso que hay tantas putas en este mundo... ¿No lo sabías?

-No... -alcancé a protestar, asomándome al vacío del orgasmo.

-Todas putas... putas sagradas... infinitas pijas bañándome...

Abierta completamente de piernas Sonia se acariciaba la gata con dedos nerviosos.

-¿Te hubiera gustado bajarte los panties y ofrecerle las nalgas? -propuse para contribuir con mi deseo.

-Yo misma le hubiera puesta la cabezota en mi ojetito... estaba como loca... - aseguró, ya sin freno alguno.

-Qué puta que sos, Sonia, no puedo creerlo -clamé al borde del desborde-. El culito se te abre solo en cuanto ves una pija...

-Me partía al medio el hijo de puta si me la clavaba... como vos lo hacés, hasta los pelos... -dice Sonia casi sin voz, masturbándose a dos manos.

-Si me da bomba... me parte al medio... -balbucea y se babea mirando fijo mi verga a punto de estallar.

Le solté mi mejor cachetada: no tanta fuerza, pero mucha fantasía. Sonó como si estallara una vidriera.

-Acabo -dije, y Sonia aceleró el meneo, con mano decidida.

-Yo también... -gruñó, y empezó a estremecerse y a retorcerse como si se le fuera a rajar la piel y fuera a surgirle de debajo un nuevo ser, infernalmente más cachondo que ella.

Al sentir que me iba contrae los músculos abajo e impedí la acabada. Acabé pero en seco. Pocas veces lo hago. No sé si no es malo. Te da la impresión de una ola que levanta y te levanta, pero no revienta, que te pasa por encima sin reventar

Le solté otra cachetada y el polvo la devoró. Con los dedos clavados en la concha, como si quisiera arrancarse el pubis, y en la otra mano mi verga, el doble de larga y de dura por el abuso. Siguió tironeando de la verga y frotándose los pendejos hasta que se inclinó sobre mi vientre, me tomó en su boca y se puso a mamar, con auténtica ternura, con tan auténtica ternura que le solté todo lo que había ahorrado, manando tan abundante como para bañarme el vientre, sobrando de su boca y rebalsando por encima de sus dedos. Y siguió mamando, hasta que ya no tuvo qué ni de dónde.

41

Me pregunto qué va a ser de Sonia. Preguntármelo implica saber que para Sonia va a haber un después de mí más o menos inminente. No porque yo me haya interrogado a mí mismo y haya tomado esa decisión. Es que me resulta evidente, sin discusión posible, aunque no pueda decir por qué, que para mí no puede haber Sonia sin Olivia.

Eran no una o la otra, sino una y la otra. Las dos o ninguna. En mi economía, en mi equilibrio eran una-con-la-otra. De la misma manera, si Sonia hubiera sido la que desertó, estoy seguro de que habría, también para Olivia, un después de mí.

Me pregunto si Sonia después de mí seguirá cultivando esta pendiente de exceso y abuso, éste teatro del ultraje. ¿Tendrá, en ese caso, siempre la suerte de ponerse en manos de caballeros como yo? Muchos caballeros como yo retroceden espantados ante estas bizarras complacencias, las ven como repugnantes patologías morales. ¿Y qué tal si cae en manos de patanes, de lúmpenes, o de algún psicópata? No quiero nada malo para Sonia. Con todo y sus poses provocativas o desdeñosas es la más dulce de las personas, alguien por completo capaz de entregarse a sus sentimientos y de dar, sin pudor ni reticencia, todo en una relación. Pero no puedo hacerme cargo de su vida. Ni yo ni nadie puede ponerse como tarea proteger a sus ex de sus conductas de riesgo.

¿Podrá ella comprender, eventualmente, que no puede haber, en mi vida, se entiende, Sonia sin Olivia? ¿Verá como lamentable hipocresía que me ponga paternal —cosa que nunca estuvo en el menú- y le de unos sanos consejos para su vida sexual después de mí? Lo más probable es que me tire con lo primero que tenga a mano. En fin... que las divinidades la protejan. No voy a hacer de esto un motivo para angustiarme. Sonia sabe, seguramente, cuidarse sola. Y lo más probable, para bien o para mal, es que en su futuro bastante inmediato haya un matrimonio con algún clase media, un laburante -el durgo, quizá-, mentalmente cuadriculado, ñoño, que le dé cuatro o cinco hijos, y al que, por razones de decoro matrimonial Sonia jamás le participará de sus goces secretos. Y tendrá que conformarse con una paja cada tanto, de noche, cuando todos duermen, recordando las palizas de amor que le di y sus sueños locos de llegar a ser la puta sagrada.

Al llegar al apartamento me la encontré vestida de maestra. Disfrazada de maestra, diría, aunque esa sea precisamente su profesión. Ese día se celebraba el Día del Maestro, y pensé que acabaría de llegar de alguna ceremonia oficial, sobre todo apreciando lo acicalada que estaba. Túnica muy almidonada, pañuelo de seda al cuello, con fijador sus rulos, discretas caravanas de señora, con forma de perlas, demasiado rojos quizá los labios, medias de nylon gruesas, de las de prevenir las várices, y tacones brillantes de tan lustrados. Estaba muy callada, lo que me indujo a sospechas. Porque, por lo demás... ¿de qué compromiso oficial podía regresar a las diez y media de la noche?

-Sentate en ese sillón, mi amor, ponete cómodo –indicó mientras me preparaba un whisky doble con tres piedritas de hielo, como me gusta. Después sirvió para sí dos dedos y se los zampó secos.

Apagó las luces, todas menos la que estaba a mis espaldas. Show time, pensé. Puso música: cantaba esa cubana fea pero con voz devastadora. No recuerdo el nombre ahora. Voz de crooner, un poco engolada, pero voz humana, voz de haberlo vivido todo y de sobrarle las ganas todavía. Desde los primeros acordes de bongó y los primeros clarinazos, Sonia, sin vergüenza alguna y no sin gracia, se lanzó a una especie de bailecito guapachoso. Ignoro cuántas se había tomado antes de llegar yo, pero doy fe de que estaba en el punto justo para lo que estaba ofreciendo. Aquello era mismamente el carnaval: la maestra toda emperifollada, pasito adelante, pasito atrás, revoleando dulcemente todo lo que en su ser físico fuera sensible al ritmo dulzón. Y entonando versos sueltos con el afinado posible, por poco oído que tenga, para el que ha escuchado mil veces la pieza. “No sé qué tiene tu voz que domina con embrujo de magia mi pasión”. Sonia abre los brazos en éxtasis para mostrarme cuán gráficamente expresa, moviendo las caderas, aquello que de mí desea. Le sonrío con tanto amor como soy

capaz de sonreírle a alguien, levanto el vaso para brindar por ella y me bajo un trago largo. Lo gracioso es que la túnica híper almidonada de Sonia, especie de ataúd blanco, disimulaba cruelmente la eficacia de sus contorsiones. Me zampé de un trago el resto del vaso de whisky. Me puse sentimental. La gente que es capaz de exhibir para el placer de los demás toda la ridiculez de sus fantasías me conmueve hasta las lágrimas. Tanto como me conmueve la palabra del Hijo del Hombre. Cada uno traza la línea definitoria de sus emociones donde puede. En su anti-strip-tease payasesco Sonia se me acercaba ondulando y me rodeaba de caricias que no llegaban a tocarme, yo le respondía separando mis rodillas, invitante, generando ese vacío que sé que la atrae más que ningún otro. Para mí hubiera sido suficiente festín que allí mismo cayera de rodillas: la maestría chupándome el alma ya hubiera sido suficiente premio para mis relativos méritos. Pero Sonia, lanzada a desocultar la fantasía libidinosa de la maestría, tenía bastante más para dar. Estalla la bochinchera de otro tema. Sonia estalla en manotazos de ahogado hacia el techo en penumbra y entonces sí comienza el strip-tease. Botón tras botón emerge del féretro blanco, febril, contorsionándose, envuelto en seda y puntillas negras, su verdadero cuerpo de maestría. “Yo no te sirvo porque soy el peor de los dos”, entona ondulando, y yo oigo “la peor de las dos”. ¡Vaya un lapsus! ¡Quizá, cambiando la letra, consciente o inconscientemente, me estaba confesando lo más íntimo de su pensamiento!

A un lado la túnica, al otro el viso, flotando en el aire antes de colgarse del espejo para darle un aire a la vez obscuro y lúgubre. Dios la bendiga con su ropita íntima también de puntillas negras, tanga ultracavada y sutién con los pezones al aire. En plan Salomé, vestida o desvestida para seducir, la vulgaridad de su cuerpo y de su imaginación refulgían en su máximo esplendor, pero ahí me tenía, con la pija dura como para cascar nueces. De pronto me asfixiaba con un olor dulzón a perfumes baratos. “Se

acabó, ya te lo dije, se acabó, no tengo nada para ti, solamente un adiós”, entonaba intencionadamente, con la garganta cargada de un rencor amoroso. Sentándose en una silla se sacó las medias y me las lanzó. Eran ásperas al tacto. Ya había bastado para mí y prefería darle unas cachetadas o ponerla a chupar antes que seguir disfrutando de sus dotes de cabaretera. Pero Sonia estaba enardecida y se estrujaba por debajo de las ropitas, arriba y abajo. Se desabrochó el sutién y sus tetas de loba colgaron. Tomándoselas las apuntó hacia mí y las apretó como para lanzarme chorros. “Ya te lo dije, se acabó”. Se dio vuelta para mostrarme la tanguita.

-La llaman hilo dental -soltó muy divertida por encima del hombro.

Nunca jamás nadie habrá de ofrecerme en toda mi vida un strip-tease más brutal que el suyo. Se inclinó hacia adelante hasta que pude ver el hilo dental. Después se acercó y se inclinó hacia mí y sus tetitas cónicas bailaron delante de mis ojos. Se retorció los pezones.

-¿Te gustó? ¿Merezco un premio? –preguntó, en plan niñita culpable y muy puta.

Miré su boca roja de rouge y torcida por el desdén, el armatoste de rulos inmovilizado por el fijador, las caravanitas de vieja coqueta.

-Nunca pensé que fueras tan puta –elogié sin medida, prisionero de la fascinación.

En respuesta se arrodilló entre mis piernas, abrió el pantalón a lo bruta, trabando el cierre en la tela, y tomando la verga en los labios la chupeteó de manera de dejarla abundantemente marcada con rouge.

-Ya lo sabés, soy tan puta como puedas quererme. ¿Te parece que voy a tener éxito con este numerito?

-Muchos no van a llegar a cogerte, se acaban antes.

-¿Te parece?

-Mirá cómo estoy yo.

A lo largo del tallo bajó su trompa hasta mi vientre, tanto se la clavó que tuvo arcadas.

-¿Me presentarías a tus amigos?

-Claro que sí. Sería un honor hacerlo. Un honor para ellos -mentí, puesto que no tengo amigos, ni conocidos dignos de tal confianza.

-¿Ah, sí? ¿Te sentirías orgulloso de ofrecerme a tus amigos?

-Por supuesto.

Sonia chupeteaba, y a la vez me miraba con ojitos soñadores, libidinosos.

-¿Y te quedarías a mirar?

-Sí, a menos que prefirieras lo contrario.

Dio una lamida interminable desde bien debajo de los huevos.

-¿Y me acabarías en la boca por cada uno que me coja?

-Mientras me durara la leche...

Gemía chupando con ímpetu y aporreándose el vértice.

-Van a dejarme hecha un asco... -se prometió.

-Van a mearte encima, todos -le prometí.

-¿Cómo son ellos? Contame.

-Hay de todo...

-Decime –pidió con un hilo de voz.

-A casi todos les gusta el culo.

-A mí también me gusta el culo –confesó, borracha en el borde del abismo-. ¿A alguno le gustará cascar a una dama?

-De eso vas a encontrar hasta que pidas basta... -le aseguré.

Entonces, rápida como una gata en celo Sonia trepa sobre mi vientre, se clava la verga entera y galopa furiosa, golpeando las Puertas del Cielo. Soltaba un ruido nasal que era como un canto de guerra. Pero de pronto frenó el frenesí, me miró a los ojos, y tenía la mirada como de estarse yendo al carajo, como si estuviera teniendo un infarto.

-Dame un adelanto –pidió, adelantando la trompa.

Respiré hondo. Me aflojé. Era el momento feliz de la sorpresita.

-Para eso te traje tu regalito del día del Maestro.

Quedó en el filo del orgasmo, boquiabierta por la sorpresa. Como por arte de magia hice aparecer el regalo. Emocionada, estuvo torpe para abrirlo. Era una fusta de lujo, negra, de fibra sintética, pero con la lengua de cuero trenzado, fea como una serpiente. Como para guardarla toda la vida y compartirla con los elegidos. El rostro se le descompuso por la emoción y dos gruesas lágrimas bajaron por sus mejillas. Hay regalos que van directo al corazón. Para ella era la prueba indiscutible de que lo nuestro era verdadero, que no le pegaba por darle gusto, sino porque apreciaba y disfrutaba las palizas que le daba.

Quiso que la probáramos enseguida. Mientras duró nuestra relación ni una sola noche dejamos de apelar a la música de aquella maravilla, y no hubo centímetro

cuadrado de su piel que no llegara a comprobar su potencia revivificante y rejuvenecedora.
